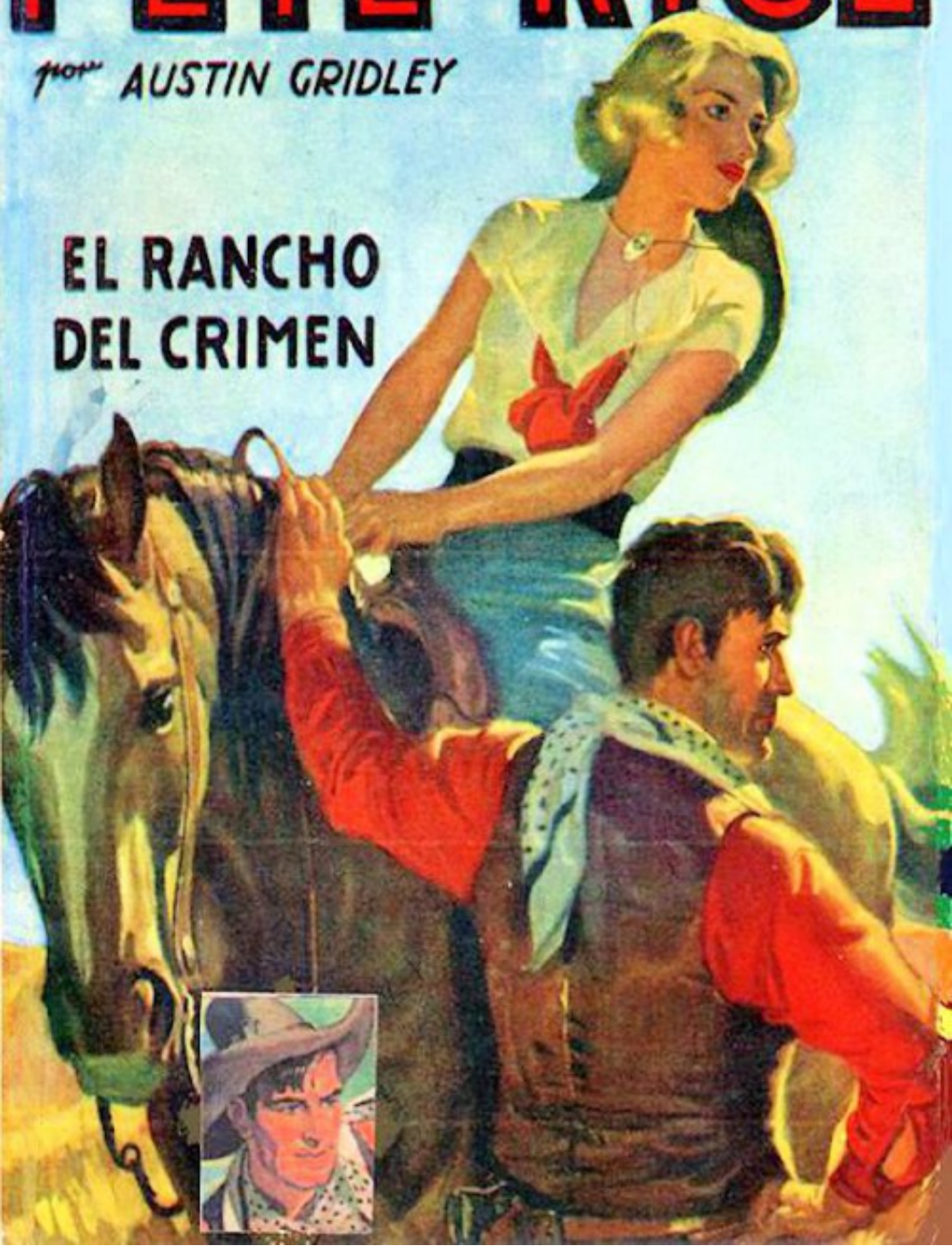


PETE RICE

with AUSTIN GRIDLEY

EL RANCHO DEL CRIMEN



El rancho del crimen

Austin Gridley
Pete Rice/9

CAPÍTULO I

TRES TIROS

Iba desapareciendo lentamente el sol, tiñendo de púrpura los lejanos picachos de los montes de San Lorenzo, y su luz difusa iluminaba una escena de belleza incomparable, bañando como en polvo de oro el valle que se extendía a sus plantas. Y sin embargo, el individuo corpulento, recio como un atleta, que cabalgaba a lomos de un alazán de piel plomiza, apenas si paraba mientes en tanta hermosura, preocupado solamente con la pequeña fortuna de que era portador.

Su rostro, cubierto de arrugas, era bronceado. Blanqueaba ya su cabello sobre sus orejas y tenía un intenso matiz gris, el que escapaba bajo el sombrero caído sobre su espalda. Sus ojos eran de un azul claro, intenso. Miraban a todas partes con impaciencia, como si su propietario fuese un espíritu animoso y jovial.

Y lo era. Cantaba al compás del choque de los cascots de su caballo contra el suelo y el retañir de las cadenas del bocado. Era su canción “El lamento del cowboy”, que no es ciertamente una canción alegre, pero Hal Wheeler, el maduro jinete, la entonaba más por la fuerza de la costumbre que porque reflejase su estado de ánimo.

Como hombre positivista, pocas veces había gozado de felicidad. Iba pensando en la cartera que llevaba guardada en el interior de la camisa y en los siete mil dólares que contenía y, de cuando en cuando, acariciaba, complacido, su tesoro.

La cantidad no era, realmente, una gran cosa por la venta de una manada de bueyes del rancho de Slash C., reunidas apresuradamente para enajenarlos. Siete mil dólares era, por el contrario, un precio irrisorio, pero, de cualquier modo, eran siete mil dólares, y esa cantidad bastaba de momento para salvar el Slash

C. Podía haberse reunido mayor cantidad de ganado en el rancho, pero, una vez perdido, era difícil reponerlo.

Wheeler guió su montura, en la que los correones de espuma denunciaban su cansancio, a través del alto chaparral y entró lentamente en un abarrancada tortuosa. Había pasado ya la parte más peligrosa de su camino.

Cada movimiento de su plomizo alazán le acercaba más a su destino, el rancho de Slash C. Iba a llegar sano y salvo a su hogar, con la cantidad de dinero que necesitaba.

¡Hogar! Eso había sido para Hal Wheeler el Slash C. Cuarenta años de su vida había pasado allí. No hubiese podido tener mayor interés por aquellas tierras de haber sido su propietario. Ya trabajaba allí al servicio de Jeb Calvert, cuando el Slash C. tenía sólo seiscientos cuarenta acres de tierra y setenta cabezas de ganado vacuno.

Fue Hal quien llevó la hacienda cuando el viejo Jeb exhaló el último suspiro. Su viuda cogió las riendas de la casa a su muerte, hasta que volvió a casarse. Ahora había muerto ella a su vez y su hija Virginia pasó a ser propietaria del rancho.

Fue el veterano Wheeler quién le enseñó a manejar su primer caballito. Él había vendado sus dedos magullados, y compuesto las cabezas rotas de sus muñecas. Había sido siempre para ella el “tío Hal”. Aun ahora que Virginia llegó a ser una mujer, convirtiéndose en la “gran patrona”.

Aquellos siete mil dólares eran para pagar una demanda judicial contra el rancho. Hecho este pago, el viejo vaquero entreveía un porvenir que se presentaba risueño y despejado para la muchacha.

Sabía Wheeler que a él no le quedaban ya muchos años de vida. No le tenía miedo a la muerte. Su única preocupación era que cuando llegase ese día el porvenir de la muchacha estuviese asegurado y el rancho a salvo de acreedores.

El rostro del jinete púsose ceñudo de pronto. Habían sucedido cosas muy extrañas en el Slash C. últimamente. A Wheeler no le era simpático el nuevo capataz, Luke McCarron. Lon Brenford, padrastro de Virginia, había desaparecido. Por la noche se veían en el rancho unos jinetes misteriosos.

Y luego apareció aquella maldita hipoteca, precisamente cuando el apoderado del Slash C. había dicho que el rancho estaba libre de

deudas y el título de propiedad clarísimo.

Pues bien, si se amontonaban los trastornos, Hal Wheeler estaba preparado. Sería para él un final glorioso el morir peleando en defensa del Slash C. y de Virginia Calvert. Desconocía la muchacha la responsabilidad que pesaba sobre ella y aún llegaba ésta a aturdirle, pero tenía en Hal Wheeler un fiel aliado.

El viejo vaquero dirigió su plumizo alazán hacia una ladera cubierta de salvia y cabalgó un rato entre los piñones de la vertiente. A sus pies se extendía un extenso y fértil valle en el que pacía el ganado en la roja sabana de grama. El rebaño de novillos triscaba y saltaba en torno a los manantiales.

Aquí y allá podía verse una vaca con cuatro o cinco crías rondando en torno suyo. Cuando las vacas iban a beber agua, su instinto protector las impulsaba a dejar sus crías con las otras. Había lobos en la región. El mismo Wheeler mataba, generalmente, un adocena de estos animales carniceros cada año.

Hal galopó ahora en línea recta. Los dominios de la Calvert se extendía al otro lado del monte próximo. El veterano esperaba llegar allí en menos de una hora. Para entonces ya habría desaparecido el sol tras la montaña de San Lorenzo.

Avivó algo la marcha cuando empezó a descender una pendiente cubierta de matojos. Algunos novillejos pelados huyeron al paso del caballo.

Hal oyó de pronto golpear de cascos contra el suelo, bien distintos del golpe de las pezuñas del ganado, señal de que se aproximaba algún jinete. Poco después se recortó a poca distancia frente a él la silueta del intruso, que llamó a gritos al veterano.

A la distancia que aún les separaba, Hal no podía distinguir las facciones de aquel hombre, ocultas bajo las amplias alas de su sombrero de cowboy.

—¡Eh! Miss Virginia me encargó que le saliera al encuentro, Hal. Necesita usted alguien que le proteja llevando encima todo ese dinero. ¡Espérese un momento, viejo endemoniado!

El tono era jocosos, amistoso. La voz era la misma gutural y ronca de Johnny Boot.

Y, sin embargo, en el rostro de Hal volvió a cernirse la sospecha. No estaba tan seguro ahora, conforme se acercaba el jinete, de que aquel hombre fuese su amigo Johnny. De todos modos, se dispuso a

tirar de las riendas de su montura para detenerla en su galope. Un segundo después su mano fue rápidamente a la culata de su revólver, pero no llegó a tiempo de desenfundarlo.

¡Bang!

Un 45 vomitó plomo sobre Wheeler. El arma humeante, estaba en la mano del hombre cuya voz se parecía a la de Johnny Boot. Wheeler se tambaleó en la silla, pero su mano aún intentó sacar el revólver.

¡Bang!

El segundo tiro del jinete incógnito derribó al veterano de la silla, cayendo pesadamente sobre un montón de maleza y quedando tendido en tierra sin hacer el menor movimiento. Un par de novillos se le quedaron mirando de hito en hito, lanzaron un bufido y se alejaron presurosos al ver cabalgar hacia ellos al asesino. El bandido se apeó al llegar junto caído y aún le disparó otra vez, para estar más seguro de su muerte, la última bala atravesó el corazón del veterano.

Luego, haciendo una mueca, el asesino enfundó su revólver, se inclinó sobre el cadáver y sus manos lo registraron febrilmente hasta encontrar la cartera que contenía los siete mil dólares en billetes. En sus labios se dibujó una odiosa sonrisa.

Montó de nuevo a caballo y se alejó a galope tendido, dirigiendo su montura en sentido diagonal hacia el lado opuesto del valle. Cruzaba el terreno un río. Sus aguas facilitarían al bandido el medio de borrar sus huellas.

Unos centenares de metros cabalgó dentro del agua. Empezaban a brillar las estrellas en el cielo de Arizona cuando torció a la izquierda y empezó a cabalgar hacia un bosque de algodóneros. Se oyó un silbido que partía de la arboleda y, un segundo después hizo su aparición la figura borrosa de un hombre.

—¿Tuvo usted suerte con...?

—¡Basta!

El jinete calló en el acto y desmontó.

—¡Habla bajo! —ordenó el hombre que estaba en la linde del bosquecillo—. ¡Nada de nombres!

—Muy bien, patrón.

El hombre que había estado esperando parecía agachado, aunque era bastante más alto que el recién llegado.

—¿Tuvo usted suerte? —repitió, esta vez en voz más queda.

—No se trata de suerte —contestó el otro con sequedad—. Tenía un plan y lo he realizado.

—¿Tiene el dinero?

—¿No fui a buscarlo? —contestó más un gruñido que una voz humana.

El asesino le entregó la cartera al hombre corpulento.

—¡Aquí está! Tómela. Dé la vuelta y cabalgue hacia el rancho desde el Sur. Si intenta hacerlo por la frontera, más le valdría no haber nacido.

—No pienso hacer semejante cosa, patrón —contestó el interpelado—. Seguiré sus órdenes.

El hombre corpulento se dirigió hacia donde tenía su caballo.

—Ahora ya es cosa segura —dijo, al regresar—. Ahora no pueden vencernos, pero se me ocurrió algo mientras usted estaba fuera, patrón.

—¿Qué? —contestó el otro, con su tono seco habitual.

—Pues que no me parece lo mejor para nuestros propósitos el agarrar el Slash C. Está a poca distancia de la línea internacional, a la que se puede llegar con sólo una noche a caballo, desde la puesta a la salida del sol. Está demasiado cerca de la frontera para no despertar sospechas.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —preguntó el que llamaba patrón—. Creo que todo eso ya lo sabíamos antes.

—Es verdad, pero desde que yo me he hecho responsable de esa faena, deseo jugar a salvo de todas esas cosas...

—¡Más vale que...! —contestó el otro, con indiferencia.

—Ya sé lo que va a decirme, patrón, pero se me ocurre una cosa acerca de eso.

—¿Cuál?

El hombre extendió el brazo hacia la oscuridad, donde se alzaban las cumbres de San Lorenzo.

—Detrás de esas montañas está el distrito de Trinchera.

—¿Y qué?

—Y el sheriff del distrito de Trinchera es Pistol Pete Rice.

—¿Y qué tenemos con eso? El Slash C. no está en el distrito de Trinchera.

—Pero no impediría que Pete Rice cayese sobre nosotros si le

venía en gana. Dicen que es un hombre que huele a cien kilómetros lo que ocurre en toda esta parte del Estado. El único hombre que podría estropearnos este negocio es Pete Rice.

Su interlocutor sacó su 45 de la funda. Expelió los tres cartuchos vacíos por los anteriores disparos y metió otros tres nuevos de las cananas que llevaba en el cinto.

—Pisto Pete Rice es un hombre como cualquier otro —dijo—. Somos muchos los que participamos en este negocio. Tenemos muchos revólveres y con uno solo de estos “muchachos” —añadió, golpeándose en la canana— podemos darle lo que se merece. ¿Ha visto usted alguna vez a Pete Rice?

El hombretón movió la cabeza en un gesto negativo.

—No lo he visto nunca, patrón. Los de mi cuerda nos hemos apartado siempre del distrito de Trinchera, pero he visto varias veces su retrato en los periódicos. Creo que le conocería si viniese contra nosotros.

El más pequeño de los hombres se quedó un momento pensativo, hasta que acabó por decir:

—Ponga un par de hombres que vigilen los caminos que vienen del Norte. Si ven aparecer a alguno que les parezca demasiado curioso, que caigan sobre él. Si se equivocan, no se habrá perdido gran cosa. Si es Pete Rice nos libramos de ese moscón que tanto le preocupa. Y ahora, creo que lo mejor que puede usted hacer es ir donde le he dicho.

—Muy bien, patrón.

Y el bandido espoleó su caballo y se dirigió, galopando, hacia el Sur.

CAPÍTULO II

EL CUCHILLO EN LA ESPALDA

La noche había envuelto ya el rancho de Slash C. En un manto tenebroso, pero una luna temprana iluminó la casa principal del rancho y sus dependencias accesorias.

Virginia, la propietaria de la finca, permanecía en pie, asomada a la galería, escudriñando en las sombras el camino que llevaba a la ciudad de Broken Arrow.

En su hermoso rostro se pintaba la ansiedad que le dominaba en aquellos instantes. De cuando en cuando sus dientes marfileños mordían su fino labio inferior y el temor se reflejaba a intervalos en sus lindos ojos.

Poco antes creyó oír unos tiros hacia el extremo Sur de la finca, aunque algo amortiguados por la distancia, y se acordó de Hal Wheeler —“tío Hal”,— que debía estar de regreso con el importe de la venta del ganado. Al oír las detonaciones envió a dos de sus vaqueros a hacer una descubierta.

Un hombre alto, gallardo, moreno, llegó hasta la casa del rancho. Vestía con gallardía el traje usual de los jinetes del país. Sus ojos latinos brillaban encendidos al aproximarse a Virginia. Aquel hombre debía ser español, era en todo diferente al tipo corriente de los mejicanos, que solían poblar los alrededores del Slash C.

El color de su piel indicaba la pura raza castellana y cuando hablaba lo hacía con un acento especial.

—Perdóneme otra vez, miss Virginia. —dijo—, si vengo a molestarla. Creo que se preocupa usted sin motivo. Lo más verosímil es que Wheeler se haya entretenido más de la cuenta en la ciudad... ¡Ah!

No acabó la frase porque se acababa de oír el chocar de cascos sobre el camino de Broken Arrow.

—Juraría que es el mismo Wheeler ya de regreso —continuó, después de escuchar un momento, y sus labios entreabiertos en su sonrisa dejaron ver una doble hilera de dientes blanquísimos—. Tendré que agradecerle el que me haya proporcionado la ocasión de haber disfrutado una hora entera en su agradable compañía. De no ser así, me hubiera visto obligado a tomar mi medicina acostumbrada: jugar al póker con esos...

Virginia esbozó una sonrisa al oírle, pero las muestras de ansiedad no habían desaparecido de sus ojos, que examinaron con avidez al jinete que acababa de aparecer en una revuelta el camino y se acercaba a galope hacia la casa. Y su rostro nublóse de nuevo. No podía aún distinguir sus facciones, pero desde luego pudo comprobar que no era Hal Wheeler, ni aquel era su caballo. Un segundo después la voz potente de Johnny Boot vino hasta ella a través de la obscuridad.

—¡Malas noticias, miss Virginia!

La muchacha se tambaleó como si fuera a caerse. Los brazos del gigantesco español rodearon su cintura para sostenerla. Johnny Boot galopó hasta entrar en el corral del rancho, detuvo en seco su montura, saltó a tierra y corrió hacia la galería.

Hablaba con la confianza del hombre que ha pasado en el rancho toda su vida, desde los primeros años de la infancia, pero no había familiaridad en sus maneras. La luz de la luna iluminó su rostro moreno, tostado por el sol, mientras manoseaba entre sus manos su amplio sombrero de cowboy.

—Preferiría no tener que darle tan malas noticias, miss Virginia —dijo—. Tres tiros le han dado al pobre Hal. Hemos encontrado señales de que el crimen lo ha cometido un montonero. Enviaré a los muchachos a perseguirle. ¡Hemos de registrar de punta a punta el país hasta encontrar a ese canalla!

—¿Y el dinero? —preguntó el español.

—¡Robado! ¡Hasta el último céntimo!

El rostro de Virginia Calvert se obscureció. Dominó a duras penas su emoción y preguntó, con voz ronca:

—¿Dónde está el cuerpo de Hal?

—Slapjack lo llevó a Broken Arrow —contestó el cowboy, con voz temblorosa—. Miss Virginia... ya sé que las palabras significan muy poco... ahora, pero puede crearme que siento lo que está

pasando como cosa propia... Yo daré... ¡Pardiez! ¡Yo daré mi vida con gusto por salvarla a usted de... de todo esto!

Algo confuso y aturdido por su muestra de emoción, Johnny Boot descendió de la galería y se dirigió hacia las viviendas de la servidumbre, llevando de la diestra a su ruano.

El galante español acompañó a la muchacha hasta una hamaca colgada del porche y Virginia se dejó caer en ella más muerta que viva. No pareció darse cuenta de que el brazo de aquel hombre seguía rodeando su cintura.

Tenía Virginia los ojos secos. Aquella exquisita muchacha, rubia como el oro, no era de esas mujeres que se abandonan al dolor irreflexivamente y, sin embargo, el suyo era aún más hondo, precisamente por no poder exteriorizarlo con libertad.

El anciano Hal Wheeler había ido a Broken Arrow solo. La muchacha había insistido en que le acompañasen para su salvaguardia Johnny Boot y "Slapjak" Kerlew, pero Wheeler tomó a risa sus temores, alegando que un hombre solo despertaría menos sospechas.

Virginia Calvert era oriunda de Maryland, aunque trasplantada muy joven a aquellos parajes. Era hija de una mujer fronteriza y de un hombre que abandonó su residencia del Este para buscar nuevos horizontes a sus actividades en el Oeste.

A pesar de su aspecto exterior delicado, era una mujer de gran resistencia física y de corazón intrépido.

—Creo que este es el final —murmuró, lentamente—. ¡Murió mi madre... la hipoteca sin pagar... y ahora muere el pobre Hal y me roban el dinero para liberar el rancho! ¡Se acabó!

—¡Por favor! —imploró el español, dándole unas palmaditas cariñosas en la espalda—. ¡Por favor, domínesse! Me entristece profundamente verla víctima de tantas desgracias.

La muchacha se levantó de la hamaca, procurando librarse del contacto de las manos del español. Este irguióse a su vez y la siguió con su andar felino, continuando en sus lamentaciones.

—¡Por favor! —volvió a suplicar—. Ya no puede usted hacer nada por el pobre Hal, sino procurarle un entierro decente. Sus cowboys perseguirán al asesino. La vida es para vivirla, miss Virginia...

La muchacha se había apoyado en una de las pilastras de la

galería. Su acompañante estaba de pie a su lado, respetuosamente. Parecía inútil pronunciar más palabras. La muchacha se sumergió en sus íntimos pensamientos dolorosos, en los recuerdos de las calamidades que se habían abatido sobre ella de poco tiempo a aquella parte.

Los trastornos habían empezado aun antes de que hubiera logrado reponerse del dolor que le causara la muerte de su pobre madre. Según le dijera su abogado, sobre sus bienes no pesaba el gravamen de ninguna deuda, y luego, de pronto, un avaro capitalista de Broken Arrow, "Flint" Gentry, había presentado una hipoteca.

El padraastro de Virginia creyó que su difunta mujer, la madre de la muchacha, había hipotecado las tierras en secreto para pagar sus deudas y dar a su hija una esmerada educación en uno de los mejores colegios del Este. Poco después de estos acontecimientos, Lon Brenford, el padraastro, había desaparecido.

En aquel momento, más aún que antes, Virginia experimentó la sensación de que su rancho estaba siendo el cuartel general de alguna obscura conspiración. Siguió andando lentamente hasta la parte inferior de la galería.

—Tal vez estaría... estaría mejor sola, mister Laredo —dijo, algo vacilante, a su acompañante.

—Pero no diga usted que esto es el final, miss Virginia —suspiró Laredo—. Déjeme que le diga que esto puede ser mejor el principio. Los que conocen la tragedia, son más capaces de apreciar los acontecimientos. Virginia —y omitió el "miss" esta vez,— permítame que yo sea el consuelo de sus grandes aflicciones.

La muchacha se detuvo al pie de la escalera sin pronunciar una palabra.

Laredo permaneció respetuosamente silencioso un momento. Con sus negros cabellos rizados, brillantes, tenía el perfil de un ídolo griego y un cuerpo de atleta. Ramón Laredo olía a romance.

Virginia dejó escapar un hondo suspiro. La voz de Laredo adquirió un tono patético cuando continuó:

—La fortuna ha sido pródiga conmigo. Dentro de poco será mío el rancho que en Hidalgo tiene mi padre... y vuestro también, querida mía, si pronuncia usted la palabra anhelada.

Al hablar así se inclinó hacia ella.

—Pronuncie esa palabra, linda flor, y redactaré un cheque que la liberte de esa maldita hipoteca. Quiero escribir ese cheque y seré para usted más humilde que el último peón de mi padre.

Sus palabras impresionaron hondamente a la joven. Nunca como en aquella ocasión había necesitado un amigo. Su vida había sufrido un rudo golpe. Tenía valor, un valor indomable, pero carecía de la dura, de la trabajosa experiencia.

Ciertamente que Ramón Laredo se había mostrado cariñoso con ella, y en cierto modo la muchacha era muy joven para sus años. La vida había pasado para ella como un rayo de luna a través de una tela de araña, y Ramón Laredo podía representar el personaje de leyenda de unos sueños que tal vez no vería jamás plasmados en realidades.

Laredo estaba en el rancho desde hacía unos dos meses en calidad de huésped de pago. Había otros varios, a más de él.

Se había descubierto un yacimiento de oro en los terrenos de la finca. Virginia era algo emprendedora, como su madre, y había abierto el rancho a los huéspedes, que podían pagar altos precios. Con esta fuente de ingresos esperaba desarrollar la explotación de la mina. Los trabajos preliminares habían empezado ya hacía algún tiempo.

Virginia admiró a Laredo desde que le viera por primera vez. Su modo de conducirse fue un curso completo de cortesía, siempre solícito, siempre galante. Su aspecto era sano y vestía con elegancia. En apariencia era un hombre impecable en todo. Tal vez fuera un hombre disoluto, pero si era así, lo disimulaba admirablemente.

—Comprendo que tal vez soy un poco inoportuno al hablar de mi propia felicidad —continuó Laredo—, cuando está usted sumida en el dolor por la muerte del señor Wheeler, que era un excelente vaquero y un hombre de corazón. Pero él había vivido ya muchos años. No hemos de abandonarnos demasiado a la pena, cuando se trata de personas ancianas, cuyo fin de todos modos era próximo e inevitable.

“Está usted sola en el mundo, mañanita de gloria. Quiero dedicar toda mi vida a protegerla. Quiero proporcionarle todas las venturas, todas las felicidades que la vida atesora.

El escenario para aquella escena romántica era perfecto. La luna relucía en el azul del cielo como una fuente de plata en la

obscuridad. La noche era fragante. Una débil brisa parecía entonar una canción entre el ramaje de los pinos y los algodonereros.

Un cuadro que parecía pintado únicamente para aquellos dos seres, el impetuoso amador latino, y la muchacha cuyos únicos parientes habían muerto, cuyo viejo amigo fuera asesinado y cuya hacienda estaba a punto de hundirse en la ruina.

Y, sin embargo, aquel cuadro tenía un tercer espectador.

Esta tercera persona era un empleado que estaba en la hacienda hacía poco y de sus actos durante aquellos pocos días de estancia en el Slash C. no podía esperarse de aquel curioso algo mejor que espiar a un apareja de enamorados. Los vaqueros le llamaban “Smiley”¹ y fue precisamente Johnny Boot quien lo bautizó con aquel remoquete.

Se había presentado en el rancho como un vagabundo y por señas y gestos dio a entender sus deseos. El capataz, Luke McCarron, creía que un sordomudo podía ser en el Slash C. un empleado tan bueno como cualquier otro y tal vez mejor.

Por regla general, los sordomudos son más perspicaces, más observadores, más mentalmente despiertos que sus hermanos más afortunados. Smiley era una excepción. Además de su aflicción parecía padecer de alguna deficiencia mental. Rara vez se borraba de sus facciones un gesto de idiotez muy pronunciado. Desempeñaba su trabajo bastante bien. Era complaciente y voluntarioso, pero sus ademanes grotescos y alocados no eran los de un hombre normal.

Smiley desapareció tras una de las esquinas de la gran casa del rancho.

Una mueca distendía su rostro de fina y angulosa mandíbula.

Pasados uno o dos minutos volvió a aparecer. Montaba un potro resoplante. No iba sentado en la silla con gran desembarazo y dirigió el veloz y reluciente mustang hacia el frente de la casa.

Smiley cabalgó hasta llegar a la galería. La luna caía de pleno sobre él y su montura. El potro parecía presumir que la victoria estaba sólo a unos pocos pasos de distancia y encorvó su lomo con perversa determinación.

Súbitamente Smiley lanzó un extraño gruñido que era en él habitual. Su cuerpo saltó en el aire. Libre de aquel peso, el potrillo lanzó un relincho de triunfo. Luego, con la cola en alto, desapareció

en la noche.

Durante todo aquel día había estado lloviendo y frente a la galería donde se hallaban Virginia y su enamorado caballero había un gran charco, y el agua y el barro saltaron en todas direcciones. Siempre immaculado, Ramón Laredo era un hombre que daba mucha importancia a su aspecto exterior.

Unas manchas negruzcas le cubrían ahora de la cabeza a los pies. La espalda y uno de los lados de su impecable terno gris no eran más que un manchón barroso. También la muchacha alcanzó la rociada, pero su vestido era fácilmente lavable y ni siquiera dio importancia al remojón. Su interés se concentró sobre el pobre sordomudo, que se debatía en medio del agua y el fango.

Chorreando barro y agua, Smiley no parecía enfadado por haber recibido aquel baño imprevisto. Dando tumbos, se dirigió a la parte superior de la galería, mientras salían de su garganta unos ruidos incoherentes, hacía gestos pidiendo perdones y se dibujaba en su rostro, más idiota que nunca, su mueca característica.

Pero no estaba tan tranquilo Ramón Laredo, el patético enamorado. Todo el fuego, todo el ardor hacia la muchacha, se había convertido en una furia incontenida contra Smiley. Una pelota de barro en plena boca, cuando está en trance de pintarle una pasión volcánica a la amada, es para enfriar los entusiasmos de cualquiera.

El efecto que aquello produjo en Laredo fue aún mayor. Su rabia era verdaderamente insana y vomitaba groseras palabrotas en español, sin saber que Virginia había estudiado el español durante varios años.

¡Crack!

El furioso español había asestado un terrible fustazo con su látigo de montar en la espalda de Smiley. De la garganta del mudo brotaron unos sonidos de protesta y, volviéndose con rapidez dejó ver en sus ojos el dolor, el reproche, el aturdimiento.

El acto de Laredo, en sí, podía disculparse; nadie es capaz de dominar sus sentimientos en un momento dado, pero en el rostro del español se había pintado al mismo tiempo, en una contracción horrible, el odio asesino, y una y otra vez siguió golpeando salvajemente al pobre sordomudo.

El gañan se cubría la cara con los brazos para evitar que le

alcanzasen en ella los golpes, pero la fusta de cuero arañó y rasgó sus carnes en varios sitios. Su cuello apareció lleno de verdugones y huellas sangrientas acabaron por surcar su rostro.

Smiley no intentó siquiera contestar a la agresión, limitándose a defenderse del castigo. Parecía estar haciendo un sobrehumano esfuerzo para hablar y explicar cuanto sentía lo ocurrido. Un latigazo en plena boca arrancó de su garganta algo parecido a sílabas de palabras incomprensibles.

Al principio de esta escena, Virginia Calvert se quedó muda por el horror. Estaba estupefacta al ver de qué manera aquel meloso enamorado se había transformado en un segundo en un salvaje capaz de las más cobardes brutalidades. Cogiéndose a uno de los brazos de Laredo, trató de impedir que siguiera golpeando al infeliz.

Pero la furia del español iba en aumento, y tal vez inconsciente de sus actos, rechazó brutalmente a la muchacha, que fue a chocar con violencia contra la pared de la casa. Virginia logró al fin hacer uso de su lengua:

—¡Basta! ¡Basta! ¿No ve que ese hombre no ha querido ofenderle?

¡Crack! El látigo cayó una vez más con fuerza sobre la espalda de Smiley.

—¡No le pegue más! —gritaba la muchacha, hasta desgañitarse—. ¡Bárbaro! ¡Lo está usted matando! ¡Corre, Smiley! ¡Corre!

Pero recordó en aquel momento que el gañán no había respondido nunca cuando le hablaban y le hizo señas para indicarle lo que quería decir. Smiley echó a correr y el español salió en su persecución.

—¡No le persiga! ¡No le peque más! ¡Deténgase! —gritaba Virginia, corriendo detrás de él—. ¡Deténgase! ¡Animal! ¡Bruto!

Estas palabras volvieron a Laredo a la realidad. Verdad es que Smiley estaba ahora fuera de su alcance. El infeliz corría por la parte posterior de la finca.

Laredo volvió hacia la galería. Su aspecto era ahora completamente ridículo. De arriba abajo era su traje una plasta de barro. El furor seguía dominándole, pero fingió contrición y humildad para disimular su repugnante manera de obrar anterior.

—¡Tiene usted peores sentimientos que un lobo! —le dijo la muchacha, con los ojos rebosantes de desprecio—. ¡Y esa es su

simpatía!... Sólo gracias al pobre Smiley he podido conocer cuál es su verdadero carácter cruel y vengativo, antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Lo siento... estoy verdaderamente arrepentido! —murmuró, balbuceante, Laredo—. Comprenda usted, querida mía, que mis nervios han saltado de indignación. ¡Si me he mostrado tan miserable, es porque su desgracia me tiene fuera de mí!

—¡Impostor! —le escupió materialmente la joven—. ¡Embustero! ¡Esta misma noche saldrá usted de Slash C. ¡

—¡Le suplico que sea indulgente, Virginia! Yo arreglaré esto con Smiley. Le daré más dinero del que pueda ganar en un mes. Esto satisfará a su espíritu de simple gañán.

—¡Indulgencia! —contestó la muchacha—. ¡Habla usted de indulgencia! —su tono de desprecio cortaba más que el látigo de Laredo—. ¡Dele el dinero que quiera, si ese es su gusto, pero antes de una hora tiene usted que estar fuera del Slash C.!

Las protestas de Laredo chocaron contra la puerta de la casa, que se había cerrado tras la colérica Virginia Calvert. Esta había entrado en la casa, fuera de sí. Estaba trastornada. Se sentía más sola, más abandonada que nunca. Al llegar a su alcoba se dejó caer de bruces sobre el lecho y por un instante las lágrimas rodaron por sus mejillas.

La vida parecía vacía, sin sentido para ella. ¿A quién volverse en demanda de ayuda? Su madre había muerto. Había desaparecido su padrastro y a Hal Wheeler —el “tío Hal”— acababan de asesinarlo. En cuanto a Laredo, que un momento antes parecía ofrecerle un sólido apoyo para el porvenir, se había mostrado en un segundo tal cual era en realidad: un monstruo.

Algo misterioso, irregular, amenazador, se cernía sobre su rancho, o por mejor decir, sobre el rancho que ella creyera que era suyo.

No tenía gran confianza en el personal de la hacienda, excepto en Johnny Boot y el Slapjack Kerlew. Aquellos de los hombres eran leales, pero eran dos hombres vulgares, dos peones, al fin y al cabo, y por mucho que los apreciara, no podía confiarse a ellos en determinados casos.

Cuando Lon Brenford, su padrastro, desapareció misteriosamente, Virginia escribió a Pete Rice —más conocido por

“Pistol” Pete,— el sheriff de la Quebrada del Buitre, en el distrito de Trinchera. El sheriff de su distrito era un hombre viejo, bastante valiente, pero al que, como es natural, le pesaban ya los años.

Pete Rice tenía la reputación de ayudar eficazmente a cuantos se hallaban en algún apuro, aun cuando a veces tuviese que poner en práctica algunos pequeños trucos para vulnerar la ley que él defendía de manera tan rigurosa. Pero hasta Pete Rice parecía haberse desentendido de ella.

¿Estaba perdida por completo? ¿Era posible que se viese tan desamparada como una perra perdida entre una manada de lobos hambrientos?

En los ojos de la muchacha brilló de pronto la resolución. Lucharía contra todo y contra todos. Seguiría hasta el fin en la brecha. Su fiel Hal Wheeler yacía muerto en Broken Arrow. Iría a la ciudad a rendir el último tributo de cariño al muerto leal.

Se cambió de vestido. Había acabado de vestirse y peinarse cuando se oyó un chillido en la escalera.

Era un chillido estridente, de dolor, de miedo, de muerte.

Nuevos desastres se abatían sobre el mar de trastornos que amenazaba anegar el rancho Calvert.

Los ojos de la muchacha se distendieron por el terror. Acababan de asesinar a alguien. Salió corriendo de su habitación y se dirigió hacia las escaleras.

En el piso bajo, los huéspedes y jornaleros corrían hacia la puerta posterior de la casa. Entre ellos iba Smiley. Se había puesto ya un traje limpio de trabajo. Sus heridas habían sido untadas con yodo.

Uno de los huéspedes, Orvin Reynal, empedernido borrachín y, sin embargo, un perfecto caballero, llevaba una botella de whisky por el gollete. Evidentemente pensaba utilizarla como arma en caso necesario.

William Quayne y Clinton Borrel, huéspedes de pago también, empuñaban sendos revólveres. Otro patrón, Elbert Vaughn, se agregó a ellos. Su flaca figura estaba temblorosa y en su rostro el miedo hacía aún más angulosos sus rasgos fisonómicos.

La muchacha se adelantó a todos, dirigiéndose a la cocina, en la que reinaba una extraordinaria agitación. William Quayne, que era

un hombre de edad mediana, trató de detenerla.

—Espera, miss Calvert —la apremió—. No debe usted saber lo que ha sucedido ahí. ¡Déjeme ir a mí primero... haga el favor!

Pero Virginia Calvert no pensaba en aquellos momentos en el peligro que podía salirle al paso al cruzar aquella puerta. Su rostro estaba ahora rígido y su mirada era firme, haciéndola parecerse aún más a su emprendedora madre. Alguien que se hallaba en peligro necesitaba ayuda; eso era lo único que le preocupaba.

Siguió andando y fue la primera en llegar a la cocina, a excepción de Smiley, que parecía una persona a quien no había de producir impresión alguna el peligro, caso de enfrentarse con él.

Sobre el pavimento de la cocina yacía, caído de bruces, un chino. Clavado en su espalda se veía un largo cuchillo de hoja puntiaguda y afilada.

Otro individuo amarillo, Wan Lo, el primer cocinero, farfullaba algo en su lengua natal, mientras señalaba al chinito tendido a sus pies. Luego, abandonó sus lamentaciones chinas, para decir en un inglés adulterado:

—¡Él hacer! —e indicaba a un chino pequeñito, agachado contra la pared.

El rostro de Virginia tomó la palidez de la cera.

El asesinato había hecho su aparición dos veces aquella noche.

Y esta vez entre las paredes de la casa de Slash C.

CAPÍTULO III

LOS JINETES VAGABUNDOS

La muchacha se estremeció. Sabía que en aquellas tierras salvajes, los hombres solían con frecuencia tener un fin trágico; pero hasta aquella noche la muerte violenta de un ser le había parecido una cosa remota. Hízose, no obstante, cargo de la situación y dijo dirigiéndose al cocinero Wan Lo:

—¿Dice usted que vió el asesinato, Wan Lo?.

El interpelado afirmó con energía:

—¡Lo vi! Hace mucho tiempo que Moy Tang sacó cuchillo y clavó en espalda de Chung Yun. ¡Sí!

—Este no es espectáculo para usted, miss Calvert —dijo Quayne a la joven dulcemente—. ¿Por qué no se retira a sus habitaciones y deja esto para nosotros, los hombres?

—Pero esta aún es mi casa —protestó Virginia—. Creo que me corresponde a mí conocer todos los detalles de lo que ha pasado.

—Se trata de un sencillo y clarísimo caso de homicidio cometido por Moy Tong.

En realidad parecía lo mejor. El cocinero Wan Lo contó cuanto sabía del asesino. Luego habló en cantonés a Moy Tong.

El acusado inclinó la cabeza con muestras de resignación. No hizo resistencia alguna cuando Johnny Boot y otro de los vaqueros del rancho le ataron las manos y se dispusieron a conducirlo a la ciudad. El chino asesinado fue envuelto en un poncho y atado a la grupa de un caballo.

Virginia observó todos los preparativos frente a la puerta principal de la casa. Por un instante experimentó el deseo imperioso de seguir a la caravana hacia el Este, pero logró al fin dominarse y permaneció en el rancho.

Los huéspedes del Slash C. fueron muy bondadosos con ella.

Cuando al fin se retiró a sus habitaciones estuvieron haciéndole compañía gran rato. Eran todos hombres de posición que pagaban altos alquileres por el privilegio de residir en el rancho.

—No se deje usted impresionar por este desgraciado incidente, miss Virginia —le dijo amablemente Elbert Vaughn—. Por un homicidio no vamos a desertar de aquí. Por mi parte, pienso seguir en el rancho algunos meses. Precisamente he empezado a tejer una nueva manta.

—Han sido todos ustedes muy amables conmigo —contestó Virginia.

Vaughn esbozó una sonrisa.

—Puede usted contar siempre con nuestra cooperación.

Elbert Vaughn era un artista soñador de abundante caballera. No era la casualidad la que, como a la mayoría de su compañero le había llevado a aquellos parajes. Tejía alfombras indias y mantas y moldeaba el barro. Podía pintar flores y dibujar delicados en platos y había descubierto algunas especies originales de alfarería Papago India, cerca de Broken Arrow e intentaba reproducirlas.

Los otros hombres trataban a Vaughn con una especie de amable tolerancia, excepto Orvin Reynal.

Reynal estaba sentado en un gran butacón cerca de la ventana. Era un hombre elegante, aun cuando su rostro largo y delgado mostraba poca consistencia. Su frente era espaciosa, y en sus ojos profundos brillaba la inteligencia. Miraban de una manera escudriñadora aquellos ojos.

Virginia sentía cierta desconfianza hacia aquel hombre. Su rostro tenía una palidez especial parecía continuamente pensativo. Sabía muy poco acerca de su pasado, salvo que era un profundo conocedor de las leyes.

Virginia había notado que cuando Reynal miraba a Vaughn, se pintaba en sus ojos algo como aversión, odio. Por su parte, Vaughn parecía no darse cuenta de que existiera Reynal.

Reynal fue el único de los huéspedes que no se ofreció a Virginia en aquellas circunstancias. El repugnante asesinato le había dejado indiferente. Parecía no preocuparse más que del profundo rencor que disfrazaba su personalidad.

Los demás huéspedes dieron a Virginia la seguridad de continuar en el rancho. Justo Otera, un exportador adinerado de Tampico,

México. Clinton Borrel, que había hecho su fortuna en un importante comercio de manufacturas diversas. Jeff Carter, que era natural de Alaska, y aseguraba haber extraído mucho oro en el Polo Norte.

Sus bondades no hacían más que aumentar la tristeza de Virginia Calvert. No tenía el valor suficiente para decirles que ella sólo podría disponer del Slash C. unas pocas horas más.

Es probable que hubiese podido pedirles que le prestasen el dinero necesario para pagar la hipoteca, pero no era esa su manera de ser. El préstamo llevaría aparejado un riesgo. Aquel era un país de bandoleros a caballo. La muchacha no quería aventurarse a perder el dinero de sus generosos amigos.

Miró en torno suyo buscando a Smiley, pero el sordomudo había desaparecido. En aquellos momentos Smiley iba a horcajadas de un veloz caballo castaño y galopaba a una marcha más que regular por el camino que llevaba hacia el Norte. Pero ahora Smiley no montaba torpemente como lo hiciera frente a la galería de la casa del rancho y, además, parecía haber recobrado de pronto el don de la palabra.

—¡Adelante, muchacho! —apremiaba a su caballo—. ¡Nos quedan aún unas cuantas millas que hacer y no quiero estar fuera mucho tiempo!

Era muy cerca de medianoche cuando oyó el ruido de caballos que se acercaban. Guió a su montura al abrigo de un bosquecillo de algodoneros y esperó oculto en él.

La luz de la luna recortó bien pronto las figuras de los jinetes que se acercaban. Uno de ellos era un individuo diminuto, de rostro enjuto. Su compañero no pesaría menos de trescientas libras. Ambos llevan el traje usual en los vaqueros.

El hombre llamado Smiley ululó como una lechuza. El más pequeño de los jinetes paró en seco su montura.

—¡Por los cuernos del diablo! —exclamó—. ¡Esa es la señal de Pete Rice!

—¡No volveré a comer carne en mi vida, si no es él! —dijo su compañero.

Un segundo después estaban reunidos los tres al abrigo de los algodoneros del bosquecillo. Eran los tres luchadores más duros, los tres mejores tiradores, los más sagaces comisarios de todo el

Suroeste.

Eran “Pistol” Pete Rice, sheriff del distrito de Trinchera, y sus dos inseparables comisarios: Hicks “Miserias” y “Teeney” Butler.

Con la mayor brevedad posible el sheriff Pistol Pete Rice explicó a sus dos comisarios cómo estaba representando el papel de sordomudo Smiley en el rancho Slash C. Díjoles también cómo su caída dentro de un charco de barro había interrumpido la peripatética declaración de amor de Ramón Laredo, que pretendía unirse en matrimonio con Virginia Calvert.

—En esta región está sucediendo algo bastante raro —continuó diciendo—. Tenemos que averiguar quién ha asesinado a Hal Wheeler y desentrañar el por qué del asesinato de ese chino en la cocina. No estoy convencido de que el que han acusado como asesino sea el verdadero culpable, pero tenemos que trabajar a escondidas, por lo menos hasta averiguarlo.

—¿No podíamos practicar algunas detenciones con lo que tú ya sabes, patrón? —preguntó Hicks “Miserias”.

—Tal vez podríamos, pero tenemos que descubrir a los jefes. Se me figura que hay en todo esto alguna conspiración de cierta envergadura. Debe haber mucho dinero a ganar para alguien. Prenderemos al jefe o los jefes.

El anguloso y talludo sheriff sonrió astutamente y continuó:

—Si tratas de pescar a un hombre, déjale que se apodere de una de las esquinas de un billete de diez dólares. Es entonces cuando te convencerás de si lo suelta o si tira de él hasta partirlo en dos. La fortuna que esperan obtener los granujas que operan en esta conspiración, dará con ellos en la cárcel... en el extremo de una cuerda.

Los penetrantes ojos del mayor de los dos comisarios brillaron intensamente ante la perspectiva de aquel nuevo asunto.

—Bien, nos pondremos en camino en cuanto recibamos tu carta, Pete —dijo—. Me alegraré mucho de que nos reunamos pronto. No sabemos con exactitud cómo debemos actuar, a menos que nos des instrucciones.

Pistol Pete Rice permaneció pensativo unos segundos. Sacó de uno de sus bolsillos una bola de goma y empezó a mascarla concienzudamente.

—El nuevo capataz allí, Luke McCarron, es un hombre en el que

no tendría confianza alguna, lo mismo que si cogiese una oveja por el rabo —dijo—. Tengo la idea de que está formando una cuadrilla de salteadores.

Un momento examinó los tal vez demasiado nuevos vestidos de sus comisarios.

—Lo único que tengo que deciros, muchachos, es que os ocultéis hasta mañana. Entonces cabalgad hasta el Slash C., en dónde os presentaréis como jinetes vagabundos, pero vestiros con la ropa más sucia y más deteriorada que tengáis. Uno de vosotros puede agujerear su sombrero de un balazo. Hay que actuar de manera misteriosa. Cuanto más aparentéis ser hombres fugitivos, más fácil es que McCarron os admita a su servicio.

Otra vez mascó la goma, pensativamente.

—No puedo precisar qué es lo que va a ocurrir en el Slash C., pero me apuesto cualquier cosa a que se trata de un asunto en grande. Vais a meteros en un verdadero peligro, muchachos, en el instante en que pongáis el pie en los terrenos del Slash C.

Pete Rice añadió con una mueca burlona:

—Creo que nadie será capaz de apararos los pies en cuanto hayáis echado a andar...

Hicks “Miserias”, el diminuto comisario, lanzó a los vientos uno de sus discursos más explosivos.

—¡Ventre de ballena! —exclamó—. ¡Déjame a mí esos granujas! ¡Yo puedo cascar a cinco de esos pillos que quieren sacrificar a esa pobre muchacha desamparada!

En boca de algunos hombres estas palabras podían haber sonado a baladronada, pero Hicks “Miserias” había demostrado ya infinitas veces su valor y su habilidad en la pelea. En su residencia en la Quebrada del Buitre, Hicks era barbero, cuando no estaba actuando como comisario en el camino, pero siempre estaba más a gusto en su mano el revólver que la navaja de afeitar o la maquinilla de cortar el pelo.

Los tres comisarios siguieron hablando por espacio de una hora. Pasada ésta, Pete Rice dirigió la cabeza de su caballo hacia el rancho de Slash C.

Ya se había puesto hacia rato el sol por el Oeste, a la tarde siguiente, cuando dos jinetes llegaron cabalgando hasta el patio del rancho Slash C. Sus cansados caballos estaban cubiertos de una

costra formada por el sudor y el polvo del camino. En el sombrero del más pequeño de los dos hombres podía verse el agujero de una bala. Las camisas y los trajes de ambos estaban hechos jirones y tenían un color indefinible, como de prendas que hacía tiempo que no conocieran la limpieza.

Sus zahones estaban llenos de arañosos y desgarrones, y en los del mayor de los dos jinetes, podía verse un agujero que ni los abrojos ni las ramas de los arbustos podían haber hecho. Era un agujero de bala.

El más pequeño de los dos forasteros fue el que llevó la voz cantante en las explicaciones de su llegada. Sus ojos azules iban de un lado a otro, mientras se dirigía al capataz del rancho, Lucke McCarron. Unos ojos movibles indican, ordinariamente, un carácter movable también. Además, el pequeño orador hablaba saliéndole las palabras por la comisura de los labios, como un ex convicto o un hombre perseguido o fugitivo.

—No estamos necesitados de nuevo personal —le dijo McCarron—. El Slash C. no es un asilo en donde vayamos a admitir a todos los jinetes vagabundos que se nos presenten.

Luke McCarron era un hombre de rostro cuadrado, de mandíbulas cuadradas, de hombros cuadrados, excepto en el carácter. Tenía los ojos como barrenados en la piel su boca denunciaba crueldad y su lengua era de víbora.

El pequeño fugitivo de los ojos azules, clavó la mirada como un puñal en el capataz del rancho. Su faz bronceada y correosa adquirió un tinte de dureza. Restregó la reluciente funda de cuero de sus pistolas que descansaban sobre sus muslos.

—Está usted hablando con dos hombres que no son dos vagabundos vulgares —dijo de una manera significativa—. Somos gentes que saben llegar hasta donde es preciso.

Había algo insinuante en el tono con que fueron dichas estas palabras.

McCarron abrió los ojos.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

Fue el gigantón el que contestó:

—Yo soy Bill. El enano responde al nombre de Mike, si se le habla con buenos modos. Los demás nombres que nos han dado en nuestras andanzas es cosa nuestra. ¿Necesita usted buenos tiradores

o no los necesita?

McCarron pareció durante un minuto o dos estudiar a aquel par de tipos.

—Bien, muchachos, quedáis admitidos —dijo al fin—. Necesito gentes que sepan algo de manejar novillos. Tengo además necesidad de enviar un hombre a perseguir un lobo. No me hacen falta gentes que se dediquen sólo a mascar y rascar.

Y añadió intencionadamente, dirigiéndose a los dos nuevos empleados:

—Supongo que no habréis dejado algún rastro reciente detrás de vosotros, ¿eh? No quiero en el Slash C. a gentes que tengan algo que ver con la justicia.

—¡Pardiez! Demasiado sabemos borrar una pista —dijo el más pequeño de los vagabundos—. ¡No hay ningún sheriff capaz de descubrir nuestras huellas!

McCarron torció su boca en una mueca burlona. Ni Bill ni Mike habían afirmado que no tuviesen algo que ver con la justicia, pero el aspecto de ambos había satisfecho plenamente al capataz. Montó rápidamente a caballo y se dirigió a los corrales de la casa.

—Id a dejar vuestros caballos en el corral y dejad el equipaje en el cobertizo. —dijo antes de marcharse—. Tal vez os necesite para un trabajo especial esta noche. Decid al cocinero chino que McCarron os ha admitido como empleados.

Cuando el capataz hubo desaparecido, lo dos vagabundos cambiaron entre sí una extraña mirada.

—Lleva los caballos al corral, Bill —dijo el más pequeño de los dos—. Yo llevaré nuestro equipaje al cobertizo.

Los dos comisarios no habían mentido al decir que se llamaban Bill² y Mike³. El más pequeño era Lawrence Michael Hicks, mientras que su compañero, el gigantón tenía un pasaporte en el que podía leerse William Alamo Butler.

Este último llevó los caballos hacia el corral y Hicks “Miserias” los equipajes de ambos al cobertizo. Pero al entrar en éste, Hicks “Miserias” experimentó el primer sobresalto y dio muestras de una excitación extraordinaria. Era su sino, sin duda.

En el interior del cobertizo destinado a vivienda de la servidumbre estaba un hombre, que lanzó una rápida y penetrante mirada al recién llegado y dejó escapar un grito de sorpresa. Su

mano derecha como una garra cayó sobre su espalda.

Pero Hicks “Miserias” fue más rápido que él. Con la presteza de un rayo, las manos del diminuto comisario llegaron a sus caderas y un momento después encañonaba a su enemigo.

—¡Arriba las manos! ¡Pronto! —ordenó.

—¡Hicks “Miserias”! —exclamó aquel hombre alzando ambas manos sobre su cabeza. Estaba cazado.

Pero Hicks “Miserias” se daba cuenta de que la entrada en el cobertizo en aquellos momentos de alguno de los vaqueros de Slash C. frustraría los propósitos suyos y los de Teeny y Pete Rice.

Porque aquel hombre que tenía delante con las manos en alto, era un individuo conocido con el apodo de “Gila Kid”, un traidor renegado reclamado por la justicia de tres Estados.

Gila Kid había sufrido un arresto en la cárcel de la Quebrada del Buitre, mientras Pete Rice se hallaba ausente investigando un caso de asesinato cometido en las inmediaciones del distrito. Por eso el renegado no había podido reconocer en el sordomudo Smiley al sheriff Pistol Pete Rice.

Pero sí reconoció a Hicks “Miserias”, como reconocería a Teeny Butler en cuanto lo viese. La salvación de los tres comisarios dependía del silencio de aquel hombre. Había que hacer callar para siempre a Gila Kid... y eso con la mayor prontitud posible.

Gila Kid, venenoso, criminal, tenía una inteligencia despierta y comprendió desde el primer instante lo crítico de la situación dándose cuenta de que el pequeño comisario debía hallarse en el Slash C. cumpliendo una misión oficial.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí? —preguntó nerviosamente—. He cumplido mi arresto en el calabozo de la Quebrada del Buitre. No puede usted acusarme ahora de nada. Yo soy aquí en Slash C. un ciudadano honrado que se gana la vida con su trabajo.

“Miserias” comprendió que aquel granuja lo que quería era ganar tiempo para dar lugar a que entrase alguien del rancho en el cobertizo. Eso era lo que había que evitar a toda costa.

El comisario no quería disparar su revólver, ni aun en el caso de que Gila Kid hiciese uso del suyo, porque el ruido se oiría en todo el rancho.

Observó que el bandido, a tiempo que daba un paso hacia delante, iba bajando casi imperceptiblemente una de sus manos

para coger un arma.

“Miserias” entró en acción. Aun no había llegado la mano de Kid a la mitad del camino cuando ya Hicks le había asestado un golpe formidable en la cabeza con la culata de su 45.

El revólver que Gila ya había asido cayó al suelo. El golpe le había aturdido, antes de que tuviese tiempo de apretar el gatillo.

“Miserias” dejó caer sus revólveres a su vez. Y enseguida: ¡Blam! ¡Blam! ¡Crack! Derecha e izquierda cayeron como una lluvia sobre la quijada del facineroso. El cuerpo de Hicks, aunque pequeño, tenía una fuerza extraordinaria, de la que sabía servirse con una precisión matemática.

Un puñetazo aplastó la nariz de Gila, otro le alcanzó de lleno detrás de la oreja. Gila Kid era un hombretón robusto, pero la fuerza de aquellos golpes acabó con su resistencia y su cuerpo cayó pesadamente delante de la puerta del cobertizo.

Y precisamente en aquel mismo segundo se oyeron pasos en el exterior.

CAPÍTULO IV

BUEYES SOBRE RUEDAS

El pequeño comisario arrastró seguidamente el cuerpo del bandido hasta un rincón oscuro del cobertizo, pero entonces reconoció los pasos del que se acercaba, que no era otro que su compañero Teeny Butler.

Teeny había dejado los caballos en el corral y se disponía a descansar un rato. Sus ojos penetrantes miraron con curiosidad en torno suyo cuando entró en el cobertizo.

—Creo que el nuevo patrón te dijo que esta tarde tendríamos algún trabajo —le dijo a “Misérias”—. Por cierto que he oído un ruido sospechoso cuando me acercaba aquí. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Dio unos pasos en la habitación y acercándose a donde Hicks estaba escondiendo al bandido, miró la cara de éste.

—¡Qué el diablo me lleve si éste no es Gila Kid! —exclamó—. Amigo, creo que estamos listos si no nos quitamos pronto de encima a este bicho.

“Misérias” le explicó brevemente lo ocurrido, el descubrimiento del bandido, la pelea y su derrota. Le dijo también que había encontrado una bien repleta cartera debajo del sombrero de Gila Kid. Había visto a Gila ponerse precipitadamente el sombrero en el momento en que él le apuntaba con sus revólveres.

—La cartera tiene unas iniciales —dijo “Misérias”—. Debe habérsela robado a alguno de los huéspedes ricos que hay en el rancho. Iré a devolvérsela y así podré entrar en la casa y llevar a acabo una pequeña investigación. Y ahora vámonos de este cobertizo antes de que alguno de los empleados del Slash C. venga.

Teeny escudriñó los alrededores cuidadosamente. Parecían desiertos. Echóse al hombro el cuerpo del bandido con la misma

facilidad que si fuese de paja y saliendo fuera del cobertizo fue a ocultarlo en un alto sembrado de alfalfa detrás del pajar.

No tardaría en hacerse de noche, y entonces Teeny pensaba llevar al bandido a la cárcel de Broken Arrow. Conocía al guardián de la prisión y se las arreglaría para que estuviese allí rigurosamente incomunicado todo el tiempo que fuera preciso.

Ya vería la manera de escaparse en cuando se hiciera de noche. Él y “Miserias” habían salvado admirablemente la situación, pero ambos estaban convencidos de que situaciones como aquella habían de ofrecérseles con frecuencia antes de que estuviese completamente aclarado el misterio del rancho Slash C.

Pete Rice llegó al cobertizo pocos minutos después. Preguntó qué había sucedido desde que se vieron y sus humeantes ojos grises brillaron de satisfacción al enterarse de lo ocurrido.

—Voy a deciros lo qué haré —decidió al fin—. Voy a llevar esa cartera a la casa.

Examinó con detención la cartera y al ver las iniciales exclamó:

—¡Hum!... J. O. Creo que Gila Kid le robó esto a Justo Otera, uno de los huéspedes. El devolvérselo a Otera me proporciona la ocasión de penetrar en la casa y escuchar algo que pueda ser interesante. Creo que las gentes que viven allí han sospechado anteriormente de mí. Hasta ahora no he tenido ocasión de penetrar en la casa.

“Miserias” le entregó la repleta cartera y Pete Rice, bajo el disfraz de sordomudo Smiley, se dirigió a la puerta de la casa del rancho y llamó.

Fue William Quayne, el antiguo especulador, quien le abrió la puerta acudiendo a su llamada. Pete le mostró la cartera y le dio a entender por señas que la había encontrado en los alrededores del rancho.

Se envió a buscar al viejo exportador mejicano. Sus ojos chispearon de contento cuando vió la cartera con sus iniciales y llevó consigo al interior de la casa al supuesto sordomudo. Examinó el contenido de la cartera, y al parecer, comprobó que esta intacto, por lo que ofreció en recompensa un billete de diez dólares al enmascarado sheriff.

Pete se deshizo en una pantomima de agradecimiento y salió de la habitación, pero había visto entrar en la casa poco antes a dos

extranjeros y creyó que estarían conferenciando con Virginia Calvert, y que aquella conferencia tenía que ver algo con la propiedad futura del rancho Slash C.

Sin ser visto, logró deslizarse hasta una escalera que conducía a las habitaciones superiores. Llegó a éstas y protegido por la obscuridad logró deslizarse hasta una escalera que conducía a las habitaciones superiores. Llegó a éstas y protegido por la obscuridad logró colocarse junto a la puerta de la estancia en que se estaba celebrando la conferencia. A sus oídos llegó la voz de Virginia Calvert, que hablaba en tono lastimero.

—¿Pero no puede darme usted un nuevo plazo, Mr. Gentry? —rogaba la muchacha—. Yo habría tenido el dinero hoy. Hal Wheeler me traía los siete mil dólares... pero lo han asesinado y le han robado el dinero...

—¿Entonces cómo va usted a entregármelo? —gruñó una voz áspera y dura.

—Unos cuantos vaqueros míos están registrando el país en busca del ladrón. El comisario sheriff de Broken Arrow con otro pelotón lo busca por su parte. Deme usted un plazo, Mr. Gentry. ¡Por favor! Le pagaré el doble, el triple de intereses. Usted es un hombre rico y puede esperar. El Slash C. sólo significa para usted un negocio más. ¡Para mí.. lo es todo!

Tendido en el suelo, en la obscuridad. Pete había aplicado el oído a la pared y no perdía una sola palabra de la conversación. Oyóse a continuación la voz dura de Gentry:

—Siento mucho conocerla a usted en la desgracia, pero yo nunca empleo sentimientos en mis negocios. Pongo sólo mis obligaciones, y cada uno debe mirar su propio interés. He venido por mi dinero, siete mil dólares, o por el título de propiedad a mi nombre.

Pete oyó ahora la voz de otro hombre:

—Atendidas las circunstancias debía usted ser un poco flexible, Mr. Gentry, y emplear un poco de benevolencia en su táctica acostumbrada en los negocios. Si Miss Calvert pierde el rancho, se encuentra materialmente en medio de la calle.

La contestación de Gentry, indicó a Pete quién era el que acababa de hablar.

—Mr. Hegan —dijo la dura voz de Gentry—, usted ha sido el

abogado de la familia Calvert durante muchos años. ¿Por qué no adelanta usted esa cantidad y salva el rancho?

Hubo algo de amargura en la contestación de Hegan:

—Si yo tuviese ese dinero lo adelantaría sin vacilación... ¡pero, desgraciadamente, no lo tengo!

—Entonces, vamos a terminar este asunto —dijo de nuevo la voz agria de Gentry—. No perdamos el tiempo en sensiblerías.

Hasta Pete llegaron los sollozos de Virginia. El sheriff estaba riñendo una batalla consigo mismo. Hubiera deseado saltar por la ventana y dar al implacable Gentry su merecido, pero sería dejarse llevar de su rencor y transgredir la ley.

Los odios privados no podían ser perseguidos. Pete Rice no era más que un agente rígido de la ley. Habría que esperar el turno, hasta saber más detalles de los misteriosos acontecimientos que se estaban desarrollando en el Slash C. y obrar a su debido tiempo.

Oyó el crujir de papeles, el rasguear de una pluma y otra vez la voz de Gentry:

—Bien, el rancho de Slash C. es mío ahora, miss Calvert, y voy a entrar en posesión de él en el acto. Deseo hacer algunos cambios en él. Voy a despedir a algunos hombres y a asalar a otros. Los huéspedes de pago pueden quedarse aquí... si lo desean.

—En cuanto a mí —se oyó la voz de la muchacha—, como no soy un huésped de pago, seguro..

—Le agradecería que se marchase lo más pronto posible. Si puede ser mañana, mejor...

El rostro de Pete Rice se contrajo. Arrastrándose cautelosamente, llegó hasta la ventana más próxima y saltando por ella halló en la obscuridad del corral.

Deseaba saber si Gentry era uno de los granujas que intervenían en los acontecimientos misteriosos del Slash C. o si se trataba únicamente de un avaro con corazón de piedra, que no tenía más ley que su dinero.

En su fuero interno, el sheriff, deseaba que fuese lo primero, pues así, cuando llegase la hora de hacer justicia sobre Gentry, Pistol Pete Rice sería tan duro y rencoroso como el mismo Gentry.

El sheriff oyó vocear al ganado y el crujir de ruedas. Se arrastró cautelosamente hasta la parte posterior del cobertizo, que era de donde procedía el ruido.

Vió allí seis carromatos cubiertos con lonas formando una cubierta circular. Cada vehículo era capaz para acomodar en él, por lo menos, seis bueyes. En el convoy irían seguramente cuarenta vacas y novillos, lo que representaba un valor aproximado entre mil quinientos y dos mil dólares.

Era probable, pensó Pete, que Gentry hubiese decidido ya repoblar el rancho, pero el sheriff abandonó pronto esa idea. Conocía hacia tiempo a los ladrones de ganado y los métodos que empleaban. Uno de sus trucos era el de transportar el ganado de esta manera, y estaba seguro de que aquel ganado no llevaba el certificado de compra correspondiente.

Dedujo, pues, que aquel ganado lo sacaban del rancho probablemente para ocultarlo en algún corral, o en el cercado de un cañón hasta que pudiesen hacer desaparecer la marca de sus lomos.

Tenía la convicción de que se trataba de un robo de ganado, pero había algo más que esto y Pete creyó prudente recoger los mayores datos posibles de la verdad, antes de abandonar su papel de Smiley el sordomudo idiota.

Pudo ver entonces la silueta cuadrada del capataz McCarron que se dirigía hacia el cobertizo. Pete se acercó a la pared posterior y trató de escuchar lo que iba a decir el capataz una vez dentro.

—Tengo un poco de trabajo para vosotros, muchachos —estaba diciendo el capataz—. Gentry ha traído hoy unas cuantas cabezas de ganado.

—Creo que he oído sus mugidos —dijo la voz inconfundible de Hicks “Miserias”.

—Sí. Los animales han venido en tren desde Whitewater. Mientras fueron trasladados a los carros en Broken Arrow había varios individuos sospechosos huroneando alrededor. Los milanos están revoloteando ahora hacia el Slash C., según me han dicho. Creo que pretenden apoderarse del ganado para quedarse con él por un precio “fácil”. ¿Comprendéis? Quiero que me ahuyentéis a esos milanos, muchachos.

—¿Y si ellos plantan pelea, qué hacemos? —preguntó “Miserias”.

—¡Pues entonces les plantáis batalla vosotros a ellos! —gruñó colérico McCarron—. No hay ley que se oponga a hacer un escarmiento con esos ladrones de ganado. ¡El menor de vuestros

trabajos en Slash C. es el de hacer de niñeras hasta Hereford! Si hacéis un buen trabajo esta noche, encontraréis un modo de haceros una fortunita en poco tiempo.

—¡Al pelo! —le interrumpió Teeny Butler—. Precisamente hacer funcionar nuestros revólveres es nuestra especialidad.

—Pues entonces en marcha, y ya podéis encender la pipa —dijo McCarron en tono más amable—. A caballo, muchachos, y en marcha. Y ya contestaré a vuestras preguntas cuando hayáis acabado vuestro trabajo.

Los ojos de Pete Rice relumbraron en la obscuridad. Comprendió lo que se proponía McCarron. El capataz enviaba fuera del rancho a unos supuestos bandoleros para asesinar a unos hombres honrados, que estaban en duda sobre si aquel ganado había sido robado.

Pete siguió las huellas que habían dejado los carros en el camino y al llegar a una milla de distancia de la casa principal del rancho se ocultó en un bosquecillo de algodonereros y celebró allí una conferencia con sus dos comisarios.

Comprobó que ni “Miserias” ni Teeny se habían dejado embaucar por las órdenes de McCarron, y que no tenían intención alguna de entablar una lucha con gentes honradas para defender un ganado procedente de robo.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer, patrón? —preguntó “Miserias”. Si no atacamos a esos hombres, McCarron creará que no valemos para nada. Si los atacamos nos convertimos en asesinos.

—Encontraos con esos hombres y decidles la verdad de lo que ocurre y de quiénes sois vosotros. Rogadles que permanezcan ocultos y que no entorpezcan nuestra acción. Yo estoy por apostar que no han de pasar muchas horas, sea como sea, antes de que nosotros logremos descubrir...

Se detuvo de pronto sorprendido. Se había oído un crujido en la parte posterior del bosquecillo a pocos pies de distancia. El ruido podía haber sido producido por algún animal salvaje, o tal vez por algún espía del Slash C. Pete estaba inclinado a admitir esta última suposición.

El peligro avanzaba como un rayo sobre él y sobre sus dos comisarios. Un paso en falso cualquiera y los asesinos del Slash C. caerían sobre ellos como una manada de lobos.

Pero la preocupación de Pete Rice fue fugaz. Estar fuera de

peligro o entro de él, era ya un hábito en aquel hombre y hierro.

—Vamos allá, muchachos —les dijo en voz queda a sus comisarios—. Proceded con sentido común, ese sentido que va siendo cada vez más raro en el mundo. Es una cosa que no está a la venta y si así fuera, ningún hombre tendría bastante dinero para comprarlo. Adelante, muchachos. Si salimos con bien esta noche, creo que podemos desentrañar este misterioso asunto del Slash C.

Los comisarios cabalgaron hacia el espacio abierto, mientras Pete retrocedía hacia la agrupación de edificios del Slash C.

CAPÍTULO V

UNA MAQUINACIÓN DESHECHA

Los comisarios de la Quebrada del Buitre pusieron sus monturas al galope en la obscuridad. Sabían que estaban desempeñando una misión peligrosa. Iban camino de un probable encuentro, en el que no podían defenderse, puesto que sabían que sus presuntos enemigos eran personas decentes.

Sin embargo, ambos comisarios iban equipados convenientemente para defenderse sin necesidad de disparar un solo tiro. Hicks “Miserias” llevaba sus bolas.

Este instrumento, usado principalmente en la Argentina para sujetar al ganado bovino y cazar potros salvajes, consistía en tres correos de cuero crudo terminadas en sendas bolas metálicas. “Miserias” sabía arrojar sus bolas con rara habilidad y precisión.

Varias veces había conseguido evitar la fuga de un bandido con su arma de tres brazos. Lanzada a las piernas de un fugitivo, las tres tiras de cuero se enroscaban en ellas y determinaban la caída violenta del fugitivo.

Al mismo tiempo que las “bolas” habían metido a más de un bandido en la cárcel, también es verdad que los habían salvado de ser agujereados por las balas.

Teeny Butler, por su parte, llevaba también un arma original. En su mano derecha, del tamaño de un jamón, empuñaba el mango de un largo látigo de cuero, al que llamaba su “toro amaestrado”.

Este látigo era como una mano que tuviese un alcance de varios pies. Teeny lo empleaba con la misma seguridad que su 45, lanzándolo con rara precisión conseguía arrebatar un cuchillo o un revólver de la mano de un bandido. Un tirón seco arrancaba el arma, una vez enrollada la punta del látigo a la muñeca.

A unas tres millas de distancia del rancho los dos comisarios

iniciaron la escalada de un monte arbolado. En el valle que se extendía bajo avanzaban a campo descubierto cinco jinetes, que se dirigían en línea recta hacia los dos representantes de la autoridad.

A unas pocas yardas de la cresta coronada de pinos los cinco hombres experimentaron una desagradable sorpresa. Los dos comisarios lanzaron una verdadera rociada de plomo sobre ellos; aunque diestros ambos en el manejo del revólver, procuraban que las balas no hicieran más que asustar a aquellos hombres.

Los recién llegados no eran cobardes y lanzaron agudos gritos de reto al mismo tiempo que empuñaban sus revólveres. La luz de la luna, dándoles de pleno, puso de manifiesto la honradez que se pintaba en sus facciones.

El jinete que iba en la cabeza del grupo era un fornido hombretón de mediana edad con una barba a lo Van Dyck. Llevaba un traje elegante ciudadano y en toda su figura y en sus ademanes se adivinaba al hombre de posición y acostumbrado al mando.

—¡Cazadme a esos granujas, muchachos! —gritó—. ¡Son ladrones de ganado! No sirven para otra cosa que para carnada de buitres. Además no saben manejar un arma. ¡No son capaces de acertar a un burro a diez pasos de distancia!

Hicks “Miserias” dejó escapar un juramento de indignación. Había desmontado rápidamente y estaba oculto tras el tronco de un pino.

—¿Qué es eso? —gritó, a voz en cuello—. Voy a hacerle rectificar esa opinión en el acto. ¡Fíjese en esto, señor Barbas de Trigo! ¡Voy a hacerle un agujero a una pulgada por encima de la cinta de ese magnífico Stetson que lleva en la cabeza!

¡Crack!

Rotó una llamarada de la boca del cañón del revólver de “Miserias”. El sombrero dio un pequeño salto en la cabeza del jinete barbudo, pero no cayó al suelo.

—¡Pardiez! —exclamó otro de los jinetes, que estaba junto al jefe—, ¡lo ha hecho como lo ha dicho! ¡Ha agujereado su sombrero a una pulgada de la cinta!

—¡Ha cumplido lo prometido! —gritó Teeny Butler a su vez—. ¡Y fíjese en esto, señor Barbudo! ¡Voy a cortarle el tercer botón del ala derecha de sus zahones!

¡Bang!

El revólver de Teeny habló amenazador ahora, y un disco brillante saltó en el aire a un metro de altura. ¡Era el botón niquelado, el tercero precisamente, del ala derecha de los zahones del hombre de las barbas a lo Van Dyck!

—¡Mil rayos! —dijo la voz de uno de los jinetes—. ¿Qué quiere decir esto?

—Es sencillamente demostrarle que conocemos el oficio —contestó Hicks “Miserias”—. Ya ven ahora lo que somos capaces de hacer. ¡Suelten los revólveres... y arriba las manos!

Los comisarios habían demostrado suficientemente que eran dueños de la situación. Las manos de los cinco hombres se alzaron al cielo. Los dos comisarios salieron del bosquecillo y se acercaron a los cinco prisioneros.

—Y ahora, vamos a ver, ¿quiénes son ustedes? —preguntó Hicks “Miserias”.

—¡Demasiado sabes quiénes somos y por qué estamos aquí! —contestó el que parecía jefe de aquellos hombres, el jinete barbudo—. Yo soy Bronson, del Rockin R.

Y añadió, volviendo la cabeza hacia el que se hallaba más cerca de él.

—Este es Sanderson, de la finca Pitchfork. Los otros son empleados nuestros. Vosotros habéis robado algunos bueyes de la propiedad de Sanderson y unos cuantos míos que teníamos en los corrales del embarcadero marítimo de Sweetwater.

—Eso es lo que nosotros queríamos saber. Mr. Bronson —dijo Hicks “Miserias”, en tono amistoso—. Nosotros no somos ladrones de ganado, aunque en realidad nuestra misión es guardar, si podemos, su ganado en nuestro poder.

El intrépido comisario hablaba dirigiéndose a Bronson. Sabía que en aquellos momentos ofrecía un blanco perfecto para cualquier tirador mediano, pero Hicks “Miserias” conocía a los hombres. Bronson y Sanderson, lo mismo que sus empleados podían tratar de capturarlos, pero estaba seguro de que no los matarían a sangre fría.

—Ahora, escuche lo que voy a decirle, Mr. Bronson —ordenó el diminuto barbero—, y no ponga en duda ninguna de mis palabras.

“Miserias” hizo una minuciosa explicación de su ingerencia en aquel asunto. Al principio Bronson y sus jinetes parecían incrédulos,

pero gradualmente, conforme iba hablando “Miserias”, comprendieron que el fogoso comisario estaba diciendo la pura verdad. Los dos comisarios habían enfundado sus revólveres desde el principio de la conversación.

—Propongo que sus hombres vuelvan atrás —dijo Hicks, al terminar sus explicaciones—, y dejen este asunto en nuestras manos. A Teeny y a mí se nos paga para matarlos y no creo que usted tenga deseos de que no cumplamos nuestro deber.

Bronson estaba indeciso.

—Pero nosotros continuaremos persiguiendo a esos bandidos del Slash C. —arguyó.

—Sí, pero nosotros necesitamos que esos granujas obren en completa libertad durante un período de tiempo. Están sucediendo muchas cosas allí, además de lo del robo de ganado. Si ustedes permanecen quietos y en silencio, todo acabará perfectamente. Si no lo hacen así, además de entorpecer nuestro trabajo van a salir perdiendo.

Bronson asintió a estas palabras.

—Me ha convencido usted, Hicks. ¿Y usted qué piensa, Sanderson? —preguntó a su compañero—. ¿Cree usted que debemos dejar esta tarea en manos de los dos comisarios?

Sanderson asintió también.

—He oído hablar mucho de ellos —dijo volviéndose hacia los dos comisarios—, y su patrón, Pete Rice, que es un “as”.

Aún siguieron hablando un buen rato conviniendo los dos propietarios en conformarse de momento con la pérdida de su ganado. Los dos comisarios rogaron a los cinco hombres que guardasen secreto sobre cuanto acababan de hablar, y éstos, obedeciendo a las sugerencias de Hicks y Teeny, emprendieron el camino de regreso a sus lares respectivos.

Lo mismo hicieron los comisarios, hacia Slash C., y a un par de millas del cobertizo encontraron un pequeño campamento, en el que había una hoguera y una especie de corral. El ganado robado había sido metido en el corral. Era indudable que alguien estaba vigilando, porque saltó un grito de la obscuridad.

—¡Eh! ¿Qué desean ustedes? ¿Quiénes son?

La voz de Teeny sonó como un trompetazo.

—Nos envía McCarron —contestó—. Somos del Slash C., como

creo que lo es usted.

Los comisarios siguieron adelante y comprobaron que no se trataba de un hombre, sino de tres. Dos de ellos estaban en primer plano y el tercero agazapado detrás.

El tercer hombre era pequeño y sus ojos tenían un centelleo asesino. Tenía unos colmillos sobresalientes que daban a su rostro una apariencia de roedor. Ni “Miserias” ni Teeny se fijaron en él al principio. Tenía el sombrero calado hasta los ojos y además la luz era allí bastante mala.

Los comisarios empezaron a hablar tranquilamente. Querían que aquellos hombres les creyesen como de los suyos. Estaban convencidos de que McCarron era un ladrón de ganado pero sospechaban que era algo más que esto y serían capaces de comprobarlo muy pronto. Tenían prisa por regresar para ponerse de acuerdo con su jefe, Pistol Pete Rice.

—Bien, compañeros —dijo Teeny Butler, perezosamente—. Vamos a galopar de nuevo para ver si McCarron tiene algún otro trabajo que encomendarnos. Podía ser...

¡Bang! ¡Ba-ram! ¡Br-rang!

Una llamarada iluminó súbitamente las tinieblas. El hombre menudo que se mantenía escondido enviaba una granizada destructiva contra los dos comisarios.

Las manos de los dos amigos se dirigieron instintivamente hacia sus 45, pero en el mismo instante entraban en acción los revólveres de los otros granujas. Pete Rice hubiese hecho uso de su inteligencia en caso parecido. Hubiera levantado los brazos para desembarazarse después de aquellos bandido, y eso fue, precisamente, lo que hicieron Teeny Butler e Hicks “miserias”.

—¿Qué demonios estáis haciendo, muchachos? —preguntó tranquilamente, Teeny mientras alzaba los brazos—. No hemos venido aquí para merendar balas. ¿No estamos trabajando todos para el Slash C.?

El hombrecillo de los colmillos de roedor dio un paso adelante. Se había echado hacia atrás el sombrero y los dos comisarios vieron su rostro completo por primera vez.

—¡Weasel Fenwick! —exclamó Teeny.

El gigantesco comisario acababa de reconocer a un bandido a quien el juez de la Quebrada del Buitre había sentenciado a siete

meses de cárcel.

Weasel Fenwick había cumplido su condena, alimentando un odio furioso contra los comisarios, a los que había jurado matar en cuanto estuviese libre.

Aquel tipo de cara de rata hizo una mueca feroz. Ahora tenía a sus jurados enemigos bajo el fuego de sus revólveres.

—¡Quitadles esos cacharros, muchachos! —ordenó a sus compinches.

Los comisarios fueron desarmados en el acto.

Fenwick rió burlonamente y alzó sus revólveres una pulgada más altos. En su rostro repugnante podía verse el gozo lujurioso de aquel momento de venganza.

—¡Os quedan tres segundos de vida! —dijo a sus prisioneros.

Sus dedos se prepararon a apretar los gatillos de sus dos 45.

—¡Eh, espera un minuto! —dijo uno de los otros dos ladrones de ganado—. Nosotros recibimos órdenes de McCarron, puesto que es él el que nos paga. Seguramente que mandará matarlos en cuanto los vea y sepa quiénes son, pero McCarron no es hombre a quien le gusta que se le adelante. Si tú los matas todos nos habremos puesto enfrente de McCarron.

Fenwick dejó oír un gruñido, pero bajó las armas, lentamente.

—¡Perfectamente! —dijo, al fin—. Ve a decirle a McCarron lo que tenemos aquí. Ya sé cuál será su contestación: volarles la cabeza a este par de pájaros, pero no importa; ve a verle y recibe la orden, para más seguridad.

El hombre que había insistido en consultar con McCarron no tardó en ponerse en marcha hacia la casa del rancho. Los revólveres de Weasel Fenwick se alzaron otra vez apuntando a Teeny Butler, mientras que los de su compañero amenazaban a Hicks “Miserias”.

Fenwick soltó una carcajada, y su risa sonó como un gruñido.

—¡Si McCarron dice que os matemos, moriréis! —dijo—. ¡Y si dice que no os matemos, de todos modos moriréis! Sólo que si ocurre el segundo caso, tendré que pasar la frontera.

Su risa se convirtió en un verdadero acceso de histerismo, del que rezumaba un odio feroz.

—¡Sea como sea, os queda poco de estar en este mundo, y cuando estéis bajo tierra, si se presenta Pete Rice, que no debe andar muy lejos de aquí, le tocará a él a su vez, os lo prometo!

CAPÍTULO VI

UNA VOZ EN LAS TINIEBLAS

Sin embargo, una hora después, Pete Rice, representando aún el papel de Smiley, el sordomudo, estaba haciendo algo de provecho. Se hallaba en un patio posterior de la casa rancho. Ostensiblemente se entretenía en regar unas flores plantadas allí por Virginia Calvert, pero en realidad trataba de escuchar lo que decían los hombres que se hallaban en aquella casona misteriosa.

¿Eran, en realidad, todos aquellos hombres huéspedes de pago del Slash C., o estaban de acuerdo con McCarron, conspirando de alguna manera incomprensible para hacer víctima de un crimen a la última propietaria del rancho? Eso era lo que Pete deseaba saber.

Había observado que, desde que el rancho había pasado a poder de Flint Gentry, se había instalado en la casa un nuevo huésped. El recién llegado era Madden Weldron, un tipo de aspecto de dandy, cuyo indumento dispendioso le había valido desde un principio el remoquete de “Fancy”⁴.

En el tiempo que llevaba Pete desempeñando en el rancho el papel de Smiley, Fancy Weldron estuvo en la casa un par de días, desapareciendo después. Ahora había vuelto de nuevo.

Weldron parecía tener siempre mucho dinero. Ya en su primera visita, como ahora, llevaba la mano izquierda en cabestrillo. Según explicó él mismo, padecía una enfermedad en la piel. ¿Quién era Weldron? ¿Quién era Quayne?

Pete hubiera dado cualquier cosa por saberlo. Había oído una conversación en voz baja en el interior de la casa y fingió estar regando las flores para escucharla.

Súbitamente llegó hasta Pete una voz que provenía del extremo del pasillo que circundaba el patio y que se hallaba en tinieblas.

—¡Por todos lo diablos del infierno juntos! —decía aquella voz

—. Creo que ahora podemos coger dormidos a estos pájaros. Reúnete conmigo dentro de un par de minutos en el cobertizo.

—¡No tan fuerte, “Miserias”! Alguien podría estar escuchando. Acércate, compañero, y habla más bajo —murmuró Pete.

Pero la persona que se hallaba en las tinieblas del pasillo no contestó.

—¿Me oyes, “Miserias”? —preguntó el sheriff.

Tampoco ahora obtuvo contestación. Aquel silencio le sonaba a Pete a burla, la sospecha se adueñó en el oscuro pasillo. Eran cinco las puertas de la casa que daban al patio. El hombre que acababa de hablar podía haber entrado por alguna de ellas.

El rostro del sheriff se contrajo pensativo. Había estado oyendo la voz de “Miserias” años enteros, y no era el diminuto comisario muy silencioso que digamos. El barbero era parlanchín, como todos los del oficio y además tenía un léxico especial, lleno de dicharachos y juramentos, que le hacían diferenciarse perfectamente de cualquier otra persona en el modo de hablar y en el tono característico de la voz.

El sheriff creyó en un principio que el comisario, habiendo regresado de su excursión, deseaba conferenciar con él, pero ahora empezaba en el tono, la persona que le había hablado ¡no era Hicks “Miserias”!

¿Quién podía haber sido, entonces? ¿Quién, en aquel rancho misterioso, podía imitar su voz tan a la perfección? ¿Y por qué?

¿Sería un espía el hombre que había hablado? No se le ocurría otra suposición más acertada. Pistol Pete Rice había estado representando el papel de sordomudo Smiley. Había mantenido en secreto su verdadera identidad hasta para Virginia Calvert, pues su experiencia le decía que si una sola persona se enteraba de la verdad, ésta no tardaría en ser conocida en todo el rancho.

Pete se dijo que su papel de Smiley, el sordomudo, había terminado, puesto que alguien, imitando la voz de Hicks “Miserias” le había hablado en la obscuridad y él, que pasaba a los ojos de todos por sordomudo, ¡le había contestado!

Había llegado, pues la hora de recobrar su verdadera personalidad y convertirse en Pistol Pete Rice. Su otro papel, en fin de cuentas, le había servido admirablemente a sus propósitos. Gracias a él, había gozado de cierta libertad para andar por el

rancho y esa misma libertad le permitió interrumpir el romance en flor de Ramón Laredo y Virginia.

Era completamente evidente que Ramón Laredo pretendía casarse con Virginia para pasar a ser el propietario del rancho, como era también indudable que Ramón Laredo era uno de los componentes de la cuadrilla que trataba de apoderarse del rancho para establecer en él su cuartel general.

El sheriff de la Quebrada del Buitre salió del patio y se dirigió hacia el cobertizo. Había esperado seguir representando su papel unos cuantos días más, pues necesitaba completar muchos detalles antes de entrar de lleno en acción.

Pero ahora alguien conocía su verdadera identidad y ese alguien debía estar enterado también de que los vagabundos “Bill” y “Mike” eran sus dos comisarios.

El Slash C. se había convertido de pronto en un terreno peligroso para el trío de la Quebrada del Buitre. El sheriff tenía que apresurarse a alejar a sus hombres. Tendrían que abandonar el rancho, aun cuando mantuviesen sobre él una estrecha vigilancia.

La sangre ardiente de Pete estaba ahora en ebullición. Audazmente avanzó hacia el cobertizo. No andaba ahora con los titubeos y el paso tardo que eran característicos de Smiley. Llevaba los hombros erguidos como los de un indio. Su andar era recio, firme, y en el conjunto de su figura podían apreciarse a un tiempo la fuerza y la gracia. No era un tipo elegante y apenas si se preocupaba de ello. Llevaba el cabello acordelado y lacio y su rostro anguloso se había endurecido con las penalidades de su oficio. Su cuello algo largo había hecho con frecuencia que los bandidos creyesen en su gran fuerza física. En la lucha poseía la ferocidad de un puma.

Al dirigirse hacia el cobertizo pasó cerca del pozo de la mina de oro en la parte posterior del rancho. A la entrada de dicho pozo habían construido un tejadillo de madera y de pronto los penetrantes ojos de Pete Rice vieron moverse algo confuso en la sombra de la edificación.

Pete tenía una intuición rapidísima, y se echó en el acto a un lado a tiempo de evitar un puñetazo dirigido a su mandíbula y que le alcanzó, no obstante, en el hombro izquierdo. El dolor que le causara el golpe, le demostró que se lo habían asestado con una

llave inglesa.

Y otra vez silbó en el aire aquel puño metálico. Pero ahora Pete hizo algo más que esquivar el golpe, y dirigió un terrorífico izquierdazo al plexo solar del macizo rufián que había ideado ponerlo fuera de combate en la obscuridad. El golpe le hizo tambalearse, lanzando al mismo tiempo un alarido de dolor.

Aquel hombre estaba acostumbrado a la lucha y debía ser un gran peleador. Su estatura era superior a la de Pete, que no dejaba de ser un hombre alto. El rufián se apartó un poco de su enemigo, buscando recuperarse de los efectos del golpe anterior, mientras lanzaba un juramento asesino.

Pete se arrojó como una catapulta contra aquel hombre, sobre el que descargó una verdadera lluvia de golpes que le alcanzaron en la cara y en el cuerpo. Sabía quién era aquel individuo, pues lo había identificado por su corpulencia. Se trataba del “Rojo” Maple, una adquisición reciente de McCarron para su banda de pistoleros.

Maple, a la usanza de los asesinos del Oeste, tenía varias muescas entalladas en la culata de su revólver, pregonando otras tantas muertes producidas por su mano; era un asesino. Pero en aquel momento no llevaba su Colt en el cinto. Probablemente, McCarron, para su hazaña de aquella noche, le había prohibido que llevase un arma de fuego, para evitar que su furor homicida le condujese a hacer uso de ella, dando lugar a una alarma en el rancho que no era conveniente a sus propósitos. Era indudable también que Maple creyó que lograría poner fuera de combate al sheriff con el primer puñetazo.

¡Slam! ¡Rip! ¡Crack!

Los tres golpes, aplicados matemáticamente por Pete y con una rapidez inverosímil, terminaron con un brutal rechazo a la mandíbula.

Los ojos del bandido casi se cerraron a efectos del terrorífico puñetazo. Sus rodillas se doblaron como si fuera a caer y sus brazos pendía inertes a lo largo de el cuerpo.

Pete se lanzó sobre él como una fiera y sus puños buscaron ávidamente el k.o. de su enemigo.

Pero el Rojo Maple luchaba ahora por defender su vida como una fiera acosada, porque sabía que el ser capturado por el sheriff suponía acabar en la horca. Por eso algo repuesto del primer

aturdimiento, empezó a golpear con sus puños gigantescos protegidos por las llaves inglesas. Más de una vez rodó por el suelo, pero se incorporaba con presteza.

Pete tenía confianza en la victoria final. Sabía ahora a ciencia cierta que el hombre que había hablado con él en la obscuridad del pasillo no era Hicks “Miserias”. Mientras el sheriff estuvo buscando a aquel hombre, éste tenía tiempo de haberse escabullido por alguna otra puerta en donde seguramente le esperaba algún cómplice.

Pete asestó al gigantón un golpe terrible que habría derribado a un buey, pero Maple era duro, fuerte, parecía tener la resistencia de alguna bestia descomunal, aun cuando estaba llevando la peor parte en la contienda. Sus golpes desmañados no hubiesen representado peligro alguno para Pete, si éste no hubiese tropezado casualmente contra una roca en la obscuridad.

De momento quedó atontado y Maple vió que habría derribado a un buey, pero mandó con todas las fuerzas que le quedaban un derechazo a la mandíbula del sheriff. El golpe chocó con fuerza contra su objetivo.

Aun en su difícil posición, Pete logró esquivar en cierta manera el golpe.

Aun así, su cerebro estaba demasiado débil para este segundo golpe.

Le pareció oír como una explosión de dinamita. Posiblemente algún revólver había disparado a poca distancia o el ruido se había producido en su propia cabeza, como consecuencia del choque con ella de una de aquellas destructivas llaves inglesas.

Pete se dobló hacia delante. El Rojo Maple estaba desconcertado. Si aquel golpe había dado en su sitio habría partido el cuello al sheriff. Ofuscado, impotente, viéndolo todo borroso, todavía tenía Pete suficiente control sobre sí mismo para apartarse a un lado y evitar los efectos destructivos de aquel golpetazo metálico.

A su vez inició el ataque, lanzándose a un cuerpo a cuerpo desesperado, arrojando a Maple contra la empalizada que rodeaba el túnel.

Maple estaba en el final de su resistencia y había dejado caer las llaves inglesas. Vió su única salvación en un apretón mortal a la

garganta de Pete. Sus manos, como garfios de hierro, se aferraron al largo cuello del sheriff, pareciendo que allí iba a terminar la contienda.

Al mismo tiempo que aumentaba gradualmente la presión de sus manos, el bandido iba arrastrando a Pete al borde del pozo de la mina.

Pete se defendía de la mejor manera que le era posible, aunque parecía que sólo le quedaban unos segundos de vida antes de ser precipitado en el pozo, que había oído decir que tenía más de doscientos pies de profundidad.

Sintió que las fuerzas le abandonaban y le pareció que iba a perder el sentido. Las venas de sus sienes parecían a punto de estallar y sus pulmones apenas si podían ya respirar el aire. Su muerte era inevitable.

Maple era un completo desalmado y se regodeaba en su crueldad. Recreándose en la agonía de su enemigo, aflojó algo la presión de sus manos, permitiéndole aspirar una bocanada de aire. El bandido rió burlonamente al oír el aire pasar con un ronquido por la garganta del sheriff. El solo pensamiento de Pete era salvarse.

Pasando por una polea colocada en la parte superior del tejadillo del pozo, había una larga cuerda que colgaba hasta el fondo de aquél. En el otro extremo estaba asegurada la plataforma pequeña, que había sido usada como ascensor.

Frenéticamente, el sheriff logró alcanzar la cuerda. Su propósito era lanzarse al otro lado del brocal del pozo para verse libre de su criminal enemigo. Sus sentidos estaban aún aturridos, pero la desesperación le dio una fuerza sobrehumana. Concentrando todas sus energías en la acción, hizo palanca con los pies en la tierra y se dio a sí mismo un impulso formidable.

Pero el diabólico Maple dio un impulso parecido, en el mismo instante, y ambos se agarraron instintivamente a la cuerda, que cedió a su peso. Los cuerpos de ambos estaban ahora sobre el brocal del pozo.

Iban a precipitarse a una muerte que abría su boca siniestra para engullírselos.

CAPÍTULO VII

SENTENCIA DE MUERTE

El Rojo Maple lanzó un alarido de miedo. Aferrado de pies y manos al sheriff, se veía ahora pronto a ser la víctima de la argucia que había estado preparando su enemigo. Soltó sus manos asesinas del cuello de Pete Rice y pasó sus brazos desesperadamente en torno al torso del sheriff. Era un esfuerzo instintivo para salvarse a sí mismo, lo que no era tan fácil como le pareciera.

Los dos hombres se hundieron hacia abajo, hacia abajo... Silbaba el aire en torno suyo. Sus cuerpos chocaban contra las paredes del pozo de las que se desprendían trozos de piedra. Parecía inevitable que sheriff y bandido, dentro de pocos segundos, no serían otra cosa más que una masa de carne y huesos despedazados.

En aquel momento la mano de Pete Rice tocó la cuerda tensa que llegaba hasta el fondo en el centro del pozo. No era cosa fácil agarrarla, pero el peligro era un parte de su rutina diaria, y Pete se había acostumbrado a mantener su presencia de ánimo en las circunstancias más difíciles, ¡y consiguió apoderarse de esta cuerda!

El Rojo Maple podía haberla cogido, pero el terror le tenía desesperado por completo e incapaz de pensar. Pete intentó sujetar la cuerda, pero la misma velocidad del descenso hizo que la sogla desollase en vivo su mano y el dolor intensísimo le obligó a soltarla contra su deseo.

Sin embargo, se trataba de salvar la vida y apretando los dientes en un esfuerzo desesperado logró asirla de nuevo. Su mano de hierro rodeó la cuerda y otra vez sintió abrasarse su piel; pero tuvo el valor necesario para no soltarla. Suponía que él y Maple habían descendido ya unos cincuenta pies.

La fuerte resistencia del sheriff había sido discutida muchas veces en el distrito de Trinchera como algo extraordinario. Pete

aspiró profundamente una bocanada de aire que restableció la circulación de su sangre y le devolvió las energías perdidas. Un segundo después asía la cuerda con la otra mano. Acababa de salvar su vida y la de Maple.

Presa de un error pánico, Maple se había aferrado con todas sus fuerzas al cuerpo de Pete cuando éste logró asirse a la cuerda. Sus piernas rodearon la cintura del sheriff en un apretón terrible.

Entonces cogió la cuerda con una mano y con la otra dirigió un fuerte golpe a la cara del sheriff. Aun vió una probabilidad de precipitar a Pete al fondo del pozo, a una muerte segura, escapando él de ella.

El puñetazo alcanzó a Pete Rice entre los dos ojos. Durante unos segundos las manos de Pete quedaron inertes. De haber sido Maple más inteligente podía haber tenido entonces la mejor probabilidad de deshacerse de su enemigo, pero al mantener el apretón de sus piernas, evitó que el sheriff se precipitase al fondo del abismo.

Maple echó hacia atrás el brazo para asestar otro golpe que él juzgaba decisivo y al mismo tiempo aflojó la presión de sus piernas. ¡Bam! Su puño chocó otra vez contra el rostro del sheriff en el mismo instante en que soltaba por completo sus piernas. Pete casi soltó la cuerda, mientras Maple lanzaba un alarido de triunfo. Llegó hasta él en la oscuridad el ulular de una lechuza.

Y se repitió el aullido una y otra vez y aquel sonido repercutió claramente en el cerebro de Pete Rice como si un escalpelo de cirujano hubiese rasgado súbitamente el velo que obstruía su pensamiento.

Un instante antes era un ser insensible que iba hacia la muerte y súbitamente se había convertido en un loco furioso. Porque sabía perfectamente que aquellos tres graznidos de lechuza no eran, no, una llamada del pájaro de la noche. Aquellos tres graznidos era la señal convenida entre Pete y sus hombres y significaba que uno de sus comisarios solicitaba su ayuda.

Tal vez Pete Rice no hubiese podido evitar la caída con sus manos, pero su cerebro, aclarado súbitamente de los efectos del choque anterior, le hizo adivinar cuál era el único recurso que había de salvarlo del desastre: el empleo de su pierna. Súbitamente enroscó ésta alrededor de la cuerda mantenida tensa por la plataforma del ascensor que había llegado al fondo del pozo.

El Rojo Maple lanzó un rugido salvaje, aderezado de unos cuantos juramentos groseros. Una vez más trató de golpear al sheriff en la cara. Precisamente Pete había esperado ese ataque y esquivó tales acometidas defendiéndose a puntapiés. Luego rodeó con ambos brazos las piernas de Maple y tiró con fuerza del cuerpo el bandido.

Pete Rice luchaba ahora con la ferocidad de un tigre. Ponía en la pelea una furia inspirada que Maple no podía contrarrestar. Sus comisarios, sus amigos, estaban en peligro y aun podían llegar a ser asesinados. Necesitaban la ayuda de Pete Rice y jamás les había faltado ésta en ocasiones anteriores y estaba resuelto a que tampoco careciesen ahora de ella.

Olvidó todo lo demás y empezó a trepar hacia lo alto como un gato. De todos modos comprendía que la tenacidad de Maple por conservar la vida le harían adherirse como una lapa a la cuerda en tensión. Se elevaba fuera del alcance de aquellos pies cuyas botas podían dar al traste con sus esperanzas. Pero Maple se soltó de una mano y trató de asestarle un nuevo golpe, dirigiendo el puñetazo con su característica dureza.

Pete logró esquivarlo difícilmente. Su sangre estaba en ebullición y se dispuso a salir de aquel pozo fuese como fuese, porque si por alguna casualidad no conseguía hacerlo pronto, moriría allí con el bandido.

Maple era un asesino. La pena que a éstos se les aplica en Arizona es la de muerte. Si Maple había de ser ejecutado más tarde por sentencia legal, Pete estaba dispuesto a actuar ahora como ejecutor al mismo tiempo que como sheriff.

Rodeó con fuerza el cuerpo del bandido. Notó que una hoja de acero atravesaba su chaqueta. Era evidente que Maple había sacado un cuchillo, aunque la obscuridad era demasiado intensa para que el sheriff lo viese y aun para que Maple pudiese precisar el golpe.

El siguiente movimiento que hizo el bandido dio a entender a Pete que se preparaba a repetir la cuchillada. Pete, con la mano que tenía libre, asestó un formidable puñetazo en la barbilla de su contrario. Su puño dio en el sitio calculado y el cuchillo cayó al fondo del pozo. Esto demostraba que Maple había sido tocado seriamente.

Sin embargo, Maple no estaba aún fuera de combate y todavía

trató de hundir sus dientes afilados en la garganta del sheriff, que lo evitó de un soberbio derechazo.

—¡Muy bien! —dijo la voz ronca de Maple—. Sáqueme de aquí y no me golpee otra vez. ¡Basta!

Pero Pete no paró. No tenía intención de noquear a Maple y echarlo al fondo del pozo, pero no quería mostrarle tampoco que le hacía merced de la vida. Hasta que Maple estuviese inconsciente, la muerte le acechaba en la obscuridad para precipitarlo en el vacío.

El sheriff se mantuvo sujeto a la cuerda tensa con la mano izquierda, mientras que con el puño derecho infligía a su enemigo un duro castigo. Notó que la sangre empezaba a fluir de las narices de Maple y notó el crujir de los dientes del bandido contra sus nudillos.

El próximo golpe lo envió una pulgada ladeado. Buscaba la mandíbula y al fin comprobó que había hecho blanco en ella.

El cuerpo del bandido tornóse flácido. Pete aseguró aún más la presión de sus piernas en torno a aquella forma inconsciente. Ahora podía emplear ambas manos para trepar por la cuerda. El pensar en que Hicks “Miserias” y Teeny Butler podían hallarse en peligro multiplicaba sus fuerzas.

Era un trabajo muy duro el izarse él e izar a Maple por la cuerda, pero apretó sus dientes con fuerza y continuó la ascensión. El sudor brotaba copiosamente, de sus sienes latían desordenadamente, pero por fin consiguió apresar con una mano el borde del brocal. Sus piernas seguían sosteniendo el cuerpo inconsciente del bandido.

Un último esfuerzo y logró sacar el cuerpo del pozo. Agarróse con fuerza al borde y poniendo en ello toda su energía, logró extraer también el cuerpo de Maple.

Ya no le quedaba por hacer más que atar y amordazar al bandido y dejarlo prisionero allí en la obscuridad. Sacó de uno de sus bolsillos un cordel, de los que siempre llevaba para estas ocasiones, y ató sólidamente al prisionero a la manera como los vaqueros atan a los novillos en los rodeos. Luego cogió la bufanda del bandido y haciendo con ella una pelota se la metió en la boca a modo de mordaza, atando los extremos por detrás de la nuca.

Aunque la ascensión y lucha habían agotado en gran parte sus fuerzas, aun conservó las necesarias para cargarse al hombro el

cuerpo de Maple y llevarlo hasta el alto sembrado de alfalfa detrás del granero.

Llegó hasta él el ruido de cacos de caballos que se acercaba por la parte Sur del corral. Pete se arrastró cautelosamente en esa dirección. Tres jinetes se dirigían hacia el rancho. Tuvo la intuición de que aquellos hombres intentaban jugarles una mala pasada a sus comisarios, ¡pero tampoco él se disponía a jugársela a ellos muy buena!

El sheriff avanzó rápidamente hacia la parte posterior del granero, en la linde del campo de alfalfa. De uno de los pesebres del corral apartó con los dedos la hierba que lo llenaba por completo.

Del pesebre sacó su lazo de cuerda de sesenta y cinco pies de largo, su cinto y sus pistolas, en las que estaban enfundados sus dos magníficos 45 con culata de nácar.

Eran unas armas preciosas, perfectamente bruñidas, labradas con verdadero primor y en cuyas culatas se veían las iniciales P.R. del sheriff. Eran donativo del viejo Anse Runnison, el patriarca de una numerosa familia a la que Pistol Pete Rice salvara el honor.

El sheriff ajustó rápidamente sus armas. No tuvo tiempo de embridar y ensillar su caballo, porque otra vez se oyeron los tres graznidos de lechuza. Sus comisarios no debían de andar lejos.

Pete inició una rápida carrera. Sus largas piernas volaban materialmente sobre la tierra en largas zancadas y sus manazas enormes acariciaban los revólveres.

Había ocultado aquellos revólveres y el resto de su equipo cuando llegó por primera vez al rancho, dispuesto a representar el papel de Smiley, ya que uno sordomudo desamparado con un lazo de cuerda y un par de revólveres con culata de nácar no hubiese podido por menos de ser sospechoso al menos suspicaz.

Los jinetes galopaban a lo largo de los carromatos entoldados que ya Pete viera aquella noche a primera hora. Oía distintamente el ruido sordo de los cascos sobre el terreno cubierto de césped que se extendía ante él y corrió con todas sus fuerzas.

Cuando avanzó unos cuantos metros pudo distinguir la hoguera encendida en el centro del campamento. Allí era, probablemente, donde se había sostenido la lucha. El sheriff no tenía que esforzarse mucho para ocultarse, ya que el terreno estaba cubierto de salvia y chaparral. Agachándose cuanto podía siguió avanzando.

En pocos minutos se halló junto al corral adonde ya habían llegado los tres jinetes, que habían desmontado y estaban hablando con otros dos individuos, que tenían encañonados con sus revólveres a dos hombres que mantenían en alto sus brazos.

El tamaño de aquellos dos hombres, uno muy grande y el otro muy pequeño, fue para Pete Rice una revelación. Los dos hombres que estaban en peligro de muerte eran Hicks “Miserias” y Teeny Butler.

Pete hizo crujir sus dientes en un apretón nervioso. ¿Llegaba demasiado tarde? Los bandidos estaban a tiro, pero si abría fuego contra aquellos bandidos corría el peligro de herir a sus comisarios. Además, el primer pensamiento de los rufianes al oír un tiro podía ser el de asesinar a los dos prisioneros. La única probabilidad que tenía Pete de obrar con éxito, era valerse de una sorpresa.

Pete avanzó cautelosamente a través de la vegetación que le rodeaba. Su rostro estaba contraído ante el temor de que le ocurriese algo irreparable a sus compañeros, pero en el fruncimiento de sus labios se revelaba la firmeza de su decisión de intervenir costase lo que costase.

Poco a poco fue trazando un círculo hasta llegar a la parte posterior del corral. Sintió que bañaba su cuerpo un frío sudor al ver a un conejo que salió huyendo de su madriguera al acercarse él. Y un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver aquel punto blanco, brillante, que pasaba a poca distancia de los hombres que estaba espiando. ¿Comprenderían los captores de “Miserias” y Teeny el significado de aquella fuga precipitada del animalito?

Al parecer, no lo comprendieron; pero al parecer también, Hicks “Miserias” si se dio cuenta de lo que aquello significaba.

—¡Ten cuidado con lo que haces, bicharraco! —gritó la voz insolente de “Miserias”—. Te van a fallar los nervios cuando quieras disparar contra mí. ¡Oye bien lo que digo, yo puedo darte una tunda, Weasel Fenwick! ¡Tú y tus compañeros vais a patear de lo lindo más tarde! ¡Os voy a desengrasar antes de que me matéis, granujas!

El cuerpo de Pete Rice experimentó una sacudida. ¡Weasel Fenwick! ¿Luego Weasel Fenwick formaba parte de esta nueva cuadrilla de bandoleros dirigida por McCarron? Conocía Pete el récord criminal de Fenwick. Era un bicho completamente venenoso.

El sheriff se estremeció.

Hicks “Miserias” se estaba jugando la vida. Podía provocar el disparo de Fenwick, espoleando su vanidad y un tiro podía escribir la frase final del discurso pretencioso de Hicks “Miserias” en una fracción de segundo.

Este temor se puso aún más de relieve cuando oyó la voz sarcástica de Fenwick que decía:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Oíd al carne de buitre cómo habla! Si yo fuese un buitre, Hicks no embotaría mi pico intentando hallar una molla tierna de carne, mezquino esqueleto!

—¿Si fueses un buitre?. ¡Eres un buitre, Fenwick! —contestó “Miserias”.

Pete seguía arrastrándose hacia la parte más lejana del corral. A pesar de los balidos del ganado, podía oír la conversación bastante clara.

“Miserias” sentía la proximidad de su jefe. El valiente barberillo procuraba distraer a su enemigo.

Otra vez oyó Pete reír sarcásticamente a Fenwick. Esto inyectó nueva esperanza en su corazón. Aquel ratoncillo humano estaba desembuchando toda su aversión a la ley sobre los dos comisarios prisioneros, pero aquel regodeo suyo era un elemento más a favor de los dos representantes de la ley. El deseo del bandido de dar a sus víctimas una tortura moral retrasaba la hora de su ejecución.

Tal vez Fenwick quería que Hicks “Miserias” sintiese antes de morir todo el peso de su humillación. Casi nadie, si había de juzgar sus méritos por su aspecto, creería a Hicks un digno adversario en una pelea a puñetazos dada la mezquindad de su persona.

—¡Estás demostrando ante tus compañeros todo lo cobarde que eres! —dijo “Miserias” despreciativamente.

Otra vez se oyeron las carcajadas de Weasel Fenwick. Era dueño de la situación y sabía que lo era. Su revólver seguía apuntando a su enemigo:

—¡Fíjate en esa luna, Hicks! —dijo.— ¡Es la última luna que ves en la tierra!

Pete seguía acercándose, pero no estaba aún todo lo cerca que deseaba.

Había preparado el lazo con su cuerda de sesenta y cinco pies.

¡Si la suerte le concediese tan sólo unos pocos segundos!... Si

sólo...

Se oyó un tiro y vio un confuso movimientos delante de él donde estaban sus comisarios y sus captores.

¡Bang!

Pete intentó taladrar las tinieblas. ¿Habría llegado demasiado tarde?

¿Habría matado a Hicks “Miserias” el odioso Fenwick?

CAPÍTULO VIII

TIROS A GRANEL

Cuando Pete llegó, arrastrándose, a estar más cerca, tuvo una idea mejor de lo que había sucedido. “Miserias” había aprovechado una oportunidad y el intrépido comisario se había precipitado sobre Weasel Fenwick.

El bandido disparó su revólver, pero erró la puntería, lo que fue aprovechado por Hicks para asestarle un trompazo que hizo caer el revólver de sus manos.

El diminuto comisario era demasiado astuto para intentar sacar su revólver. Sabía que los compañeros de Fenwick podía hacer de él una criba en pocos segundos. Levantó en alto las manos otra vez en cuanto consiguió hacer caer el revólver del bandido y Fenwick se puso en pie de un modo vacilante.

Los demás bandidos reían a mandíbula batiente. En su actitud demostraban estar un poco celoso de la jefatura que se había arrogado Fenwick sobre ellos. Los revólveres con que apuntaban a Teeny Butler habían descendido un tanto y echaban en cara a Fenwick su poca fortaleza.

—¿Qué es eso, Weasel? —gritó uno de ellos—. ¿Tiene ese muñequillo demasiado veneno para ti?

—¡Déjame que lo mate! —rugió Fenwick—. Parece que vosotros estáis aquí para...

Pero “Miserias” no le dejó terminar la frase y se arrojó sobre él. Enzarcándose en una lucha cuerpo a cuerpo, podía impedir que los otros bandidos se atreviesen a disparar sobre él. Asestó un formidable puñetazo a la nariz del bandido y empezó a molerle el cuerpo a golpes.

La vanidad ofendida de Fenwick le hizo reaccionar y atacó al barberillo con ambos puños. Los dos hombres peleaban en algunos

pies de terreno. La maniobra no era exactamente la que Pete Rice deseaba. Él había estado avanzando de lado cautelosamente, preparándose para un plan atrevido.

Cuatro de los bandidos habían estado agrupados cerca de Teeny, guardando al gigantesco comisario con la amenaza de sus revólveres. El objetivo de Pete era arrojar sobre ellos su lazo y cogerlos a los cuatro a la vez, derribándolos a tierra. Sólo Weasel Fenwick hubiese quedado fuera del lazo, y Pete podía haberlo puesto rápidamente fuera de combate con un certero balazo en un hombro. Los comisarios podían haberse hecho cargo de los cuatro bandidos aprisionados por el lazo, quedando en un momento libres de enemigos.

Pero ahora, dos de los hombres que custodiaban a Teeny se habían apartado del grupo para ver mejor la lucha que sostenía Hicks “Misericordias” y Weasel Fenwick. En el mejor de los casos, Pete sólo podía sujetar con su lazo a dos hombres, a menos de esperar a que volvieran a reunirse los cuatro, o en último término disparar su revólver a sangre fría sobre los dos que quedasen en libertad.

No entraba esto en la manera de ser de Pete. Él era un sheriff, no un asesino.

—¡Duro con él, Fenwick! ¡Duro con él! —gritó uno de los bandidos—. ¡Aunque él te noquee, nosotros nos encargaremos de él después!

Pero Weasel Fenwick tenía poca suerte y Hicks llevaba hasta entonces ganada la pelea. Aquel bandido de cara de comadreja⁵, balanceaba sus brazos en el aire de una manera amenazadora. Era bastante más alto que Hicks “Misericordias” y mucho más ancho de hombros. Sus puños caían una y otra vez contra el rostro del diminuto comisario.

“Misericordias”, no obstante, estaba dando más de lo que él recibía. Por la observación hecha por uno de los bandidos, comprendió el efecto que sus golpes estaban produciendo y redobló su acometida.

No era, ciertamente, la actitud de Hicks la de un prisionero condenado a muerte. Mantenía la cabeza del bandido en un continuo vaivén con certeros golpes de izquierda y de derecha. Aquella serie de golpes que habían convertido la cabeza de Fenwick en un péndulo, fue remachada con un rudo golpe a la barbilla, que hizo tambalearse al hombretón.

Pete se preguntaba si su compañero estaba ganado tiempo, sabiendo que su jefe, Pete Rice, había oído sus tres graznidos de lechuza que le anunciaban que todavía estaba vivo, y acudir en su auxilio.

Weasel, haciendo un esfuerzo desesperado, se precipitó sobre él con ímpetu. Un formidable rechazazo de Hicks le hizo oscilar sobre sus talones. Otro hizo que crujieran sus costillas. Groggi, desorbitados los ojos, el bandido estaba a punto de caer. Su mano intentó apoderarse del revólver que Hicks le había arrebatado de la mano, arrojándolo a algunos pies de distancia.

Pete Rice estaba dispuesto a caer sobre él revólver en mano. Su intervención podría evitar tal vez que los otros bandidos disparasen sobre el indefenso Teeny Butler.

Pero Hicks “Miserias” se arrojó sobre Fenwick como una pantera y mientras molía a patadas al bandido, su puño derecho se aplastó contra la mandíbula de Fenwick. Weasel cayó como una masa inerte y quedó en el suelo sin movimiento. Entonces “Miserias” volvió a levantar los brazos y se dio vuelta hacia los otros cuatro bandidos.

—¡Ese ya está listo! —anunció—. ¡Creo que ahora podéis matarme! ¡Después de todo, esa es vuestra misión!

El tercero de los guardianes de Teeny se acercó rápidamente. El cuarto continuó junto a Teeny y su dedo oprimía el gatillo de su revólver próximo a disparar contra el gigantesco comisario.

Pete Rice estaba perplejo. Si lograba coger con el lazo los hombres que estaban cerca de “Miserias”, el que apuntaba a Teeny podía enviarle al otro mundo de un balazo dirigido al espinazo. Pero unas palabras de uno de los bandidos hicieron concebir a Pete nuevas esperanza.

—¡Indudablemente eres un luchador formidable, Hicks! —dijo—. Desde ahora no dejaremos que Fenwick se las eche de matón con nosotros... a menos de que lo disponga así McCarron, pero no por eso creas que te has librado de morir. McCarron desea que muráis los dos, pero vamos a hacer con vosotros una ejecución militar.

—¿Cómo? —preguntó “Miserias”.

—Que os vamos a ejecutar militarmente. Es lo más que podemos hacer en tu favor, en las circunstancias en que nos encontramos. Tú eres un hombre de una vez, pero nosotros estamos trabajando para

McCarron y tenemos que obedecer sus órdenes, y sus órdenes son las de que os matemos.

El hombre que estaba hablando había pasado a ocupar el mando de el pelotón que hasta entonces ostentara Fenwick.

—¡Alineadme a esos dos hombres allí en la orilla del arroyo, muchachos! —dijo a sus tres compañeros—. Vamos a acabar esto en seguida.

A unos pocos metros de distancia del corral un arroyo, ancho y seco, cortaba el terreno desde el Norte, haciendo una curva hacia el Oeste. Pete vió cómo llevaban a sus dos comisarios a la orilla de aquel arroyo. Tenían las manos atadas a la espalda. Una vez colocados en el sitio de la ejecución, los cuatro bandidos retrocedieron varios pasos.

Pete esperó. Quería que los bandidos se reunieran en grupo. El que parecía mandar ahora el pelotón cambió con los otros unas palabras en voz baja. Formaban un grupo aislado, de cara unos a los otros.

Pete calculó la distancia y observó cuidadosamente la posición en que se hallaban los cuatro individuos. No estaban completamente juntos, pero no había más remedio que contentarse con aquella oportunidad, sin esperar a otra que ya no se presentaría más. Su brazo trazó unos círculos en el aire.

¡Swish!

Las larga cuerda de Pete silbó en el aire, alargándose en toda su longitud y el círculo formado por el lazo voleó unos segundos sobre las cabezas de los cuatro hombres y luego cayó a plomo sobre ellas.

Instantáneamente la recia cuerda del lazo púsose tensa en un violento tirón dado por Pete en el otro extremo. Los bandidos fueron derribados violentamente, pero uno de ellos tuvo tiempo de disparar rápidamente dos tiros al tiempo de hacer en dirección al arroyo. Pete vió a sus dos comisarios caer hacia atrás.

Otro de los bandidos se debatió unos segundos dentro del cinturón formado por la cuerda y su 45 retumbó dos veces. Una de las balas se hundió en el tronco de un pino unas pulgadas por encima de la cabeza de Pete y el segundo rozó su cuello, haciendo brotar unas gotas de sangre.

Pero Pete mantuvo tenso el lazo, y él mismo continuó pegado a la tierra cuan largo era. Dudó un instante si disparar sobre los

cuatro bandidos que acababa de cazar.

¡Bang!

Una llamarada brotó del sitio en donde había caído Fenwick. La bala silbó junto al oído de Pete. Este devolvió el tiro. Su 45 lo empuñaba con la mano izquierda, pero la puntería fue perfecta y la bala atravesó la muñeca de Weasel, que dejó caer el revólver lanzando un aullido de dolor.

Weasel Fenwick ni aun intentó recoger el revólver del suelo. El miedo parecía darle alas y, lanzando alaridos de terror, corrió hacia la parte sur del corral y luego desde allí retrocedió dirigiéndose hacia el cuartel general del rancho. Pero ahora los cuatro bandidos estaban tratando de incorporarse, jurando y blasfemando, al mismo tiempo que disparaban desordenadamente en todas direcciones.

Los revólveres de Pete contestaban de una manera salvaje.

—¡Tirad al suelo esas chimeneas! —rugió Pete—. ¡Estáis arrestados!

Y acompañó esta orden con un fuego graneado que silbó amenazadoramente en los oídos de los facinerosos. Dos de estos pugnaban por escapar al lazo y uno de ellos disparó rápidamente en dirección a Pete.

—¡Es Smiley! —vociferó—. Es él...

—¡No soy Smiley! ¡Me llamo Pete Rice! —gritó el sheriff—. ¡Manos arriba!... ¡Pronto!

Este nombre pareció causar al bandido más efecto que una docena de balas. Apretó el gatillo de su revólver y la bala pasó rozando la cabellera del sheriff. La contestación de Pete hizo caer el arma de sus manos.

Los otros tres, más desembarazados sus brazos de la cuerda ahora, enviaron una andanada de balas al sheriff, pero éste estaba ya en plena acción y uno de los bandidos se derrumbó con el hombro atravesado de un balazo. Los otros tres echaron a correr. El herido se sujetó el hombro con la mano y corrió detrás de sus compañeros.

Los cuatro hombres corrían con toda la velocidad que les permitían sus piernas. Pete podía haberlos detenido a tiros, pero les dejó marcharse. No eran peces de importancia, y además, matar por su propia mano no formaba parte del código de Pete.

Lo que más le interesaba ahora eran sus comisarios. ¿Estaban

heridos... o muertos? En cuanto se convenció de que los bandidos no tenían intención de volver, corrió hacia la linde del arroyo. Hicks “Miserias” ya se había puesto en pie. Tenía las manos atadas a la espalda y hacía esfuerzos para salir del cauce del arroyo.

—Hemos representado el viejo truco. Cuando dispararon sobre nosotros nos dejamos caer de bruces, Pete —explicó el barberillo;— pero mucho me temo de que una de las balas haya alcanzado a Teeny.

Pete bajó al cauce del arroyo, en cuyo lecho yacía el enorme corpachón de Teeny Butler. El gigantón estaba inmóvil y parecía estar herido de gravedad, si no muerto.

CAPÍTULO IX

LA EMBOSCADA

El sheriff Pete Rice se estremeció. Nunca le había afectado de aquel modo un propio peligro, pero el de sus comisarios era para él un tormento. Sin aquellos dos hombres, Hicks “Miserias” y Teeny Butler difícilmente podría haber llegado a ser el temido Pete Rice.

Aquellos dos hombres eran sus amigos, sus camaradas. Eran las personas a quienes más quería en el mundo, después de a su madre, de grises cabellos, que vivía en la Quebrada del Buitre.

Pete se arrodilló junto al cuerpo de Teeny. A la luz de la luna pudo ver que brotaba la sangre cerca de la oreja derecha del gigantesco comisario. Pete tocó la cabellera de Teeny y pudo comprobar que la sangre manaba de la parte superior de la cabeza.

“Miserias” estaba arrodillado junto a su jefe.

—¡Bendito sea Dios, Pete! —exclamó—. ¡No tiene nada! ¡Ha sido el golpe que se dio con una roca al caer!

Eso era lo que había sucedido. Había que tener en cuenta que la mole de Teeny Butler, de trescientas libras de peso, no podía dejarse caer tan fácilmente y sin peligro como el esmirriado cuerpo de “Miserias”.

Pete asintió con la cabeza. Libertó a Hicks y luego hizo lo mismo con Teeny. Del bolsillo posterior de éste sacó el frasco de metal que contenía el té mezclado con sasafrás. El gran comisario era muy aficionado a esta bebida, en la que hallaba un estimulante aromático.

Empapó en el líquido un pañuelo y lavó cuidadosamente la herida. Teeny tenía una resistencia extraordinaria y pronto empezó a moverse y lanzar sordos gruñidos. Abrió al fin los ojos, pero semiinconsciente aún, volvió a crearlos en seguida.

—¡A qué esperáis, cobardes, coyotes! ¡Matadnos! —vociferó

como en delirio—. ¡Yo os daría una buena tunda si fueseis capaces de pelear de hombre a hombre!

Así era Teeny Bulter. A ningún hombre le gustaba vivir más que a él. Pocos gozaban más de la vida, peor había escogido una profesión peligrosa. La muerte pasaba con frecuencia a poca distancia por su lado y hacia tiempo que Teeny estaba convencido de que había de tener un fin trágico, por lo que ya estaba acorazado contra todos los temores.

—¡Tus ojos están fuera de foco, Teeny! —le dijo jovial mente el sheriff—. ¡No quisiera coger una indigestión comiéndome los restos de tu carroña que han respetado los buitres!

Teeny abrió los ojos y se incorporó.

—¡Santo Dios! ¡Eres tú, Pete!

—Por primera vez adivinas —contestó Pete—. ¡Ven acá, compañero, ya estamos juntos otra vez! Este territorio no es muy saludable que digamos. Creo que vamos a dejarlo por una temporada.

Teeny logró ponerse en pie. Aun estaba algo aturdido, pero iba recobrando poco a poco su resistencia habitual. El trío de la Quebrada del Buitre volvía a estar reunido. Había escapado de una situación que habría terminado en un desastre de tratarse de otros hombres cualesquiera.

—¿Dónde vamos ahora, patrón? —preguntó Hicks “Miserias”—. Creo que podíamos dirigirnos al Slash C. y arrestar de una vez a ese granuja de McCarron y a todos sus secuaces.

Pete Rice estaba mascando goma, pensativo.

—Sí, podíamos... —contestó—, pero no lo haremos... por ahora.

—Pero el caso es que estamos convencidos de que esos granujas son ladrones de ganado —arguyó “Miserias”.

—Sí. Y tal vez algo más que eso, pero yo no deseo caer sobre ellos ahora ni hacer ningún arresto. No cogeríamos más que a los asalariados. Los cabecillas desaparecerían, estableciendo su cuartel general en cualquier otra parte.

El sheriff miró hacia donde se hallaba el ganado robado.

—Dejaremos esos animales aquí —sugirió a sus compañeros—. Dejemos a esos truhanes que cambien la marca de las reses. Eso no rebajará en nada el valor de los bueyes, pero nos facilitará una prueba más contra esos hombres del Slash C.

—Bien, creo que debemos tener paciencia y aguantar un poco — observó “Miserias”, un poco fastidiado, pues por él hubiesen empezado a tiros en el acto.

Pete volvió a hacer una mueca burlona.

—No es sólo cuestión de paciencia, “Miserias”. La paciencia es buena cosa cuando se tiene con moderación, pero cuando un hombre demuestra tener demasiada, eso que llaman paciencia puede resultar holgazanería. Esperemos a que nos llegue la vez, pero sin estar por eso inactivos. Y ahora vámonos.

Los tres comisarios se apoderaron de tres de los caballos que fueron abandonados por los bandidos en su huida. Eran tres pobres bestias flacas, pero de momento harían su servicio. Siguiendo un plan preconcebido, cada uno de los comisarios había dejado su montura particular en los establos de New Era en Broken Arrow, antes de dirigirse al rancho de Slash C.

El caballo de Hicks “Miserias” era un pequeño mustang de una resistencia extraordinaria y que respondía al nombre de Caballero.

A causa de su enorme corpulencia, Teeny necesitaba una montura que pudiese llevar sus trescientas libras de peso y fuese además capaz de galopar grandes distancias. De acuerdo con estas características, había escogido un gigantesco pura sangre. Tenía las ancas y las pezuñas de un percherón, pero de tales dimensiones desmesuradas poseía la agilidad de un caballo de carreras.

En cuanto al caballo de Pete Rice, era un soberbio alazán con una estrella en la frente. El sheriff decía que aquella estrella de su caballo era la insignia del oficio. Era con más sinceridad que burla, que él hablaba de su caballo como un “comisario de cuatro patas”.

Un hombre cualquiera sentirá agradecimiento eterno por quien le haya salvado la vida. La vida de Pete había dependido de la agilidad y de la inteligencia de Sonny, su alazán, más veces de las que él podía recordar.

El trío marchaba con cautela al dirigirse a la ciudad de Broken Arrow. Había decidido convertir aquella ciudad en su cuartel general, al menos por unos días. Antes de dirigirse al rancho, Pete había alquilado una habitación en una posada económica de la ciudad, en el barrio mejicano. Había dejado en ella algunas de sus cosas, su silla de montar y varios vestidos.

—¿Ha dejado el rancho la muchacha? —preguntó Hicks

“Miserias”, acercando su esquelético caballo al que montaba Pete.

—Sí. Gentry la invitó a marcharse. Me gustaría saber qué es lo que se trae entre manos ese Gentry. No sé con certeza si se trata de un usurero sin corazón, o si está de acuerdo con esa pandilla de bandidos. Se me ha metido en la cabeza de que alguien allí está planeando algo grande... y que no desea que nadie se interponga en su camino.

—¿Crees que Luke McCarron sea el cabecilla de esos granujas?
—preguntó Teeny Butler.

Pete masticó con calma su goma antes de contestar.

—Te diré... no creo que lo sea. Es un buen jefe para una cuadrilla de pistoleros, pero no creo que tenga una gran inteligencia para empresas de más envergadura.

Y siguió mascando pensativo.

—Cuando encontremos, si conseguimos encontrarlo, al cerebro de este asunto del Slash C., creo que nos hallaremos frente a un hombre extraordinariamente inteligente. Quizá una especie de genio.

Y siguió una carcajada.

—Claro que la inteligencia no basta para que se salve un hombre que se pone fuera de la ley. El exceso de inteligencia en la cabeza de un hombre es como el exceso de leche en un jarro, se derrama a un simple movimiento de la mano. Ahora bien, de todos modos los hombres...

Silbó una bala en la obscuridad en el centro del sendero. El caballejo que montaba Pete cayó hacia delante alcanzado por el proyectil en la cabeza.

Pete, práctico ya en tales circunstancias, saltó limpiamente de la silla y se parapetó detrás del cuerpo del caballo herido. El animal se agitaba y coceaba aún y sus relinchos eran lastimeros.

“Miserias” y Teeny se arrojaron a tierra y se agazaparon entre la maleza. Sus revólveres, los que abandonaron los bandidos derrotados, empezaron a vomitar plomo hacia los lados del camino.

Era indudable que los bandidos habían creído que los comisarios intentarían dirigirse a Broken Arrow y se había apostado a lo largo del camino para impedirlo. Las balas silbaban ahora en torno al trío de la Quebrada del Buitre. Una de ellas atravesó el cuello del caballo que había montado Pete.

En el corazón de todo hombre valiente ocupa un lugar preferente la piedad y por eso. Pete Rice, antes de empezar la lucha contra los bandidos que les acechaban a un lado y otro del sendero, atravesó de un balazo el cerebro del pobre animal herido.

Luego, parapetándose detrás del cadáver los revólveres de culata de nácar entraron en acción.

CAPÍTULO X

¿QUIÉN ERA LAFE HENDIRCKS?

El tiroteo tomó caracteres de batalla campal. Los comisarios eran inferiores en número, pero eso no era ya una novedad para ellos y mantuvieron un fuego continuado, disparando hacia el sitio de donde se veían los fogonazos.

Pete continuaba escondido detrás del cadáver del caballo. Teeny se había tumbado en una zanja al lado izquierdo del camino y “Miserias” estaba agazapado a unos pocos pies de distancia de él y a intervalos se arrastraba para alcanzar cartuchos del bien provisto cinturón de Pete Rice.

El barberillo y comisario era siempre el que más disparaba en cualquier encuentro y era el que más suerte tenía en sus disparos. Dando un rodeo por detrás del caballo muerto llegó a divisar a uno de los bandidos que estaba parapetado detrás de un montón de maleza, cerca del camino.

Un revólver flameó entre la maleza e Hicks cayó sobre una rodilla. La bala silbó sobre su cabeza. El revólver de “Miserias” tomó parte en la conversación.

Se oyó un chillido penetrante, que fue descendiendo hasta convertirse en un débil lamento. Luego se hizo el silencio, turbado sólo por una rociada de balas a mayor distancia de la carretera.

“Miserias” se incorporó detrás del caballo muerto.

—Creo que habrás reconocido esa voz, patrón —dijo con satisfacción—. Un bandido menos en el mundo.

En efecto, Pete lo había reconocido. Weasel Fenwick había terminado su carrera para siempre. Sus últimas palabras habían sido un lamento miedoso.

—No falla ni una vez —observó Pete—. Cuanto peor se porta un hombre en esta tierra, más miedo tiene de dejarla.

El tiroteo continuaba. Sonaban ahora los tiros como si los bandidos estuviesen apartándose gradualmente de la lucha y al mismo tiempo bordeando alrededor para coger a los comisarios por la espalda.

Un hombre salió corriendo el escondite de los bandidos y pareció querer llegar hasta donde se hallaba Pistol Pete Rice. Un rayo de luna iluminó de pronto algo que aquel hombre llevaba en la mano.

“Miserias” levantó su 45.

—¡Quieto, “Miserias”! —le gritó el sheriff.

Pete echó mano a su lazo. Sentía verdaderos deseos de apoderarse de aquel hombre, que parecía tener bastante más valor que el resto de los bandidos, y que presentaba sin preocuparse un blanco tan perfecto a los revólveres de los comisarios.

—Usas tus “bolas”, “Miserias” —ordenó Pete—. Yo emplearé la cuerda. Nos es más útil un prisionero que un muerto.

Pero el bandido fue más cauteloso ahora. Se había agachado y trataba de llegar arrastrándose a colocarse al abrigo de algunos árboles. El lazo de Pete no podía alcanzarlo ahora, ni las bolas de “Miserias”.

Aquel hombre se encontraba ahora a cincuenta pies a la derecha del caballo muerto, cuando se incorporó de nuevo y echó a correr otra vez dando un rodeo bastante lejos del lugar de la pelea.

“Miserias” disparó un tiro bajo sobre él, pero, al parecer, escapó indemne en la obscuridad. No lanzó ningún grito y su figura continuó moviéndose en las tinieblas. El fuego por parte de los bandidos disminuía notablemente. Evidentemente, estaban en retirada. Los revólveres del trío de la Quebrada del buitre eran demasiado certeros para ellos.

Los comisarios eran unos tiradores admirables y habían concentrado su fuego en la dirección a los fogonazos más cercanos. Los gritos y las maldiciones les daban a entender que no todas las balas se perdían.

Pete decidió no darles caza. Aquellos hombres eran evidentemente mercenarios. Lo más probable es que aun en el caso de cogerlos pudieran decirle muy poco más de lo que él ya sabía.

El sheriff habló en voz baja con Hicks “Miserias”.

—Ahora es la mejor ocasión de hacer un alto en el fuego. Los

compañeros de esos hombres podrían oír el tiroteo y acudir a rodearnos. Tú y Teeny Butler montad a caballo.

—Pero, ¿y qué vas a hacer tú, patrón? —preguntó “Miserias”.

—No te preocupes por mí. Tú y Teeny dirigiros a la ciudad. El caballo de Teeny no podría llevarnos a él y a mí. Y en cuanto a ese matalón que te ha tocado en suerte, no me parece demasiado fuerte ni veloz.

Una vez metido en harina, como vulgarmente se dice, le costaba a “Miserias” algún trabajo abandonar la pelea. Su gusto hubiese sido perseguir a los bandidos, pero siempre obedecía las órdenes del jefe.

Un par de minutos después, Pete oyó el clip-clop de los caballos de sus comisarios sobre el camino y unos segundos después pudo precisar que galopaban lejos a campo traviesa hacia Broken Arrow.

El sheriff aún disparó algunos tiros en la noche. Por lo menos podía engañar a los bandidos, haciéndoles creer que los comisarios seguían en sus antiguos escondites en vez de galopar hacia la ciudad. Luego Pete anduvo un rato en la obscuridad por la parte izquierda del camino y empezó a andar hacia Broken Arrow.

Tenía mucho que hacer en Broken Arrow Pete Rice. Pensaba convertir la ciudad en su cuartel general. Podía cabalgar por el distrito durante la noche, cuando fuese necesario, y espiar cuanto ocurriera en el rancho de Slash C.

Había andando ya un octavo de milla, aproximadamente, cuando notó que alguien le seguía. No pudo oír ruido de pasos, ni distinguir a nadie, pero su instinto le convenció de que alguien seguía sus huellas.

Salíó la luna de detrás de una nube y Pete, tendiéndose detrás de unas matas de malezas, esperó. Sus ojos escudriñaron el camino que había seguido hasta entonces pero ni vió a nadie ni oyó nada.

Sin embargo, a eso de una media milla, más lejos, cerca del límite de una pequeña zanja, se oyó un crujido en el achaparrado que bordeaba la hondonada.

Pete se tumbó en el suelo. El crujido podía haber sido causado por algún animal. El sheriff buscó en torno suyo un par de piedras y las arrojó al achaparrado. De haber allí un animal hubiese corrido, asustado. Y, sin embargo, si había algún hombre oculto allí, ¿por qué no había disparado sobre él o por lo menos dándole el alto?

A Pete se le ocurrió una idea. Tal vez uno de sus comisarios se había quedado de guardia por los alrededores por si le ocurría algo a Pete. Tal vez, su comisario no le habría reconocido a la dudosa luz de la luna.

—¡Teeny! ¡"Miserias! —llamó el sheriff—. ¿Estáis ahí?

No obtuvo contestación. Entonces empuñó uno de sus 45 y apuntó al achaparrado donde oyera el crujido:

—¡Está usted copado, hombre! ¡Salga de ahí, pronto! —gritó con fuerza.

Tampoco ahora contestaron.

—¡Salga de ese achaparrado, o le haré salir a tiros! ¡Le doy dos segundos de tiempo! —vociferó de nuevo Pete, con voz autoritaria—. ¡Fuera con las manos arriba!

—¡Conformes! —contestó alguien desde el achaparrado—. ¡Pero no dispare! No estoy armado.

Se oyó otro crujido y un segundo después un hombre regular de estatura se mostró a la débil luz de la luna. Pete, ya en pie, le tenía encañonado.

—¡Levante las manos! —volvió a gritar al desconocido.

—No puedo —contestó el amenazado—. ¿No puede ver por qué no puedo?

Cuando el sheriff dio unos pasos hacia aquel hombre, comprendió el por qué no le era dado obedecer sus órdenes. ¡Aquel hombre estaba esposado!

Pete metió su revólver de la mano izquierda en la funda. Con el que empuñaba en la mano derecha continuó encañonando al esposado. Todo aquello podía ser sólo un truco. El esposado podía tener algún cómplice en aquellos alrededores.

Con la mano izquierda, buscó Pete una cerilla en su bolsillo y la encendió en la suela de su bota. La llama iluminó de cerca la cara del prisionero.

Era una cara flaca que hacía algunos días que no la habían afeitado. La piel era pastosa, como la de un hombre que hubiese estado recientemente en la cárcel. Los ojos tenían una expresión engañosa. Y, sin embargo, había algunos síntomas de energía en aquel rostro. La mandíbula y la barbilla eran cuadradas. Las facciones no denunciaban una vida crápula.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Pete.

El prisionero vaciló unos segundos.

—Lafe Hendricks —contestó al fin.

—¿De dónde se ha escapado usted?

Otra vez centelleó la astucia en los ojos de aquel hombre. La cerilla estaba consumiéndose ya y Pete la tiró al suelo.

—Me conducían desde la cárcel de Bittler Creek al penal de Hondo, cerca de la frontera. Muy poco antes de llegar a Hondo conseguí escaparme.

—¿Cuánto hace de eso?

—Tres días.

—¿Hacía mucho tiempo que estaba usted en la cárcel de Bitter Creek?

—Sólo un día... o así. Soy un vaquero y tuve una pelea...

Pete notó la palidez de aquel individuo. Había notado también que sus vestidos estaban muy estropeados por las zarzas y los abrojos del camino. Si aquel hombre se había visto precisado de recorrer el trayecto desde Hondo con las manos esposadas, debía aparecer más maltratado por los elementos de lo que parecía.

El sheriff examinó las manos del prisionero y vio que las palmas eran demasiado finas para el oficio que decía tener.

—¿Con que un vaquero, eh? —preguntó burlón—. Creo que no ha tocado una res en mucho tiempo.

Sus humeantes ojos se clavaron en el rostro del desconocido.

—Hombre —le dijo—, no me gustan los embusteros, pero de todos modos creo que vale más una mentira completa que la mitad de una verdad. Mejor será que me cuente su historia completa.

—Si usted cree que estoy mintiendo —fue la contestación del prisionero—, lléveme a Hondo. El capitán Early, de la patrulla de la frontera, me conoce. Me arrestó en otra ocasión. Él le dirá que estoy diciendo la verdad.

—Tengo muchas cosas más importantes que hacer que darme un paseo hasta Hondo —contestó Pete—, pero le entregaré al comisario de Broken Arrow.

—¡No lo haga! —suplicó el preso.

—¿Por qué no? Es lo mismo para usted. El comisario verá la manera de enviarlo a Hondo.

—¡Lléveme a Hondo! —insistió el prisionero—. ¿No lo comprende? Así cobrará el premio. Se ha ofrecido uno grande por

mi captura. Me reclaman de allí por... asesinato. Creo que el premio vale la pena del viaje...

Pete hizo una mueca burlona.

—Hombre —dijo—, cuando las gentes a quienes no he conocido en mi vida me suplican que les haga un favor me dan ganas de soltar una carcajada. No se preocupe tanto porque yo cobre o no un premio. Tengo buenas razones para llevarle a Broken Arrow. Así es que voy a llevarle a donde he dicho. Mire...

Pete se detuvo de pronto. Había oído un ruido casi imperceptible de unos pasos a su espalda. Un segundo después se encontraba luchando con un hombre corpulento cuyas manos rodeaban su garganta. Unos dientes, al clavarse en su muñeca derecha, le hicieron soltar el 45 que empuñaba.

El sheriff intentó sacar su otro revólver, pero una mano de hierro —tan fuerte como las suyas— le atenazó la muñeca. Su contrincante forcejeaba para introducir uno de sus dedos en el gatillo del arma con la intención indudable de matar a Pete Rice.

Pete hizo acopio de toda su fuerza en aquellas circunstancias y consiguió evitar que aquel revólver se volviese contra él. Al forcejear, sus manos rozaron algo así como una chaqueta engrasada.

Un momento después, al salir la luna de detrás de una nube, pudo ver el rostro del hombre que le había atacado. Era la cara de un chino.

Mientras luchaba con fiereza, revolviéndose y apretando con todas su fuerzas, el pensamiento de Pete retrocedió a la escena de que fuera testigo en la cocina, el chino Wan Lo acusando al chinito encanijado que estaba en cuclillas contra la pared.

¿Podía tener aquella escena alguna relación más o menos remota con la actuación de este chino en aquellos momentos? ¿No estarían los bandidos del Slash C. haciendo un negocio de contrabando de orientales en la frontera mejicana, ocultándolos en el Slash C. hasta que pudiesen cobrar el precio estipulado?

El contrabando de chinos era un negocio muy arriesgado, pero altamente provechoso. Si pudiese hacer prisionero a aquel hombre, tal vez pudiese hacerle hablar. Si el chino no hablaba inglés, no le sería difícil hallar un intérprete entre los numerosos chinos empleados en los hoteles de alguna ciudad cercana, para lavar la ropa, o en las cocinas de los restaurantes.

El brazo de hierro de Pete mantuvo el cañón de su propio revólver lejos de su cara. Súbitamente, el chino soltó su muñeca y sacó un largo cuchillo de su blusa.

Pete podía haber disparado sobre él, matándolo, pero no tenía intención de hacerlo así. Aquel hombre, estaba seguro de ello, podía ayudarle en mucho a desentrañar el misterio del rancho de Slash C.

Pensándolo a sí, Pete dejó caer el revólver y aferró el brazo del chino que empuñaba el cuchillo. Lo brutal de la acometida envió rodando a los dos hombres por el suelo. La punta del puñal clavó una de las alas de los zahones del sheriff al suelo, y escapó culebreando, con la hoja torcida.

Pete sintió que las uñas del chino se clavaban en su cara mientras apartaba el cuchillo de un puntapié. Luego dirigió un fuerte golpe a la mandíbula del chino, cuyo cuerpo sintió flaquear un momento.

Pero el oriental no tardó en reaccionar y, por un truco afortunado de jiu-jisu, logró derribar a Pete de espaldas, colocándose el corpulento chino a horcadas sobre él. Las manazas del oriental, que estaba poseído de un furor salvaje, trataban de hacer presa en la blanca garganta del sheriff.

Y, sin embargo, Pete luchaba ahora con más confianza, pues creía a su enemigo desarmado, y pocos, ya fueran amarillos o de cualquier color, podían vencer a Pistol Pete Rice en una lucha cuerpo a cuerpo.

Sus puños de hierro mantenían alejadas las manazas del chino de su garganta. Sus potentes brazos estrecharon al chino en un fuerte abrazo, como el de un oso pardo. El chino jadeaba, congestionado.

Pete era un formidable luchador, de clase verdaderamente excepcional.

Con un movimiento de pantera, logró hacer variar el cuerpo del chino.

Obtenida esta ventaja, púsose en pie de un salto y se dispuso a acabar con aquel hombre a puñetazos, cosa fácil de conseguir, pues los chinos suelen ser medianos boxeadores.

Y, sin embargo, ahora el amarillo parecía tan resuelto como su contrincante blanco. Se retorció como una anguila. Los dos hombres, enzarzados en un cuerpo a cuerpo descomunal, rodaban

una y otra vez por el suelo y volvían a levantarse para seguir luchando con furor.

Pete estaba ahora debajo de su enemigo y había maniobrado para hallarse en esta posición e intentó un puente, pues peleaba así con tanta eficacia como estando encima. Su mirada se fijó en algo que estaba más allá de la repugnante cara del chino. El incógnito fugitivo de la cárcel de Bitter Creek se hallaba en pie junto al oriental y había levantado en alto sus manos esposadas con el manifiesto propósito de asestar un golpe en el cráneo del chino.

—¡Deténgase! —le gritó Pete—. ¡Déjemelo a mí ahora! Yo puedo...

¡Crack! Las pulseras de hierro acaban de estrellarse contra el cráneo del amarillo, cuyo cuerpo se dio con todo su peso.

Y un segundo después las manos esposadas chocaban con violencia inaudita contra la mandíbula de Pete Rice. Vió como un relámpago gigantesco y luego se hizo la obscuridad en su cerebro.

Al recobrar el conocimiento, notó Pete que su cabeza zumbaba atronadoramente. Estaba tendido cerca de un gran peñasco en el fondo de la zanja. Debía haberse dado un topetazo contra alguna piedra o el hombre de las esposas le habría golpeado con fuerza de gigante.

Pete se sentó torpemente y miró en torno suyo.

A pocos pies de distancia de donde se hallaba se veía confusamente el cuerpo de un hombre, Pete, sin apenas poder sostenerse, se arrastró hacia él. Cuando llegó a su lado registró sus bolsillos y encontró otra cerilla, que encendió.

El chino, pues era él, yacía de bruces. Tenía un chirlo formidable precisamente en la base del cráneo. Fluía de la herida profusamente la sangre y Pete inspeccionó su cabeza para ver si existía fractura del cráneo.

Pete volvió el cuerpo de aquel hombre boca arriba. Los ojos, desmesuradamente abiertos, carecían de brillo. Remangó la grasienta blusa del chino y buscó el pulso. Este y el corazón habían cesado de latir. ¡El gigantesco chino estaba muerto!

¿Lo había matado deliberadamente aquel hombre esposado que decía llamarse Lafe Hendricks? ¿Y por qué no había matado también a Pete Rice cuando tenía ocasión para ello? El mismo había

confesado que era un criminal. Aseguraba que le buscaban como asesino. Entonces, ¿por qué no había matado a los dos hombres, contentándose con aturdir a uno de ellos, precisamente al que podía hacer caer más adelante todo el peso de la ley sobre él?

Además, ¿por qué tenía tanto interés aquel extraño blanco en que se le entregase a las autoridades de Hondo? Y, ¿por qué había mostrado tanto terror a ser entregado a las de la cercana ciudad de Broken Arrow?

Pete logró llegar hasta la zanja y comprobó que el hombre esposado había desaparecido. Por una parte, su estado de debilidad y por otra la obscuridad de la noche hacían inútil todo intento de perseguirle. Más adelante esperaba hallar huellas suficientes para emprender aquella persecución.

Si el hombre esposado conseguía llegar a encontrarse con alguno de sus compañeros de bandidaje, le sería fácil quitarse las esposas y cambiarse de vestidos, la muerte le había hecho perder a Pete un valioso prisionero.

Había ahora nuevos misterios para él, grandes misterios. Recordó ahora Pete a aquel bandido que echó a correr desde el escondite y que se perdió en la obscuridad trazando un círculo. La luna había hecho que brillara algo que llevaba en las manos, era un 45, pero ahora se preguntaba si aquel brillo procedería de las esposas.

¿Podría el hombre que decía llamarse Lafe Hendricks ser el mismo que saliera corriendo del escondite de los bandidos? Y, si era así, ¿por qué el que se declaraba asesino escapaba de sus compañeros?

¿Y qué clase de chino era el que había muerto? Tal vez no fuese uno de los miserables coolíes pasados de contrabando por la frontera, porque, de ser así, no habría atacado a nadie. Indudablemente debía tratarse de una especie de jefe oriental, el cabecilla o el segundo de la pandilla de contrabandistas.

Su ataque a Pete parecía demostrar que había obrado de acuerdo con el hombre de las esposas, pero en este caso, ¿por qué el misterioso blanco le atacó a su vez matándole?

Pete volvió a donde se hallaba el cadáver del chino y examinó detenidamente el rostro de aquel hombre. A pesar de sus vestidos de coolíe de baja estofa, se veía que era un chino notable por su

aspecto y sus facciones.

El sheriff registró detenidamente los vestidos del muerto. Halló en ellos una sorprendente cantidad de billetes americanos, algunas monedas de plata mejicanas y un ídolo de oro curiosamente labrado. Encontró también un disco ovalado de madera.

El disco tendría más de una pulgada de largo y casi lo mismo de ancho. En su superficie estaban labrados algunos caracteres chinos. Pete se guardó el disco en el bolsillo, pues podría descifrar aquellos caracteres con ayuda de un intérprete.

Ocultó el cuerpo del chino entre algunas matas elevadas. Pondría el hecho en conocimiento del comisario de Broken Arrow que enviaría por el cuerpo aquella misma mañana.

Luego Pete Rice continuó lentamente su marcha hacia Broken Arrow. Le dolía la cabeza enormemente. Y a través de aquel dolor insoportable seguía martilleando en su cerebro la misma pregunta:

“¿Quién era Lafe Hendricks?”

Es lo que seguía preguntándose todavía Pete cuando llegó a las primeras casas de la ciudad.

CAPÍTULO XI

DROGAS

Broken Arrow había sido en sus orígenes un poblado indio, habiéndose convertido en la actualidad en una ciudad ganadera con más de cinco mil habitantes. El barrio comercial, donde estaban instaladas todas las oficinas de negocios, comprendía varias manzanas de edificios. Muchos almacenes —una gran parte de ellos de verdadera importancia— tenían aspecto próspero. La casa consistorial era un edificio nuevo, digno de una gran población. Pero fue hacia la parte más pobre de la población hacia donde Pete dirigió sus pasos. Aquel barrio era conocido con el nombre de Mex Town⁶ y estaba formado por casas de adobe, bajas, de una sola planta.

Las casas eran de mal aspecto; montones de basura, botellas rotas de tequila, pots de hojalata, cubrían el pavimento. Callejas y plazas mal cuidadas en las que los mejicanos instalaban sus reñideros de gallos. Veíanse también pequeñas cantinas de sórdido aspecto.

Fue a una de éstas hacia la que se dirigió Pete. Se había teñido el rostro de un color aceitunado y hablaba el español a la perfección. El dueño del establecimiento no hacía preguntas a sus parroquianos, con tal de que le pagasen la renta e sus habitaciones por adelantado. No le importaba que sus huéspedes fuesen mejicanos o americanos. Lo que únicamente del interesaba era que los dólares fuesen legítimos.

Seguendo instrucciones de Pete, Teeny e Hicks “Miserias” habían llegado por separado, alquilando habitaciones distintas. De haber llegado en grupo el trío de la Quebrada del Buitre podía haber suscitado comentarios. Yendo cada uno por su lado, era factible que pasase desapercibido.

Penetró Pete en su maloliente habitación y después de curarse cuidadosamente los golpes y rasguños de aquella noche, se acostó, durmiendo profundamente hasta ya mediada la tarde.

Se lavó y se vistió y se hizo la toilette cuidadosa de un hombre que va a visitar a una mujer joven y guapa. Ya en la calle, se dirigió hacia el Broken Arrow, y encargó a un empleado que fuese a decir a Virginia Calvert que “Smiley”, su antiguo empleado, deseaba verla.

La estimación que le tenía la antigua propietaria de Slash C. se demostró palpablemente, cuando casi inmediatamente se le invitó a ascender las alfombradas escaleras que conducían a una coquetona sala de recibo.

Virginia estaba ya en ella. La muchacha pareció algo confusa al ver a Pete que se adelantaba hacia ella y apenas si acertó a indicarle una silla con un gesto.

—Después de usted, miss Virginia —dijo Pete, con su amplio sombrero en la mano, brillantes los ojos de gozo.

—¡Cómo, Smiley! —exclamó la muchacha, con asombro—. ¡Puede usted hablar como todo el mundo y, sin embargo...

Su intuición femenina la hizo comprender en el acto.

—¡Ahora lo comprendo! ¡Tonta de mí! —exclamó—, ¡yo que pensaba que Pistol Pete Rice me había abandonado! ¡Usted no puede ser otro que Pete Rice!

—Ha acertado usted, miss Virginia —asintió Pete—. Creí que podía serle demás utilidad en el papel de sordomudo Smiley. No conseguí cuanto pretendía, pero...

—¡Estuvo usted maravilloso, sheriff! —le interrumpió la muchacha—. ¡Ahora lo comprendo! Usted se dejó caer desde el caballo en el charco de barro, a propósito. Me salvó usted de una experiencia terrible, pues hubiera llegado a casarme con Ramón Laredo.

Se estremeció al recordarlo. Pete se sintió invadido de una profunda tristeza a la vista de aquella hermosa muchacha cuyos ojos mostraban angustia actual. Virginia no protestaba en voz alta, pero la emoción no protestaba en voz alta, pero la emoción que la embargaba apareció en sus pálidas mejillas de las que parecía haber huido la sangre.

Pete vio sentarse a la muchacha e hizo lo mismo frente a ella.

—Por lo menos, miss Virginia, he podido comprobar que el Slash

C, es el cuartel general de una cuadrilla de bandidos —le dijo—. Ha llegado a convertirse en una especie de rancho del crimen.

—¡Un rancho del crimen! —repitió la muchacha.

Pete asintió con un movimiento de cabeza.

—Crea usted que me alegro de que Gentry haya deseado que usted lo abandonase. Podían ocurrir cosas horribles en cualquier momento.

Pete había empezado a mascar un trozo de goma; luego pensó que tal vez no era aquello lo más correcto delante de una señorita. Su experiencia de la vida había sido completa, pero sabía poco de la psicología femenina.

—¿Querría hacer el favor de decirme, miss Calvert —preguntó—, lo que sabe acerca de su padrastro Lon Brenford? Hay para mí muchos misterios en estos días y creo que Lon Brenford forma parte de ellos.

En los bellos ojos de Virginia brillaba ahora la esperanza. Estaba nerviosa y algo cohibida ante aquel hombre, el relato de cuyas hazañas había adquirido los caracteres de leyenda. Se miraba materialmente en los ojos grises y humeantes del sheriff, con tal fijeza, que Pete Rice empezó a sentirse aturdido a su vez.

Experimentaba un desasosiego especial, como si no supiese qué hacer, si echar a correr, o quedarse, o empezar a tiros con los prismas de araña que iluminaba la estancia... Algo que no demostrase su poco habilidad en circunstancias parecidas. Envidiaba en aquellos momentos a los petimetres que él había conocido, como aquel Fancy Weldron, por ejemplo, que tan tranquilo sabía estar delante de las mujeres.

—Mr. Brenford —yo siempre le llamé padre,— se casó con mi madre a los cinco años justos de haber muerto mi padre verdadero —explicó Virginia Calvert—. Era muy cariñoso conmigo, y parecía dirigir los asuntos del rancho con gran competencia y provecho. Tengo la seguridad de que mi madre estaba verdaderamente enamorada de él.

Miró fijamente a Pete Rice y éste bajó los ojos hasta posarlos en la alfombra.

—Yo estaba en el colegio la mayor parte del tiempo —continuó Virginia—. Las vacaciones las pasaba en el rancho. Cuando murió mi madre y heredé la propiedad del rancho, manifesté mis deseos

de que mi padrastro continuase administrando el rancho, y así lo hizo admirablemente algún tiempo. Luego, súbitamente, pareció que todo andaba de cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Pete.

—Hará unos cuatro meses aproximadamente. Mi padre empezó a mostrarse inquieto, pensativo, temeroso. Se conocía que algo le preocupaba, le obsesionaba. Traté de saber lo que ocurría, procurando provocar sus confidencias, pero insistió en que no le pasaba nada.

Pete frunció el ceño. Y, de pronto, hizo una pregunta que parecía desatinada.

—¿De dónde era Mr. Brenford?

—Creo que de Montana. Me parece que era algo reticente acerca de su pasado. Hace un par de semanas, estando yo detrás del granero, le oí sostener una conversación con Luke McCarron, el nuevo capataz, y hablaban de algunas ciudades de fuera del Estado, Butte, Helena y Livingston.

El sheriff inquirió detalles de la desaparición de Brenford.

—Fue hace una semana, el martes —contestó Virginia—. Johnny Boot había traído del campo un potro muy joven. El animalito había sido mordido por un puma. Mi padre salió a ver si el pobre podía salvarse y se dirigió hacia la parte sur del coral.

—¿Con Johnny Boot?

—No, Johnny se quedó en la cocina preparando la cena. Mi padre fue solo. Fue la última vez que le vi. Aun cuando no era mi verdadero padre, le he echado mucho de menos.

La voz de la muchacha tembló un poco. Pete sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la sudorosa frente.

—¿Cuánto tiempo hace que Luke McCarron es capataz del Slash C.? —preguntó.

—Hace cuatro meses.

Pete quedó un momento pensativo. Sus angulares mandíbulas mascaban inconscientemente la goma. Lon Brenford había empezado a mostrarse pensativo, preocupado, temeroso, hacia cuatro meses, aproximadamente el mismo tiempo que hacía que estaba en el Slash C. Luke McCarron. A no dudar, existía cierta relación entre la desaparición de Brenford y la presencia en el rancho de McCarron.

—Bien, gracias por los informes, miss Virginia —contestó Pete, poniéndose en pie para marcharse.

Sonrió dulcemente la muchacha y le tendió la mano. Se la estrechó Pete y se quedó asombrado al comprobar que estaba a punto de caer de rodillas. Aquella muchacha había causado más efecto en él que uno de los más formidables puñetazos del descomunal Rojo Maple.

Ya no dijo más. Virginia parecía recatada y misteriosa, pero era mujer y las mujeres son dadas a hablar, Pete no quería explicarle el significado que para él tenían algunas de las informaciones que le había dado.

Desde el hotel marchó Pete directamente a la oficina de telégrafos, en donde expidió tres telegramas las tres ciudades que la muchacha había mencionado, Butte, Helena y Livingsgtone.

Era ya de noche cuando tuvo las contestaciones. Leyó su contenido y puso en antecedentes a Hicks “Miserias “ y a Teeny Butler.

—Acabo de recibir un telegrama —les dijo—, de la capital del Estado de Montana. Había encargado a un amigo que allí tengo que se enterase por la policía y los archivos del juzgado de quién era Lon Brenford, el padrastro de miss Virginia.

Los ojillos azules de Hicks “Miserias” brillaban intensamente.

—Te has enterado de algo. Se te conoce en la cara, patrón.

—Sí. Lon Brenford abandonó el Estado hace cinco años para formar parte de una cuadrilla capitaneada por Slug McCarron, junto con Weasel Fenwick y otro granuja llamado Coffin Karlan.

—Y Slug McCarron no es otro que Luke MacCarron, ese cargador del Slash C... ¡o yo tengo nueve pies de alto! —explotó el diminuto Hicks “Miserias”, con su vehemencia habitual.

—Y Slug McCarron debía tener algún ascendiente sobre Lon Brenford y se valió de él para ensanchar y desarrollar el negocio — fue la opinión de Teeny Butler—. Luego trajo sus pistoleros y está empleando el rancho pasa sus sucios manejos.

—Los dos estáis en lo cierto —concedió Pete—. Lon Brenford, tal vez conservando un resto de corazón, protestó al ver que se hacía algo que perjudicaría a miss Virginia. Su actitud no agradó a sus compañeros y éstos, entonces, o le secuestraron o forraron su cuerpo de plomo. Esto es lo que tenemos que comprobar.

—Acabo de ver a Johnny Boot y a Slapjack Kerlew en el Wigwam Bar, hace un momento —dijo “Miserias”—. Son unos muchachos honrados. Seguramente por eso Gentry o McCarron deben haberlos despedido. Tal vez ellos pudiesen decirnos algo de lo que deseamos saber.

—Tal vez —contestó Pete.

Y se dirigió con sus compañeros hacia el Wigwam Bar. Ninguno de los tres era bebedor, pero una taberna era sitio en donde podían ver a gentes diversas y escuchar algo interesante. En cuanto hicieron su aparición en la puerta del tabernucho vieron a Slapjack. El antiguo cowboy del Slash C avanzó hacia Pete.

—Encantado de verle, sheriff —le dijo.

—¿Cómo sabía usted quién era yo? —preguntó Pete, con curiosidad.

—Yo me había figurado que no era usted más que un sordomudo algo ingenioso —contestó el cowboy—, hasta que he estado hablando un rato con miss Calvert. ¡Pensar que podía haberme tumbado de un gorrionazo a la barbilla! ¡Quién iba a figurarse que Smiley era nada menos que el sheriff de la Quebrada del Buitre!

Y se acercó al oído de Pete.

—¡Aquí hay un buen trabajo para usted, sheriff! Mi otro yo, Johnny Boot, está apunto de volverse loco. No sé que demonio se le ha metido en ese cacharro que tiene por cabeza. Tal vez usted consiga hacerle entrar en razón.

Guió a los tres comisarios a la parte posterior de la habitación, en donde estaba Johnny Boot, sentado ante una mesa. Estaba con la vista fija en un papel blanco y cuadrado sobre la mesa. Alzó la cabeza en un movimiento nervioso y miró a los recién llegados con ira.

—¡Mírelo... se volverá loco! —dijo Slapjack, con disgusto—. Sabe que hace mal. ¡Me dan ganas de agujerearle la cabeza con el cañón del revólver!

Slapjack se retorció con furia el bigote.

—¿Saben ustedes lo que contiene ese pedazo de papel, amigos míos? Yo sé que contiene opio. ¡Chatarra! ¡Alcornoque!

En los ojos de Pete se transparentó el aturdimiento que le causaban aquellas palabras.

—¿Ha estado usted sorbiendo cocaína, Johnny? —preguntó.

—¿Y a usted qué le importa? —fue la contestación seca de Johnny.

—¡Claro que me importa! ¡Y mucho! —gruñó Pete—. Como que puedo arrestarle a usted por emplear drogas prohibidas.

Luego bajó el tono de su voz mientras posaba una de sus manos sobre el hombro de Johnny.

—Quiero ayudarle, Johnny. Es usted un buen muchacho. Usted y Slapjack han sido leales a miss Virginia Calvert, pero quisiera saber cómo ha adquirido usted ese hábito.

Johnny Boot continuó aún ceñudo, pero Slapjack habló por él:

—Hemos pensado un montón en miss Calvert —dijo—. Su desgracia nos ha trastornado. Yo mismo he sentido grandes inquietudes y confieso que he tenido que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no aceptar la oferta de ese vendedor de opio mejicano.

—¿Qué vendedor mejicano? —preguntó Pete.

—¡Oh, hay muchos por aquí! —dijo Slapjack—, no se esconden mucho para ofrecer por toda la ciudad cocaína, morfina, marijuana o cualquier otra droga. Hace poco que lo venden, pero es así. Ahora mismo hay uno de esos vendedores en la taberna ofreciendo su mercancía a los parroquianos...

—¡Enséñemelo! —suplicó Pete.

Slapjack abrió una puerta y mostró a un mejicano que llevaba un sombrero alto de copa en forma puntiaguda, vestido con una chaqueta de terciopelo muy ajustada y unos pantalones acampanados. El mejicano estaba en pie junto a una mesa y miraba recelosamente a todas partes.

—Ahí está vuestro negocio, muchachos —dijo Pete a sus dos comisarios—. Coged a ese hombre y metedlo en la cárcel. Nada de conversación. Ya le oiremos cuando esté encerrado en su celda.

Los dos comisarios se dispusieron a cumplir la orden y, como gentes prácticas en el oficio, se acercaron al mejicano por los dos lados opuestos. El mejicano los vio cuando ya estaban muy cerca y comprendió que algo iba a suceder, por lo que intentó echar mano a su revólver.

Hicks “Miserias”, que llevaba sus inseparables “bolas”, las hizo funcionar con su destreza habitual y los tres brazos de cuero fueron a enroscarse en torno al diafragma del mejicano, sujetándole los

bazos. Súbitamente, Teeny Butler había aplicado el borde frío de su revólver contra la espalda del vendedor.

El cowboy que estaba sentado ante la mesa se puso en pie de un salto; sus ojos miraban de una manera extraña. Las pupilas eran muy pequeñas, como cabecitas de alfiler. Él también echó mano a su revólver, pero el puño de “Misericordias” cayó sobre la mandíbula y el hombre dio en el suelo de bruces, Hicks le empujó con el cañón del revólver, diciéndole:

—Arriba, granuja. Creo que usted no vende esa droga, pero me parece que ha cargado usted una buena mano de ella. Ahora, eche a andar.

Los dos comisarios condujeron a sus dos prisioneros fuera de la taberna a través de las puertas giratorias.

Pete vio que sus hombres habían triunfado en su empresa y volvió a donde se hallaba Johnny Boot. El gesto adusto del cowboy se había trocado en bochorno. Aunque era un hombretón fornido y valiente, tenía aquellos momentos el aspecto de un muchacho al que han cogido in fraganti cometiendo alguna picardía.

—No quiero tener que meterle en un calabozo, Johnny —le dijo Pete—. De todas maneras va usted a prometerme que no volverá a tomar más de esa droga.

—Pero es que yo sentía una gran pena, y esa droga me hacía mucho bien —arguyó Johnny—. Me parecía que estaba viviendo en un castillo en el aire.

El rostro de Pete era severo ahora.

—Todos hacemos castillos en el aire algunas veces —contestó—, pero sólo los tontos edifican esa clase de castillos, y alimentan la esperanza de vivir en ellos. Mire, Johnny, lo menos la sexta parte de los criminales que yo he conocido eran aficionados a las drogas.

—Yo no he cometido ningún crimen, sheriff.

—No. Todavía no. Pero eso les ocurre a todos los cocainómanos cuando no pueden comprar la droga. A lo largo de la frontera esa droga cuesta veinticinco centavos por una pequeña toma. No hay más que poseer veinticinco centavos para tomarla. Pues bien, yo he visto cometer un asesinato por esa suma miserable.

Volvió a golpear amistosamente a Johnny en el hombro, y continuó:

—En el fondo, usted está perfectamente. Es libre para

vagabundear y hacer lo que le parezca. Pero escúcheme: en cuanto le coja otra vez tomando un solo gramo de esa droga... ¡le meto en la cárcel!

Dejó a Johnny Boot meditando sobre lo que acababa de decirle y se dirigió hacia la puerta atravesando el bar, en el que pudo ver a Elbert Vaughn, uno de los huéspedes del Slash C. que estaba tomando una zarzaparrilla. Vaughn miró a Pete e hizo ademán de sacar del bolsillo un lápiz para escribir con él sobre un trozo de papel.

—No necesita usted escribir nada, Mr. Vaughn —dijo Pete al huésped—. Puedo oírle perfectamente.

Vaughn abrió los ojos asombrado y murmuró:

—¡Cómo... Smiley!

Y miraba estupefacto al sheriff.

—Yo ya me había formado alguna idea allí acerca de usted y hasta llegué a creer que no era completamente sordomudo...

—Yo soy el sheriff Pete Rice, de la Quebrada del Buitre, Mr. Vaughn. Han estado sucediendo allí cosas de las que ustedes los huéspedes, o al menos la mayoría de ustedes, no sabían nada.

Vaughn, todavía sorprendido, dejó de beber su zarzaparrilla.

—Lo que estaba ocurriendo en el Slash C. me tenía desolado —dijo con sus maneras afeminadas y su vocecilla femenil.

“Sheriff, yo vine a la ciudad porque intentaba ver a miss Calvert. Es un ultraje el que le han hecho desposeyéndola de su hogar. No soy en manera alguna un hombre mujeriego, pero esa muchacha me ha impresionado de una manera extraña, y yo...”

Pete no pudo esperar a oír el final de aquel discurso. En la calle principal se oía un tiroteo bastante intenso. El sheriff se precipitó como una bala a través de las puertas giratorias. La agitación parecía concentrada delante de la farmacia de Broken Arrow.

De la farmacia habían salido dos cowboys y cruzaban la calle diagonalmente tratando de refugiarse en las callejuelas oscuras del Mex Town. Pete, trazando un ángulo desde la acera tumbó a uno de los hombres de un terrorífico directo y corrió hacia el otro, quien daba vueltas y manoteaba frenéticamente en línea recta hacia la calle principal.

Al llegar allí echó a correr y casi fue a dar en los brazos de Hicks “Miserias” y Teeny Butler que conducían a la cárcel al mejicano

vendedor de drogas y al cowboy aficionado a ellas. Cambió su carera e intentó cruzar la calle de nuevo.

Las bolas de “Miserias” silbaron en el aire y los tirantes de cuero fueron a enredarse entre las piernas del fugitivo, arrojándolo pesadamente contra el piso irregular de lo que más era una carretera que una calle.

Los brazos del cowboy habían quedado en libertad y echando mano a su revólver lo disparó rápidamente, pero la bala erró a “Miserias” y atravesó la luna del escaparate de un restaurante chino. Pete había disparado casi al mismo tiempo sobre él, arrebatándole la bala el revólver de la mano.

Se había congregado una gran multitud en torno a los comisarios y los capturados cowboys. Otras gentes se dirigieron hacia la farmacia. Pete levantó del suelo a su prisionero y lo empujó hasta donde estaban los dos comisarios.

—Llevad también a estos dos a la cárcel —les dijo a Hicks y Teeny.

Luego corrió hacia la farmacia y se encontró con un hombre con rostro entristecido que iba en sentido contrario. En los ojos del ciudadano titilaban las lágrimas.

—¡Han herido a Rex Coley! —dijo—. ¡Pobre Rex! Él que no tenía un enemigo en este mundo.

—¿Quién es Rex Coley? —preguntó Pete.

—El oficial de la farmacia —contestó el desconocido—. El hombre más bueno de la ciudad. El tiro le atravesó los dos pulmones. No creo que pueda vivir mucho tiempo.

Se retorció las manos con desesperación y siguió hacia la acera gritando:

—¡Id a buscar un doctor! ¡Rex Coley... está mal herido!...

Pete siguió su camino abriéndose paso entre la multitud estacionada frente a la farmacia. Un hombre, aparentemente joven, aun cuando en sus cabellos brillasen bastantes canas prematuras había sido colocado sobre el mostrador. Se veían manchas de sangre en sus vestidos y en la camisa. Sus ojos miraban aún a través del velo de la muerte. La vida huía de aquel cuerpo rápidamente. Y sin embargo, no había miedo en sus ojos.

Al acercarse Pete al mostrador medio alzó la cabeza y dijo con evidente esfuerzo:

—¡No eran... ladrones! Esos vaqueros venían buscando la droga...

Pete se quitó la chaqueta y haciendo con ella una almohada la colocó debajo de la cabeza del herido.

—¿Droga? —repitió.

—Eso es... Jamás vi nada parecido... Los cowboys no venían nunca por esa sustancia... pero aquellos hombres eran cowboys... y pedían cocaína...

Tosió débilmente y en sus labios apareció un esputo sanguinolento.

—Les dije que necesitaban una receta de un doctor. Se pusieron como locos... y los dos dispararon sobre mí y echaron a correr.

Pareció olvidar casi su estado desesperado.

—¡Jamás vi cosa parecida! —repitió.

Tampoco Pete Rice recordaba haber visto nunca nada semejante. ¡Los cowboys en busca de droga! Si casi no parecía verdad. Pete Rice conocía a los cowboys, de la misma manera que conocía los caballos y los revólveres. Eran muchachos un poco duros y algunos se emborrachaban a veces. Casi todos eran jugadores y se liaban a tiros cuando perdían. ¡Pero drogas! No, eso no entraba en su manera de ser.

Pete no pudo hacer nada a favor del herido. En cuanto llegó el médico y se hizo cargo del herido, a quien auguró poco tiempo de vida, el sheriff salió de la farmacia.

Ya en la calle echó a andar hacia el edificio donde estaba instalada la cárcel de la ciudad. Iba pensado en Johnny Boot, expuesto al mismo peligro que aquellos infelices. Johnny Boot había tomado la droga.

Aun el mismo Slapjack, el tipo perfecto del cowboy chapado a la antigua, había admitido la posibilidad de ceder a aquella tentación. ¿Qué era aquello?

Siguiendo su camino por la callejuela que llevaba al local de la cárcel, Pete iba mascando goma pensativo. Aquel cowboy que él había derribado, lo mismo que el que “Miserias” cazara con sus bolas, le habían parecido inquietos, desasosegados, como locos.

Cuando Pete llegó a la cárcel y los vió, pudo observar en los ojos de los dos la misma mirada dura, agresiva. Indudablemente eran aficionados a la droga. Eran totalmente desconocidos para Pete

Rice, pero al sheriff se le ocurrió una idea.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajáis en el negocio de Slash C.? —preguntó a la pareja.

—¡Oh, unas dos o tres emanas! —contestó uno de ellos—. Luke McCarron nos despidió... por nada, puede decirse.

La luz empezaba a hacerse en el cerebro de Pete. Luego aquellos hombres habían trabajado en el Slash C. Fueron despedidos antes de que él empezara a representar su papel de Smiley. ¡Ya tomaban drogas! ¡Y Johnny Boot tomaba drogas! ¡Y Slapjack había hablado de no poder resistir la tentación!

Pete Rice salió de la oficina desierta del comisario. Al curarse sus heridas aquella mañana en su habitación, había dejado la cura a medias, por el deseo imperioso de dormir, pero había notado ligeras contusiones en su antebrazo derecho. Al principio creyó que se trataba de las señales de los afilados dientes del chino con el que había luchado.

Ahora se remangó la camisa y examinó las huellas cuidadosamente.

¡Aquello eran huellas de una aguja hipodérmica!

¡En la piel de Pistol Pete Rice! ¡Un hombre completamente sano! Un hombre que no bebía, que fumaba moderadamente, cuya vida era normal, cuyo mayor placer era galopar por los caminos en defensa de la ley y vivir en su modesta vivienda con su buena madre.

La deducción era obvia. Alguien en el Slash C. había estado administrando drogas a los empleados del rancho mientras dormían. Así es cómo había adquirido Johnny Boot tan extraño vicio. Por eso era que Slapjack hablaba de lo fácil que era ceder a la tentación. Y por eso también aquellos dos ex empleados del Slash C. habían llegado a convertirse en asesinos, matando al hombre más popular de la ciudad, al desgraciado Rex Coley.

Ni aun “Smiley”, el supuesto sordomudo había sido perdonado.

Alguien —la cabeza directora de los crímenes del Slash C.— había estado empelando narcóticos para esclavizar a sus hombres convirtiéndolos en sujetos voluntarios de su vasta organización. En cuanto hubiesen cometido algún crimen, podría hacer de ellos lo que quisiera.

¿Podría ser ese hombre Luke McCarron? Difícilmente. Era

imposible pensar al mismo tiempo en el corpulento Luke McCarron y en la droga.

¿Sería Orvin Reynal, aquel viejo especie de hechicero, medio lunático? Tal vez. Pero Reynal no podía ser acusado abiertamente. Sería lo bastante astuto para borrar sus huellas.

Pete Rice se dijo que en aquel mismo instante podía arrestar a varios hombres en el Slash C., pero ¿qué conseguiría con ello? No quería encontrarse después con meros comparsas. Tenía que dejar a los bandidos que siguiesen operando durante algún tiempo. Sus acciones acabarían por descubrir a su jefe.

¡Una cosa! Si el sheriff podía hallar el hombre culpable de que aquellos cowboys se hubiesen aficionado a la droga, ya podía regresar tranquilamente a la Quebrada del Buitre, porque entonces tendría al jefe en su poder.

Esta seguro de esto, como de que se llamaba Pistol Pete Rice.

CAPÍTULO XII

LA MADRE DE PETE RICE

Moy Tang, el chinito acusado de asesinato en la persona de otro chino en la casa del rancho de Slash C., y que continuaba en la cárcel, fue destinatario de un regalo llegado por el correo aquella noche, o mejor dicho, hubiese sido el destinatario, de no haberse encontrado Pete Rice en la oficina del comisario de Broken Arrow cuando llegó aquel regalo.

Era una caja de deliciosos bombones, a la que acompañaba una carta firmada por “Una amiga de los chinos, víctimas de sus ignorantes de la explotación blanca”

La carta venía a decir, que desde el momento en que el chino podía haber matado en un arrebato de cólera, no debía de ser castigado por su crimen. Era el resultado de su ignorancia y de su explotación por los rapaces blancos.

Moy Tang —quería decir— se había ganado el corazón de aquella “amiga”. Moy Tang era un extranjero en tierra extranjera. Era indudable que había sido llevado a la frontera ilegalmente, de contrabando. Él no conocía el código de los hombres blancos. Sería ahorcado seguramente por su crimen, pero entretanto, ¿no podría endulzar sus horas de tortura con aquel regalito de un amigo de los oprimidos?

Pete frunció el ceño al acabar de leer aquella carta.

—La hipocresía es uno de los vicios que no se pueden desterrar del mundo —murmuró—. Sería lo mismo que intentar conseguir que una culebra no se moviese al quitarle la grasa a un cerdo cebado.

—¿Quiere usted decir que esa mujer no siente lo que escribe? —preguntó el joven comisario de Broken Arrow.

—En primer lugar, esa “mujer” debe llevar barba y botas, y

zahones, y un sombrero de diez galones de cabida en la cabeza — contestó Pete—. Si el que ha escrito esa carta no es alguien que desea envenenar a Moy Tang, resultará que yo no he montado jamás a caballo.

Y dicho esto cogió la caja de bombones.

—No tardaré en volver —dijo al joven comisario—. Entretanto saque usted de la celda en que se encuentra a Moy Tang si tiene ventanas, no sea cosa de que alguien intente asesinarle con un rifle. No deje entrar a nadie en el corredor en que esté la nueva celda de Moy Tang.

Antes de las nueve estaba Pete de regreso en la cárcel. Había llevado a analizar los bobones y se comprobó que estaban rellenos con un alcaloide venenoso mortal de necesidad.

Era indudable que alguien tenía interés en que muriese el chino antes de que llegasen a Tucson los intérpretes cantones y pudiese declarar ante sus jueces. Y pensando en el caso de Moy Tang fue como tomó Pete Rice el primer tren de la mañana siguiente para regresar a la Quebrada del Buitre.

Iba acompañado de Virginia Calvert, porque Pete tenía un doble propósito al visitar su hogar de la ciudad en el distrito de Trinchera. Uno estaba en relación con el caso de Moy Tang, y el otro poner a Virginia a salvo fuera de Broken Arrow.

Broken Arrow estaba demasiado cerca del Slash C. para que la muchacha corriese el riesgo de seguir habitando en el hotel. Estaban ocurriendo cosas extrañas. Había hombres en aquella comunidad capaces de cualquier cosa. Cuando Pete Rice descendió del tren en la Quebrada del Buitre, se sonrojó un poco al ayudar a hacerlo a su vez a Virginia Calvert. Todo el mundo en la Quebrada del Buitre conocía al sheriff, pero rara vez le habían visto con una mujer, y jamás con un tan bonita como aquella.

Acompañó a la muchacha por la calle principal. Virginia miraba fijamente a su gallardo compañero con una singular mirada de reojo, porque Pete ya no tenía en sus ojos aquella mirada torva, ni aquel rostro ceñudo que ella le conociera en Broken Arrow, ni era tampoco aquel muchacho indeciso y en cierto modo torpón con quien había hablado en el vestíbulo del hotel y en el tren.

Pete Rice había abandonado súbitamente toda la reserva y toda la dureza, que le parecieron características en él. Sus ojos miraban

dulcemente en vez de centellear como irritados y hasta su poderosa mandíbula parecía menos angulosa. Y todo esto, porque Pete Rice iba camino de la casa de su madre.

Abandonó la calle y se adentró en un jardincillo sembrado profusamente de flores que bordeaba una casita coquetona y modesta. Frente a ella había una galería con unos cajones conteniendo flores sobre la barandilla. Había algo que atraía en aquella casita blanca, que respiraba limpieza y acogimiento por todos sus poros. Parecía reflejar decencia y amor, de un hombre por su madre, el amor de una madre por un hijo que era el héroe de toda Arizona, pero aun el muchacho ingenuo que ella había conocido siempre.

La madre de Pete en persona fue la que abrió la puerta y madre e hijo cayeron el uno en brazos del otro.

—¡Pete! —exclamó la señora Rice—. ¡Oh, Pete! ¡Estoy... estoy tan contenta de que hayas vuelto! Ya empezaba a estar intranquila.

—Bah, no te preocupes, mamá —contestó dulcemente Pete—. Yo siempre vuelvo como una moneda falsa, ¿no te parece?

Virginia Calvert sintió como si un nudo cerrase su garganta al ver el cariño desbordado de madre e hijo y sonrió tímidamente cuando la señora Rice la miró amable, pero interrogativamente.

Pete se había quitado el sombrero y con visible torpeza y como si se asustase de una cosa tan sencilla, dijo:

—Mamá, deseo presentarte a una amiga mía... Miss Virginia Calvert, propietaria del rancho de Slash C. cerca de Broken Arrow.

—Antigua propietaria, habrá usted querido decir, sheriff —corrigió Virginia.

El más remoto pliegue de hostilidad había desaparecido de los ojos grises de la señora Rice. El título de sheriff había hecho el milagro. Ninguna muchacha habría llamado a su amante por su título profesional.

Y en el acto las mujeres se besaron una a otra.

—Me hace usted pensar en cuando yo era joven, miss Calvert —dijo la madre de Pete— —excepto— añadió —, en que yo no era... yo no era, tan de buen ver como usted.

—No debes decir eso, mamá —intervino Pete—. Sabe perfectamente bien que...

Pero se interrumpió aturrullado. Le pareció una inconveniencia

el decir que alguna mujer podía haber sido tan hermosa como su rubia huésped.

—Se me olvidó, mamá —dijo rápidamente—, escribirte ayer y decírtelo. La estancia en Broken Arrow puede ser peligrosa para miss Calvert.

Y brevemente explicó a su madre la situación en Broken Arrow.

—He creído que miss Calvert podía estar aquí con usted durante una temporada.

—Yo argüí contra ello... —empezó a decir Virginia.

—Por una larga temporada, espero —la interrumpió la señora Pete Rice—. Querida mía, quítese el sombrero y puede sentarse en la galería mientras yo preparo la cena. No tardaré más que unos pocos minutos.

—Déjeme ayudarla —suplicó Virginia—. Deme un delantal, hágame el favor, porque no quiero de ninguna manera permitir que usted cargue con todo el trabajo.

—Nunca lo hago todo —contestó la señora Rice—. Al menos cuando Pete está en casa. No vaya usted a figurarse que todo lo que hace un sheriff es montar a caballo y disparar tiros... Fíjese en mi hijo. Ya me ayudará usted más adelante, querida, peor no la primera vez que come en mi casa.

Sin turbación alguna, Pistol Pete Rice, abrió el cajón de un aparador de estilo antiguo y sacó de él un mantel blanco y lo extendió sobre la mesa del comedor. Poco después trajo una cacerola de huevos de la cocina. Afiló un cuchillo de carnicero y cortó unas lonjas de jamón. Preparó las sillas para su madre, para Virginia y para él. Sacó unos bizcochos del horno y levantó la tapa de la cafetera para ver si hervía la aromática infusión.

Virginia Calvert le miraba asombrada. ¿Podía ser aquel hombre el famoso Pistol Pete Rice, sheriff de la Quebrada del Buitre, en el distrito de Trinchera?

El almuerzo, como llamaban a la comida del mediodía fue delicioso. Pete habló de Broken Arrow, pero Virginia notó que mientras que la mayoría de los hombres que ella había conocido hasta entonces, exageraban los peligros que habían corrido, aquel hombre de aventajada estatura y ojos grises apenas si hablaba de ellos.

La muchacha insistió en ayudar a quitar los platos, y pronto Pete

cogió su enorme sombrero gris para marcharse.

—Tengo algunos asuntillos que arreglar —dijo—. Antes de que pueda verme de nuevo, es posible que haga otro corto viaje a Broken Arrow, pero espero que me verá pronto de regreso.

—Ten cuidado ahora, Pete —le advirtió su madre.

—Lo tendré, mamá —prometió Pete.

Besó a su madre y estrechó la mano a Virginia y luego abrió la puerta y salió al patio bordeado de flores. Iba a ocuparse del segundo asunto que le había traído a la Quebrada del Buitre.

En el tren de aquella noche, que le devolvía a Broken Arrow, iba con Pete un hombre de aspecto extraño. Era casi tan alto como Pete, y sin embargo, pesaría menos de unas ciento treinta libras.

Era un ingles llamando Clive Brent, un antiguo médico misionero que había pasado largos años en Cantón (China) y ahora residía en Arizona por convenir aquel clima a su salud. Hablaba el dialecto cantonés casi como un natural del país.

Por eso había ido a buscarle Pete Rice. Existía cierto misterio en torno al preso Moy Tang, y además de aclararlo, aquel chinito podía aclarar por lo menos en parte la nebulosa situación del rancho de Slash C.

Llegados a Broken Arrow, no perdió tiempo y llevó a su intérprete a la cárcel. Moy Tang había sido trasladado a una celda interior.

El coolie continuó tan impasible como siempre cuando entraron sus visitantes. No mostraba miedo alguno. Apenas si cambió la expresión de su rostro cuando Pete Rice y su amigo Clive Brent se detuvieron ante la puerta de su celda, pero un instante después su original y como apergaminado rostro se iluminó de pronto. Era que Clive Brent le estaba hablando en su dialecto cantonés.

Media hora después, Clive Brent se reunió con Pete Rice en la oficina del comisario.

—¡Lo que yo le había dicho! —exclamó—. ¡Tengo un verdadero placer en decírselo, sheriff!

Hablaba con un claro acento inglés. Se sentó en un amplio butacón y limpió sus lentes con un pañuelo de seda.

—Estaba usted en lo cierto acerca de ese Moy Tang, sheriff —dijo—. Me ha contado una historia notable. Y a despecho de todas

esas historias de las falsedades de los orientales que corren de boca en boca, estoy convencido de que, generalmente, los coolies dicen la verdad.

—¿Es inocente?

—Lo es. Desde luego, ya sé que todos dicen eso, pero este pobre coolie, en realidad es más convincente.

Clive Brent empezó a explicar como Moy Tang había estado contrabandeando en los Estados en la frontera de Méjico. No pertenecía a una clase adinerada y tenía esclavos en la parte de Méjico hasta ganar y ahorrar la cantidad necesaria.

Wan Lo, el jefe de cocina del rancho de Slash C., obraba como un patrón irascible y difícil de sufrir; que él estaba siempre reconviniéndole sus servicios. Por eso era que cada dos semanas, más o menos, eran traídos al rancho dos nuevos “asistentes”. Wan Lo se peleaba siempre con ellos, los despedía y traía dos más. Ello dio lugar a una protesta airada de los dos últimos chinos contrabandeados por la frontera.

Pete movió la cabeza comprensivo. Las explicaciones de Clive Brent coincidían con sus sospechas de que el Slash C. era una estación de contrabando de chinos, entre otras cosas.

—Yo he mantenido siempre la creencia de que fue el cocinero Wan Lo el que cometió el asesinato perpetrado en la cocina —dijo Pete.

—Exactamente si hemos de creer a este coolie encarcelado. El hombre asesinado era un chino que trabajaba para el gobierno de los Estado Unidos. Llegó con un grupo de chinos que fueron traídos a través de Tampico. Había falsificado la documentación de un “tong” que importaba extranjeros. Y por eso lo asesinó Wan Lo, en cuanto conoció su identidad.

—Sí. Este pobre coolie que tienen ustedes aquí en la cárcel es incapaz de entender una sola palabra de inglés. Los contrabandistas habían reunido ya todo el dinero que podían obtener por él y como él no pertenecía a una clase fuerte y no tenía influencia, acordaron acusar del asesinato al aturdido coolie.

Pete había comprendido y recordaba ahora la actitud y las muecas de espanto del coolie cuando le acusaban en cantonés de ser el verdadero asesino. El coolie, pensó probablemente que al dejarse conducir por aquellos hombres —que iban a llevarle a la cárcel—

era una parte del trabajo que tenía que realizar en esta tierra extrajera.

Pete se puso su amplio sombrero, dio las gracias a Brent por su valiosa intervención y se dirigió hacia la pensión de caballos. Recobró allí a Sonny, su magnífico alazán con la estrella en la frente —la “insignia de comisario”— y un poco después galopaba por la calle principal y saliendo a la carretera se dirigió a Chaparral Bend.

Había resuelto apoderarse de Wan Lo, el asesino. Rondaría en torno al Slash C. y se acercó a ésta a pie. Sabía que en aquellos momentos se jugaba la vida, pero esto no era un acosa nueva para él. Llegó sin contratiempo alguno hasta la parte posterior de la cocina, y escudriñó a través de la ventana en el interior de la cocina.

¡Wan Lo no estaba allí!

Sólo pudo distinguir a dos jóvenes chinos que iban de un lado a otro preparando la cena. Algo desilusionado, Pete regresó a donde había dejado a Sonny. Montó a caballo y emprendió a galope el regreso a la ciudad.

Habría galopado durando unos cinco minutos, cuando oyó el ruido de unos cascos de caballo que parecía venir del Sur. Un jinete se dirigía hacia el Norte por la carretera principal del Chaparral, una de las principales carreteras, que llevaba también a la frontera.

Pete decidió enterarse de quién era el que se acercaba a aquellas horas de la noche. Un grupo de rocas, a poca distancia, le proporcionan un admirable parapeto para emboscarse.

Se apeó del caballo y se sentó observando el camino a través de una hendidura que podía haberse producido por algún terremoto diez mil años antes. Aquel país de Arizona debía de haber logrado su configuración por convulsiones prehistóricas fuera del alcance de las inteligencias actuales.

Pete no tuvo que esperar mucho, e hizo un descubrimiento interesante.

CAPÍTULO XIII

FANCY WELDRON

Pete Rice reconoció a aquel hombre que montaba el flaco caballejo pardo. Era Manden Weldron, el huésped del Slash C., que debido a su manera de vestir afectada, había merecido el remoquete de “Fancy” Weldron.

Anteriormente no se había fijado gran cosa en aquel tipo afeminado. Weldron le había parecido siempre uno de los huéspedes de pago menos interesantes. No tenía ninguna de las particularidades del enclenque Elbert Vaughn, o del malhumorado Orvin Reynal.

La única cosa notable de Weldron había sido su enfermedad física que le obligaba a llevar un brazo en cabestrillo. Había alegado padecer una prolongada enfermedad en la piel, que le obligaba a llevar la mano defendida contra todo roce posible.

Los penetrantes ojos de Pete Rice taladraron materialmente al solitario jinete de parte a parte. Veía a Weldron ahora de perfil. La nariz era ganchuda y la boca cruel. Weldron, además, parecía adoptar aquella noche una actitud furtiva, mirando recelosamente a un lado y a otro.

Era indudable que Weldron estaba desempeñando alguna misión secreta y deseaba que nadie pudiera verle. ¿Por qué?

¿Qué estaría haciendo Fancy Weldron? ¿Estaría, como supuesto huésped de pago, tomando parte en las maniobras del capataz Luke McCarron?

Pero hubo algo que llamó la atención de Pete Rice de un modo particular, Weldron llevaba un libro bajo el mismo brazo que sostenía en cabestrillo.

Durante su estancia en el Slash C. bajo el disfraz de sordomudo Smiley, jamás había visto a Wendron leer un libro, ni aun siquiera

un periódico. ¿Por qué era ahora tan literario? ¿Por qué llevaría el libro en aquella selvaticuez del Chaparral Bend?

Pete esperó hasta que Weldron se perdió de vista en dirección al Slash C. Luego el sheriff montó en Sonny y le siguió a un paso medurado. Mientras cabalgaba iba mascando goma pensativo, lo que ocurría de ordinario, cuando trabajaba activamente su cerebro.

Pete Rice observaba, generalmente, los menores detalles de los hombres que andaban en torno suyo. Mientras estuvo en el Slash C como el sordomudo Smiley, no había notado nada curioso en el bazo vendado de Fancy Wendron, y esto se debía sin duda, a que delante de personas extrañas, Weldron debía estar siempre en guardia.

Pero cabalgando por el camino de la frontera, presumiblemente libre de ojos indiscretos, llevaba aquel bazo inútil en una posición especial, envarada.

Pete se dijo que sabía por qué. ¡Aquel brazo izquierdo de Weldron era un brazo artificial!

En la maraña de hechos criminales que se cometían en el Slash C. los principales casos en que Pete Rice había puesto el dedo en la llaga, eran el robo de ganado por parte de McCarron y su cuadrilla y el contrabando de chinos. Pero existían también las drogas estupefacientes. Era indudable que aquella gentuza se dedicaba también al contrabando de estas sustancias.

Era inverosímil que Weldron hubiese tomado parte en el contrabando de chinos y aun menos creíble que se dedicase a robar ganado. ¡Pero las drogas! Era el tipo característico para esa clase de negocios. Su pretensión de tener un brazo infectado, un brazo en cabestrillo podía ser un ardid admirable para la labor de contrabando. Las drogas podían ser transportadas en recipientes pequeños. ¡Un brazo vacío por dentro era un escondite admirable!

Pete desmontó y ató a Sonny cerca de media milla al otro lado del más distante de los corrales, cautelosamente se acercó a la casa. Había varios individuos en el rancho que hubieran dado buena cuenta de él, si llegaban a descubrirlo, pero la obscuridad era una buena compañera para el sheriff. Tenía además su 45 por si se presentaba algún contratiempo inesperado y podría abrirse camino fácilmente en caso necesario.

Pudo esquivar el encuentro con uno de los cowboys que pasó a

poca distancia suya y logró acercarse hasta guarecerse en un grupo de árboles, desde donde veía el interior del comedor por una de las ventanas. Probablemente Weldron querría comer algo después de un viaje tan largo a caballo desde la frontera.

Las lámparas del comedor no tardaron en encenderse y Pete pudo ver a uno de los criados chinos que preparaba la mesa y llevaba algunos manjares desde la cocina. Pocos minutos después, Fancy Weldron y Luke McCarron, el capataz tomaban asiento ante aquellas mesas.

Era una noche tranquila y las ventanas estaban abiertas de par en par, pero Pete no pudo hallar oportunidad de acercarse a alguna de ellas para escuchar la conversación de los dos compinches. Sólo puedo ver que Weldron y McCarron hablaban animadamente de algún abastecimiento importante que había salido a medida de sus deseos.

Weldron llevaba aún su brazo en cabestrillo y comía sólo con su mano derecha. Parecía muy contento, suspendiendo a veces la comida para recalcar algún punto importante de su relato. Cuando trajeron el café se puso un cigarrillo en la boca.

McCarron sacó un fósforo y lo sostuvo hasta que el otro prendió el cigarro. Ambos continuaron chaceándose y hablando.

Pete Rice sabía dónde estaba situada la habitación de Fancy Weldron. Estaba fuera de la azotea, en la parte sur del edificio. Probablemente, Weldron estaría cansado de su viaje y se retiraría temprano. Eso era lo que Pete se figuraba. Podía por la azotea, entrar en la habitación de Weldron.

Quería coger a Weldron durmiendo y hacer algunas investigaciones. Sentía el sheriff una gran curiosidad por saber qué libro era aquel que todavía llevaba Weldron consigo. Estaba sobre la mesa a una distancia de un pie poco más o menos delante de él y sus ojos se posaban en él de cuando en cuando.

Pero algo vino a decirle a Pete, que el pensamiento de Weldron no era el de irse a la cama. Cuando terminó la cena, el petimetre salió fuera de la casa y empezó a pasearse fumando de arriba abajo. Pete hervía de impaciencia. ¿No querría aquel condenado acabar de irse a la cama?

Había dos árboles en un trozo de terreno sumido en la obscuridad al otro lado, a la izquierda de la casa del rancho. Entre

los dos árboles se balanceaba una hamaca.

Weldron echó a andar en aquella dirección. Durante un minuto o dos se mantuvo en pie junto a la hamaca. Luego se sentó sobre ella a través, sacó un objeto del bolsillo, encendió una cerilla y miró a aquel objeto que había puesto sobre sus rodillas. Era el libro que llevaba de manera tan misteriosa.

Por un segundo se le ocurrió a Pete acercarse, lanzarse sobre él y apoderarse de aquel libro, pero abandonó esta idea descabellada inmediatamente. Esto habría sido temerario e impracticable a menos de que él hubiese querido al mismo tiempo promover un alboroto y verse obligado a matar a aquel hombre.

Pete esperó con creciente exasperación a que Fancy Weldron regresase a la casa, y era precisamente lo que Weldron no parecía tener intención de hacer. Metió las piernas dentro de la hamaca, se tendió boca arriba y continuó fumando tranquilamente.

El sheriff se acercó un poco más. Deseaba saber qué ocurriría cuando se acabase el cigarrillo. ¿Encendería otro Weldron con la colilla de aquél? ¿Estaría allí fumando cigarrillo tras cigarrillo a la luz de la luna horas y más horas?

Y fue lo inesperado lo que sucedió, lo inesperado, que tantas veces surgía ante los ojos de Pete. Weldron no continuó fumando. En vez de esto, se acomodó mejor y unos segundos después Pete pudo oír que roncaba débilmente.

Pete esperó hasta tener la seguridad absoluta de que aquel hombre estaba completamente dormido. Luego avanzó lentamente hasta hallarse agachado en el suelo junto a la hamaca.

Sus ojos acostumbrados a ver en la semiobscuridad con la visión penetrante de un puma, examinaron detenidamente el cuerpo de Weldron. Estaba echado de espaldas, con la boca abierta y tenía el famoso libro sobre el pecho.

Cautelosamente, Pete se acercó un poco más y se apoderó del libro. Sus movimientos eran tan sutiles que ni aún un hombre de sueño ligero hubiese notado que le cogían aquel objeto. Aquello era lo que buscaba y se dispuso a retirarse con su botín.

Pero un segundo pensamiento —un pensamiento que le sugirió después su cerebro— le hizo detenerse un momento. Clavó la vista en la mano izquierda de Weldron. ¿Era artificial aquel brazo como había sospechado? ¿Estaría vacío? ¿Habría sido usado como

escondite de las drogas malditas?

Pete sacó lentamente el cuchillo de su cinto. Colocó la punta sobre la mano extendida de Fancy y luego, con un movimiento breve y calculado, presionó hacia abajo. Si la mano era de carne y hueso, el durmiente se despertaría con toda seguridad. No tardó en comprobar que no era de carne y hueso. ¡Había acertado!

Weldron no se movió y continuó roncando en su hamaca. La mano no era de carne. ¡Era una mano de madera!

Todo resultaba ahora perfectamente claro para Pete. Weldron se había mandado construir una mano artificial muy útil para el negocio da que se dedicaba. El brazo, con toda seguridad, estaría hueco por dentro y le servía de escondite para las drogas estupefaciente, pero era mejor en beneficio de los interesados en el negocio, que nadie supiese que era artificial. Por eso Weldron lo llevaba vendado. Por eso es por lo que lo llevaba en cabestrillo asegurando que padecía una enfermedad en la piel.

No sólo era un mecanismo ingenioso, sino que los empleados de la aduana temería examinar un miembro que estaba atado de una enfermedad que podía ser contagiosa.

Era lo más probable que en aquellos momentos estuviese aún llena la mano de drogas prohibidas, puesto que Weldron acababa de llegar de la frontera. Si era así, a Pete le dolía dejarle que las conservara.

Sin embargo, tenía el libro en su poder y también podía ser un escondite de “nieve” o píldoras de opio.

Luego de arrastrarse hasta estar detrás de nos árboles a que estaba atada la hamaca, Pete examinó el libro, todo lo que permitía la obscuridad. No era un libro fingido, como supusiera en un principio, sino un verdadero libro, un libro corriente, con páginas cosidas e impresas. Al parecer se había equivocado en esto.

Pero en el momento de ir a meterse el libro en el bolsillo, Pete notó que la encuadernación en el lomo estaba floja. El cuerpo del libro se separaba del lomo de cuero. Algo sonó en el hueco creado de este modo.

Pete metió en la cavidad uno de sus dedos y el pulgar sacó un tubo de vidrio largo y delgado. El sheriff se sintió muy satisfecho de su hallazgo y supuso que aquel tubo debía contener alguna droga.

Destapó el tubo y olió su contenido. A su nariz llegó un olor

potente, que le pareció por sus efectos, ser semejante al cloroformo, aunque de menos intensidad que éste. Pete experimentó una especie de náuseas y le pareció que iba a perder el sentido.

Involuntariamente lanzó un quejido y extendió una mano para sostenerse.

Se sintió aturdido, casi a punto de morir. El libro cayó de sus manos al suelo. Pete oyó a Weldron moverse en la hamaca. Vió confusamente el petimetre ponerse en pie y disparar un tiro pidiendo auxilio.

Un grito potente vino a modo de contestación desde la casa del rancho y unos hombres empezaron a correr hacia el lugar donde se hallaba Weldron. Por encima de todos se oyó la voz de Luke McCarron.

Pete estaba tambaleándose... No obstante, su pensamiento conservaba una especie de claridad y se dijo que si le cogían, el asunto estaba perdido y su vida con él.

CAPÍTULO XIV

LA AMENAZA DE WELDRON

Weldron corrió hacia la casa del rancho dando gritos de alarma.

Pete, a su vez, echó a correr hacia la parte sur del corral, pero sus pies parecían de plomo. Se tambaleaba, parecía flotar sobre el suelo. Oyó tiros hacia el corral y los empleados del rancho corrían en aquella dirección.

Pete se detuvo y volvió hacia atrás. Sólo tenía un modo de escapar. Era encaramarse a uno de los árboles a que estaba atada la hamaca. Era alto y frondoso y podía proporcionarle un escondite al menos temporalmente.

Se enderezó penosamente, logró agarrarse a una rama baja y se encaramó sobre ella. No podía decir si había llevado a cabo aquella operación lo bastante silenciosamente para ocultar sus movimientos. Con su poderosa mandíbula contraída, pasó de la rama baja a otra más alta y procurando ocultarse consiguió llegar a la copa del árbol. Sentía un horrible aturdimiento y unas náuseas insoportables.

El terreno que se extendía bajo los árboles estaba lleno de hombres que gritaban y corrían en todas direcciones, llevando varias linternas con las que buscaban en la obscuridad.

—¡Siguió ese camino! —gritaba Weldron—. Buscad alrededor del corral del sur. ¡Era Pete Rice!

—¡Buscad con todo cuidado, muchachos! —dijo la voz de Luke McCarron—. ¡No desperdiciéis la ocasión y disparad sobre él en cuanto veáis a ese Pete Rice!

Fueron alejándose los pasos y los ruidos se amortiguaron hasta casi extinguirse en dirección al corral del sur. Con la cabeza zumbando, continuó Pete en la copa del árbol. Si hubiera podido descender ahora le era fácil desaparecer en la obscuridad, pero era

precisamente lo que no podía hacer. Pasaron lo menos cinco minutos o más antes de que fuera dueño de sus sentidos.

El veneno que había aspirado debía ser poderosísimo, pero sus efectos iban disipándose gradualmente, hasta que el corazón empezó a latir a su ritmo normal.

Se oían algo más fuertes los ruidos procedentes del corral del sur y era indudable que más o menos tarde aquellos hombres volverían para registrar los árboles. Si lo encontraban allí, podía darse por muerto.

El sheriff se dejó deslizar a tierra cautelosamente. Dio la vuelta a la casa del rancho, apartándose cuanto podía de la claridad que proyectaban las ventanas abiertas y luego trazó un amplio círculo por detrás del granero y se hundió entre la alfalfa que bordeaba aquél.

Permaneció allí un momento y luego empezó a arrastrarse sobre el césped en dirección al sitio en donde había dejado atado a Sonny, su veloz alazán. Si conseguía llegar hasta Sonny, tenía grandes probabilidades de escapar. Si alguna otra persona encontraba antes a Sonny, sus probabilidades de huir serían escasas.

Podía oír perfectamente los ruidos que producían sus enemigos persiguiéndole, por lo que ya puesto en pie siguió avanzando. Empezaban a alejarse los ruidos cuando oyó la voz de McCarron que decía:

—¡Mirad en eso árboles que hay sobre la hamaca! ¡Podría haberse encaramado allí!

Los empleados del rancho empezaban a retirarse hacia la casa. Sin embargo, Pete temía chocar con algún extraño cuando menos lo pensara. Tal encuentro no tendría mucha importancia si se trataba de un hombre solo, puesto que todavía conservaba sus revólveres. Cuando se acercaba a la linde el último corral, llegó a sus oídos el relincho familiar que hizo latir su corazón alborozadamente, Sonny estaba a salvo.

Pete corrió hacia él y casi se dio de bruces con la figura de un hombre que surgió súbitamente en la obscuridad.

Pete empuñó sus revólveres.

—¡Arriba las manos! —ordenó el sheriff—. ¡Si intenta sacar un revólver le corto el resuello!

El hombre alzó sus manos y se oyó una risa cínica.

—Bueno, me ha vencido usted por casualidad, Rice. Estaba buscando su caballo. Supongo que está por aquí. Si hubiese llegado un minuto antes estaba usted listo.

Aquella era la voz de Fancy Weldron. Pete le registró rápidamente y le encontró un pequeño revólver que se guardó en el bolsillo.

—Es usted el que está listo, Weldron —contestó—. Tengo más que sospechas, evidencias contra usted. En ese brazo hueco debe usted llevar, sino drogas estupefacientes, huellas de ellas. Va usted a hacer un viajecito conmigo hasta la cárcel de Broken Arrow.

Weldron intentó echar a correr y, sin embargo, Pete no disparó, pues no quería matar a aquel hombre. En vez de ello, se lanzó sobre Weldron como un tigre y lo derribó de un soberbio puñetazo detrás de la oreja.

Tardó un segundo en izar a Weldron hasta la grupa de Sonny y lo sujetó a la silla con su lazo, Pete saltó a su vez sobre el alazán y puso a éste en movimiento.

Pero era difícil cabalgar en aquellas condiciones. Pete se había visto obligado a realizar una tarea apresurada para atar a Weldron. El petimetre cargaba el peso de su cuerpo hacia delante y después de una milla de camino en unas condiciones pésimas, Pete se vió obligado a desmontar y a seguir andando, llevando el caballo de la brida. Había andado una distancia regular cuando volvió a oír la voz de Weldron.

—¿Va usted a entregarme a las autoridades del Estado, Rice?

—Pasa usted a las Federales —contestó Pete—. La acusación será de contrabandista de drogas. Le he cogido con las manos en la masa, Weldron.

Fancy Weldron hizo un brusco movimiento y empezó a patear y agitarse como un poseso, intentando librarse de sus ataduras. Se había apoderado de él una rabia loca y lanzaba horribles blasfemias al convencerse de su impotencia.

Pete le dejó forcejear. Llevó a Sonny a través de una extensión de terreno despejado y cruzó la carretera que llevaba a Broken Arrow. No quería seguir en la carretera directamente hasta la ciudad, sino cortar a través de un terreno cubierto de césped. Podía caer en manos de alguno de los bandidos que le buscaban.

El cielo estaba cubierto, viéndose pocas estrellas. Había una

débil neblina. Weldron había acabado por estarse quieto, aparentemente al menos, pro precisamente en el momento en que Pete viraba hacia la carretera de Broken Arrow...

¡Crack!

Algo se estrelló contra su cabeza. Le zumbaron los oídos y unas chispas luminosas centellearon ante sus pupilas. Le flaquearon las rodillas y cayó pesadamente en tierra, haciendo esfuerzos desesperados para no perder el conocimiento.

Fue Sonny, el comisario de cuatro patas, quien demostró entonces su inteligencia. El animal saltó sobre el cuerpo de su amo semiinconsciente. El alazán empezó a hacer corbetas y a dar vueltas en torno de Pete, como si tratara de defenderle.

Pete alzó su dolorida cabeza para ver si Weldron se había caído de la silla.

Vió entonces, que en parte, Weldron había conseguido libertarse de sus ataduras. Como podía haberlo hecho, era un misterio para Pete, pero no era aquella la ocasión de entretenerse en descifrar la incógnita. Lo más urgente era no dejar escapar a Weldron, que empezaba a ponerse en pie.

Pete consiguió ponerse en pie y cargó contra el contrabandista de drogas. Éste estaba aún algo entorpecido por las cuerdas, pero tenía libre su mano derecha. Los dedos de ésta se hallaban asidos a una porra de forma extraña que descendió trazando un arco amenazador.

Pete esquivó el golpe y a su vez proyectó su puño derecho con una fuerza terrorífica, yendo a estrellarse contra al barbilla de Weldron, que impotente para resistir aquel mazazo, cayó otra vez como una pelota.

Esta vez Pete ató más cuidadosamente al prisionero a la grupa de su caballo. Un breve examen le reveló lo que había ocurrido. El contrabandista de drogas había sido bien atado la primera vez, pero en su brazo de madera tenía un tornillo que sujetaba en la base fija al muñón vivo.

Weldron, conforme cabalgaba debía haber ideado comprimir la mano mecánica contra la silla. Contorsionando su cuerpo consiguió destornillar todo el brazo mecánico. Cuando consiguió separarlo del muñón, la cuerda atada en torno suyo había caído fuera de su sitio. Trabajó entonces con su mano derecha libre, apoderándose del bazo

mecánico y empleándolo como una porra. Únicamente el tratarse de un brazo vacío había salvado a Pete de una tragedia. Una porra maciza le hubiese fracturado el cráneo.

Pete siguió su ruta hacia Broken Arrow con su prisionero. No dejaba de observar atentamente a Weldron y aun le habló en cuanto vio que había recobrado el conocimiento.

—Fue un buen golpe el que me asestó usted, Weldron —le dijo—. Pero le advierto que será el último.

—Así lo creo, Rice —contestó Weldron fríamente.

Una vez en Broken Arrow, Pete llevó a su prisionero a la cárcel. Había pensado en cerrarlo en una celda y redactar el informe y cargos contra él a la mañana siguiente. La presencia de un visitante inesperado cambió inmediatamente los planes del sheriff del distrito de Trinchera y abrió nuevos e insospechados horizontes sobre la verdadera personalidad del prisionero.

Hicks “Miserias” y Teeny Butler habían estado en la cárcel protegiendo a Moy Tang contra cualquier posible atentado.

—Aquí está un jefe de los Estados Unidos que ha venido a Phoenix, Pete —dijo Hicks a su patrón—. Se llama Blake y dijo que deseaba verte. Debe estar en el Hotel.

Pete envió a su comisario a buscar al policía y mientras tanto llevó a su prisionero a una celda. Estaba cerrando ésta cuando entró en la cárcel Blake, quien reconoció en el acto a Pete.

—Usted es Pistol Pete Rice, según creo —dijo tendiéndole la mano—. Oí decir que estaba usted en esta sección. Yo ando detrás de un falsificador, que supongo está escondido por aquí cerca y..

Los ojos el jefe de policía se habían fijado casualmente en la celda y vio a través de los barrotes la silueta de Fancy Weldron.

—¡Dios! ¿Dónde ha pescado usted a ese punto? —exclamó excitadísimo.

Pete le contó la historia de Weldron y explicó sus sospechas de que su brazo artificial lo empleaba para pasar drogas de contrabando.

—¡Pero el contrabando de drogas es poca cosa para ese coyote, que ha batido el record de todos los crímenes! —dijo Blake—. ¡Porque ése es Dan Henderson, reclamado por el Estado de Oregón por haber robado la oficina de correos de los Estados Unidos hace dos años!

Miró ahora con más detenimiento a Weldron.

—¡No hay duda de que es él! —añadió—. He visto su retrato cientos de veces, y no puede haber más que uno con un brazo de madera como el suyo. Era el jefe de una cuadrilla que mató a tres hombres en ese trabajo.

Pete estaba estupefacto. El hombre que hasta entonces conocía como Fancy Weldron, se presentaba ante sus ojos como un criminal célebre después de las declaraciones de Blake. Este último atrajo a Pete a distancia de la celda donde no pudieran ser oídos desde aquélla.

—Acaba usted de cooperar sin saberlo a mi labor —dijo al sheriff—. Ese Henderson debe ser entregado a las autoridades federales de Phoneix. Yo mismo lo llevaré, pero no puedo abandonar la pista que sigo de los falsificadores.

—Pero, aquí hay un comisario local —contestó Pete—, y tal vez uno de mis comisarios...

—No lo haría, sheriff. Este criminal es muy peligroso. Es maestro en fugas y en último caso muy capaz de suicidarse si ve que no puede escapar. No debemos permitir que eso suceda y usted es el único hombre en quien tengo confianza.

Pete sabía que la amenaza de suicidio no estaba vacía de sentido por parte del prisionero. Ahora comprendió lo que significaba el tubo de vidrio escondido en el libro de Weldron. Contenía un veneno activísimo con el que aquel hombre había pensado matarse si llegaba para él alguna ocasión desesperada. Pete sólo había aspirado un momento los vapores de aquel líquido y sabía por experiencia cuál era su fuerza destructora.

—Perfectamente, jefe —decidió—. Partiré con él mañana por la mañana. Creo que puedo abandonar mis asuntos aquí por un breve plazo.

Cuando iba sentado y esposado en el departamento del tren que les llevaba a Phoenix, el prisionero miraba fijamente a Pete Rice y charlaba con voz enronquecida. Algo parecía divertirlo o por lo menos lo aparentaba.

Pete apenas si prestaba atención a sus chocarrerías y a sus risas estrepitosas, y finalmente, Henderson, alias Weldron, se explicó espontáneamente:

—¿Sabe usted de que me estoy riendo, Rice?

—Ni lo sé... ni me importa. Puede usted seguir riéndose con cualquier lado de su boca, me es igual.

Weldron soltó una carcajada.

—Usted es un gran hombre, ¿verdad? Usted es Pistol Pete Rice, que siempre hace prevalecer la ley.

“Me cogió donde usted quiso. Estoy seguro de ello. Es como si estuviera muerto. Pero yo moriré después que usted... y yo lo sé perfectamente. Me estoy riendo de lo que va a sucederle a usted.

—Son ya varios bandidos los que se han reído por lo mismo que usted se ríe ahora —observó Pete.

—Sí, pero no por la misma razón que yo —dijo misteriosamente el prisionero—. Y yo no soy uno de esos bandidos que le han amenazado a usted.

Y se quedó mirando a Pete con sus labios delgados fruncidos y un pestañeo especial en la mirada.

—Usted se figura que estoy mintiendo... engañando —continuó el prisionero—. No tardará en convencerse de lo contrario. ¿Actuando de ama de cría para llevarme a Phoneix, eh? Es ridículo. ¡Está usted arruinado, Pete Rice! Estará de acuerdo conmigo dentro de algunas horas.

—Tenga cuidado con su mandíbula —gruñó Pete—, porque yo sé cuidarme de mí mismo.

Pero a pesar de esta afirmación lo cierto era que no podía por menos de sentirse algo inquieto. Las bravatas de aquel criminal parecían sinceras, no meras bravatas en sí. Dada la labor que estaba realizando en el Slash C. no era de extrañar que sus antiguos compañeros intentasen algún golpe de mano para salvarle o al menos para vengar su muerte.

Pete continuó pensando en ello hasta que llegó a Phoenix y dejó a su prisionero en manos de las autoridades federales y siguió pensando en lo mismo una vez en el tren para regresar a Broken Arrow.

Al llegar a Ellsworth Junction, a treinta millas al Norte de Broken Arrow, alejó de su imaginación el recuerdo de Weldron y de su deleite en los males ajenos, porque un empleado de la estación llegó al tren portador de un telegrama.

—¡Pete Rice! —gritó—. ¡El sheriff Pete Rice!

Pete tomó el telegrama, lo abrió y leyó:

“Deje el tren en Ellsworth Junction y monte a caballo. Stop. — Galope rápido hacia cabañas detrás Grizzly Butte. Stop.— Gran descubrimiento. Stop. —Puede lograr terminar el caso.

“Miserias””

Pete empezó a mascar su goma con fuerza y quedó un momento pensativo. ¿Sería aquel telegrama algún cebo? El tren estaba a punto de reanudar la marcha. Pete decidió seguir las instrucciones del telegrama. Si se trataba de alguna especie de trampa, sería cauto.

Saltó del tren, se procuró un caballo y empezó a galopar hacia el camino de Grizzly Butte, al Sudoeste de la línea del ferrocarril. El sol empezaba a ocultarse detrás de los picachos de las montañas. La noche vendría antes de que Pete pudiese llegar a su destino.

De haber podido presenciar una escena que se desarrolló aquella mañana temprano a unas treinta millas hacia el Sur, habría podido comprender el por qué de aquella risa sarcástica de Fancy Weldron.

CAPÍTULO XV

PREPARANDO LA ENCERRONA

Pete Rice habría visto muchas cosas. Porque aquella noche — una noche muy oscura— un tren descendía con un ruido sordo una colina sembrada de rocas a pocas millas debajo de la línea del ferrocarril Internacional de Bounudary. Resoplaban los caballos cuando tropezaban y resbalaban cuesta abajo la traidora pendiente. Los groseros y mal hablados tronquistas empleaban sus látigos con crueldad.

Flanqueando ambos lados del tren podía verse a varios jinetes de rostros patibularios, con las manos descansando en las culatas de sus 45. Guardaban todos un silencio huraño, excepto los dos hombres encaramados en el primero de los vagones.

—Desde luego, que si algo fuese mal..

—¡Nada irá mal! —interrumpió resueltamente su compañero—. Nada irá mal siguiendo mis planes. Atravesaremos las quebradas sin ser vistos, o bien, en caso de que seamos perseguidos, meteremos a Pete Rice y a sus dos comisarios en una trampa de la que será imposible que se escapen.

—Pero la reputación de Pete Rice...

—¿Y qué tenemos con eso? —interrumpió de nuevo la misma voz resuelta de antes—. ¿No se ha visto fracasar hasta ahora a todos los agentes de la autoridad? El comisario May está ahora en la penitenciaria del Estado por robar la caja del distrito, ¿no es eso? No podía ser tan famoso como Pete Rice, pero tenía la misma reputación de honradez.

—¿Pero suponiendo que no seamos perseguidos?...

—Aun si así fuera, atravesaremos las quebradas y sacaremos de ello buen provecho. Podremos madurar nuestros planes para atrapar a Pete Rice la próxima vez, o la otra.

—Si nos persiguen hay que acabar con todos los miembros de la Patrulla de la Frontera. Los muertos no pueden ir con cuentos, pero si no conseguimos segarlos a todos y alguno de ellos escapa herido... mejor, no creo que les haga mucha gracia a Pete Rice y sus comisarios cuando esos hombres hablen.

Guardaron silencio unos instantes. Los vagones del tren chirriaban escandalosamente. Hacia delante del convoy se extendía la frontera y al otro lado estaba el Estado de Arizona. Era un paraje solitario y devastado, en el que sólo sobresalían masas rocosas en las que crecía la artemisa y el mezquite. Rugía el viento fúnebremente sobre el terreno desierto.

—¿Está usted seguro de que los componentes de la Patrulla de la Frontera conocen la voz de Rice? —preguntó el primero de los hombres.

—Desde luego. Rice es conocidísimo en todo el Estado de Arizona. Es un hombre completo. Nada tengo que decir contra él personalmente, pero ya me ha costado mucho dinero. Es este un negocio demasiado importante para mí. Si alguien, Pete Rice o cualquier otra persona, intenta atravesarse en mi camino, peor para él. Yo tengo un cerebro y el cerebro se nos ha dado para que nos sirvamos de él.

Seguía el tren vía adelante. Cruzaron la frontera. El hombre que acababa de brabuconear de la manera referida, saltó del primer vagón y se ocultó bajo el encerado de uno de posteriores.

—¡Alto!

Esta orden cortante, partió de la obscuridad como un tiro. El conductor del vagón que iba en cabeza detuvo el coche y los conductores de los restantes vagones le imitaron.

Varios individuos de la Patrulla de la Frontera se acercaron a caballo a los vagones, para cumplir con su deber de cerciorarse de que no se trataba de introducir algún contrabando en los Estados Unidos. Los fieles componentes de la Patrulla de la Frontera, exponían sus vidas todas las noches. El heroísmo era en ellos como una segunda naturaleza. Eran todos hombres duros, que mantenían la frontera infranqueable.

—¿Qué llevan ustedes en esos vagones? —preguntó autoritariamente uno de los vigilantes montados.

El conductor del primer vagón se inclinó hacia delante y sondeó

con la vista la obscuridad.

—¿Quiénes son ustedes —preguntó—, y qué desean?

—Soy el cabo Santee, de la Compañía M. De la Patrulla de la Frontera —fue la seca contestación.

El conductor del vagón se echó a reír.

—Perdone, es lo último que podía ocurrírseme —dijo afablemente—. Me alegro de conocerle, cabo Santee. Crea que estoy muy contento de ello. Yo soy Frank Harron. ¿No ha oído hablar de mí?

—No —contestó el cabo con frialdad.

—Pues es extraño, porque la mayoría de las gentes de por aquí me conocen. Me dedico al negocio de ganados. Calculo que mi tren se ha metido por un camino de ladrones o montoneros.

Uno de los componentes de la Patrulla de la Frontera había encendido una linterna. A su resplandor pudo verse que Aarón era un hombre corpulento, con unas cejas muy espesas y una mandíbula poderosa. Llevaba un sombrero Stetson de amplias alas y copa baja. Su traje de pana ajustado a sus formas musculares, indicaba bien a las claras que se trataba de un ganadero adinerado.

—Le he preguntado a usted qué llevaba en esos vagones —repitió el cabo Santee.

—Carne de buey... carne de buey en adobo —contestó Aarón—. Sabrá usted que yo tengo intereses en todo Sonora. Tengo unos cuantos ranchos en la Sierra Madre. Tengo un matadero en Magdalena. Adobo mi carne al Sur de la frontera y luego la traigo a través de ella.

—Pero eso me parece algo irregular —observó el cabo.

Aarón volvió a reírse.

—Se lo parecerá, pero no voy a perder el dinero dejando que otros hagan lo que puedo hacer yo. Es más barato el trabajo en Méjico. Mis peones trabajan para obtener frijoles, marijuana y tequila.

—De todos modos voy a echar una ojeada a esos vagones —contestó el cabo.

—Mire lo que quiera —dijo Aarón afablemente—. Convénzase por sí mismo que todo está normal.

El cabo Santee murmuró algo entre dientes y se volvió hacia los dos hombres:

—Saltad a esos vagones y mirad lo que hay dentro. ¡Y vosotros, ayudadles!

Los dos soldados de la frontera saltaron a dos vagones y exploraron su contenido.

—Cargados de buey adobado, cabo —dijo uno de ellos al cabo de un rato.

—Aquí también, cabo —dijo el otro.

—¿Lo ve usted? ¿Está satisfecho? —preguntó jovialmente Aarón—. ¿Quiere usted echar un trago? ¡Es un vino que está pidiendo beberlo!

—Gracias, no bebo —contestó secamente Santee—. Y no estoy completamente satisfecho. Esto no me parece natural. Está usted empleando mejicanos para que el trabajo le resulte más barato, pero los conductores de sus vagones me parecen americanos y dos o tres vaqueros podían haber transportado toda esta carne perfectamente.

—Verá usted, cabo —empezó a decir Harron—. Esto es como...

—¡No me importa! —le interrumpió Santee—. ¡Muchachos! —añadió dirigiéndose a dos de sus hombres—. Dad una mano a Tilden en ese segundo vagón. Sacad un par de esas reses muertas hasta llegar a la capa interior.

Harron protestó, pero sus protestas no impidieron el que los agentes obedecieran las órdenes recibidas. El cabo Santee desmontó a su vez y se encaramó al segundo vagón y ayudó a sus hombres a remover una de las reses de la capa superior, y empezó a mirar en una de las reses que había debajo.

—¡Traed aquí la linterna! —gritó a sus hombres.

Los rayos iluminaron la parte superior de una de las reses. Santee la hurgó por la parte del vientre. El interior del buey estaba relleno con algo envuelto en un poncho de goma. Y aquel algo no sólo se movía, sino que dejó oír unos agudos chillidos en una extraña jerigonza.

—¡Chinos! —gritó Tilden—. ¡En la mayoría de estos bueyes llevan chinos escondidos!

Tilden saltó a tierra y lo mismo hizo el cabo Santee. Todos los hombres de la Patrulla de la Frontera tenían sus armas en la mano.

—¡Están ustedes todos arrestados! —gritó el cabo Santee—. ¡Es inútil que traten de hacer ninguna resistencia! Somos empujados federales y los Estados Unidos apoyan la conducta de sus hombres.

Su revólver encañonó a Harron al notar que éste hacía un movimiento sospechoso.

—¡No gaste bromas ahora! Tiene usted para unos cuantos años por esta faena en la Penitenciaría Federal, pero si intenta usted alguna resistencia y tiene la desgracia de matar a alguno de nosotros, será condenado a la horca por asesino. Tenga un poco de sentido común.

Súbitamente se oyó el ruido de cascos de caballo en la parte posterior del convoy y varios jinetes aparecieron como surgiendo de la obscuridad. Eran los bandidos que iban custodiando el tren.

¡Ba-ram! ¡Bang! ¡Bang!

Una llamarada de fuego brotó de los revólveres de los acompañantes del convoy. Santee y la mayoría de sus hombres contestaron disparando a su vez. Creyeron que iban a morir, pues desde luego eran notoriamente inferiores en número pero su único pensamiento fue hacer el mayor estrago posible antes de caer.

Una granizada de plomo tumbó a Tilden antes de que pudiesen apretar un gatillo de su rifle. Poco después una bala alcanzándole de pleno dio en tierra con el cabo Santee. Era una verdadera lluvia de plomo la que caía sobre ellos.

Antes de morir, sin embargo, y mientras la muerte no llegó a enseñorearse de sus órganos vitales, Santee aun tuvo tiempo de dar cuenta de dos de aquellos granujas.

Sus restantes hombres peleaban duramente, sometiendo a los bandidos a un fuego cruzado despiadado. La linterna se había hecho añicos de un balazo y los soldados de la Patrulla no podían ver a sus enemigos bien, pero sus balas no dejaban de hacer blanco.

Los chinos lanzaban chillidos de terror, mezclados con algunos aullidos de dolor, pues varios de ellos resultaron heridos en el tiroteo. Los pobres estaban aprisionados en las reses, imposibilitados de huir. Los componentes de la patrulla, comprendiendo que aquellos infelices eran inocentes, trataban de desviar sus tiros de los vagones y así lo hicieron hasta que los bandidos buscaron protección contra sus balas dentro del tren.

—¡Cortarles la retirada! —gritó una voz que venía de la oscuridad—. ¡Es muy fácil! ¡Si no acabáis con ellos, jamás podremos nosotros volver a la Quebrada del Buitre! ¡Rellenad esas mollejas de plomo! ¡No dejéis a uno vivo para que pueda contarlo!

Dos soldados de la Patrulla de la Frontera se habían retirado al abrigo de unas peñas y uno de ellos disparaba con su rifle automático contra los vagones.

—¡Caramba! —dijo uno de ellos a su compañero—. ¡Yo conozco esa voz! ¡Y sin embargo, es imposible!

—¡Por todos los diablos! —gritó otra voz en la obscuridad—. ¡El empresario de pompas fúnebres se va a enternecer cuando meta a esos federales en una caja de pino! ¡Claro que los rellenaremos con plomo!

Las balas seguían saliendo de los vagones y otro de los soldados de la patrulla cayó hacia delante con el corazón atravesado de un balazo.

—¡Hay algunos escondidos! —gritó una tercera voz en las tinieblas—. ¡Vamos a buscarlos, “Miserias”! ¡Ya has oído que nos han dicho que no dejemos a ninguno con vida! ¡Yo mataré uno!

—¡Yo ya he escogido mi blanco, Teeny! —se oyó contestar.

E inmediatamente se oyeron dos detonaciones. Ya no contestó a los disparos ningún soldado. Una figura tenebrosa salió de debajo del encerado del vagón posterior del convoy y se sentó en el borde del coche.

—¡Adelante! —le gritó alborozadamente a Harron.

Los latigos silbaron sobre los caballos. El vagón que iba en cabeza empezó a andar y los demás le siguieron.

El hombre que estaba junto a Harron, soltó una carcajada.

—¡Bien trabajado! ¿Verdad? —preguntó.

—¡Admirable! —admitió Harron—. Si todos los hombres de la Patrulla han muerto y... —Si han muerto todos, cobraremos mil dólares por cabeza de esos amarillo... menos por unos cuantos que han muerto. Si alguno de esos soldados ha logrado escapar... ¿creo que ha oído usted esas voces?

—Parecían exactamente las de Pete Rice y sus dos comisarios —dijo Harron entusiasmado—. Creo que hemos ganado la partida.

Y azotó con furia a sus caballos con el cuero de su látigo.

CAPÍTULO XVI

ENFRENTA DE LA LEY

Emmett, uno de los soldados de la Patrulla de la Frontera había recibido un balazo que le atravesó el brazo derecho y sangraba en abundancia por otra herida en el cuello. Estaba completamente inútil para seguir peleando, pero aun le quedaba la suficiente energía para intentar llevar a uno de sus compañeros más seriamente herido hasta donde se hallaban los caballos de la patrulla que se habían apartado de la lucha.

Aquel que resultara herido de más gravedad, gruñía con voz sorda.

—Procura no gritar, compañero —le dijo Emmett—. Si podemos escapar, yo te prometo que hemos de coger pronto a esos coyotes en la trampa. ¡Por los cuernos del diablo! ¡Pistol Pete Rice! ¡Si me parece imposible!

—Tumbame en el suelo —dijo el otro—. Déjame descansar un momento.

Emmett lo dejó suavemente sobre el césped.

—¡Pues es posible! —murmuró el herido haciendo un visible esfuerzo—. Y no sólo Pete Rice, sino sus dos comisarios. Yo oí... sus... voces... lo mismo que... he oído la tuya... hace un momento...

Hablaba trabajosamente.

—Seguramente.. estaban comprometidos... en el baile... o algo... por el estilo..

—¡Pues van a bailar en la horca! —dijo Emmett con fiereza—. Usted ha oído sus voces. Usted conoce a esos granujas igual que yo. No puede haber duda acerca de ello, por muy imposible que parezca. Los representantes de la ley se han pasado a los bandidos. ¿Usted puede jurar que eran sus voces, no es eso, compañero?

La pregunta quedó sin contestación. Emmett miró hacia abajo y

pudo convencerse de que estaba hablando con un hombre que no lo escuchaba, pero el herido aún respiraba y Emmett logró incorporarlo con alguna dificultad se lo echó al hombro. Trabajosamente avanzó unos cuantos pasos en la oscuridad.

Poco después tropezó con hombre tendido en el suelo. Se oyó un quejido. Emmett dejó en tierra cuidadosamente su carga y encendió un fósforo. El hombre con quien había tropezado era un soldado llamado Randolph, que estaba destrozado, con las dos piernas atravesadas por las balas.

—¿Puedes arrastrarte, compañero? —le preguntó Emmett.

Randolph refrenó su dolor y contestó casi con dureza:

—¡Puedo! Quiero llegar al cuartel general, aunque me muriera después. ¡Quiero vivir lo bastante para ver a esos granujas de la Quebrada del Buitre danzando al extremo de una cuerda de cáñamo!

—Luego, ¿tú les oíste también? —preguntó prestamente Emmett—. ¿Reconociste sus voces?

—¡Puedes estar seguro! Eran Pete Rice y sus dos comisarios. He oído sus voces otras veces. ¿No te acuerdas? Estaban en el cuartel de Hondo anteayer. Yo creía que eran personas decentes. ¡Bandidos, coyotes!

—He visto suceder cosas muy extrañas, pero esta es la más repugnante que recuerdo —dijo Emmett.

La cerilla estaba a punto de consumirse y encendió otra. Alzó la luz y examinó la cara del hombre a quien llevara al hombro durante una parte del trayecto. Luego dejó caer la cerilla y le tocó en el lado izquierdo del pecho.

Había estado llevando un cadáver. Había sido una noche terrible para los hombres de la Patrulla de la Frontera.

Una claridad incierta empezaba a notarse hacia el Este.

—Está amaneciendo —dijo Emmett—. Cuando la claridad sea más intensa, podré ver si encuentro un caballo. Podremos llegar los dos hasta el cuartel, y Pete Rice y sus comisarios acabarán en la horca. ¡Ahora deben estar muy confiados en los vagones con los contrabandistas de chinos!. ¡Pero ya veremos!

Pero en aquel mismo instante, Pistol Pete Rice no estaba “en los vagones de los contrabandistas de chinos”, y el sheriff de la Quebrada del Buitre, estaba muy lejos de estar “muy confiado”.

Pete Rice galopaba ahora hacia Broken Arrow de regreso de Grizzly Butte, adonde fuera a consecuencia del telegrama que recibiera en el tren de Ellsworth Junction.

Iban con él sus dos comisarios Teeny Butler y Hicks “Miserias”. Teeny montaba un gigantesco caballo bayo, y Hicks “Miserias” iba a lomos de su pequeño ruano Caballero. El rostro de Pete Rice aparecía ceñudo y hosco. Marchaba en silencio, mientras su caballo avanzaba levantando nubes de polvo y yeso al atravesar la llanura.

Teeny Butler también miraba de una manera torva, y los penetrantes ojillos azules de Hicks “Miserias” centelleaban furioso. La noche anterior, en Broken Arrow, Teeny y “Miserias” habían recibido un telegrama ordenándoles montar inmediatamente a caballo y galopar hasta las cabañas de detrás de Grizzly Butte.

“Grandes acontecimientos” “Puede lograrse terminar el asunto”, decía el telegrama, y lo firmaba “Pete”. Pete había recibido un telegrama idéntico en el tren, y estaba firmado “Miserias”.

Los tres hombres se habían dirigido a toda marcha a Grizzly Butte y se encontraron en las desiertas cabañas. Después de practicar un detenido reconocimiento sacaron la consecuencia de que habían caído en una grosera trampa. Indudablemente aquello debía de ser una emboscada. Se habían visto muchas veces en trances parecidos, pero en esta ocasión el aturdimiento había alterado sus rostros.

“Miserias” galopaba junto a Pete.

—¿No crees, patrón, que pueda tratarse de alguna broma? —preguntó.

Pete movió la cabeza enérgicamente.

—No. Tengo la seguridad de que esto tiene algo que ver con las bravatas de Fancy Weldron cuando lo llevaba a Phoenix.

Mascaba su goma nervioso.

—Weldron me estuvo mirando con los ojos entronados todo el camino. Un hombre que mira con ojos medio cerrados no suele fantasear. Está urdiendo algo. Temo que estemos yendo a parar en un trastorno grave o en un desengaño.

—Tal vez haya ocurrido algo grave en el Slash C mientras hemos estado ausentes —aventuró Teeny Butler.

—Tal vez —asintió Pete.

Y volvió a mascar su goma unos segundos.

—Yo esperaba detener al jefe de esa cuadrilla de granujas. Fue un buen pensamiento mío el de arrestar a algunas de las personas que eran allí sospechosas, peor debíamos haberlos cogido a todos. Las pruebas nos hubieran demostrado quiénes eran culpables y quiénes no.

El sol era ya un disco de fuego en el cielo cuando el trío galopaba a través de un terreno reseco y reluciente. Era ya el calor sofocante cuando se hallaron de nuevo atravesando una tierra rica en grama y en la que pastaban los ganados.

En lo alto de una loma podían ver la ciudad de Ellsworth Junction. Materialmente se achicharraban en aquella polvorienta llanura. Apretaron el paso de sus monturas y no tardaron en llegar ante los primeros hacinamientos de viviendas de adobe y madera.

El duro sol del mediodía había hecho refugiarse en sus casas a la mayoría de los habitantes de la ciudad, y al parecer nadie vió a los tres comisarios cabalgar por la calle principal de Ellsworth Junction.

Pete se adelantó hasta el establo que había alquilado para su caballo, pero se detuvo ante un abrevadero situado en el centro de la calle. Los tres caballos estaban sedientos y sus jinetes desmontaron, pues querían evitar que los caballos, sudorosos como estaban, bebiesen demasiado.

En la puerta de una herrería que estaba situada detrás del abrevadero apareció un hombre, que miró en torno suyo y luego echó a andar y a poco corría apartándose de la herrería hacia la parte baja de la calle. Una o dos veces miró hacia atrás, y en su rostro había muestras evidentes de asombro y miedo.

Pete notó que se dirigía hacia una tienda que había al extremo opuesto de la calle y que debía ser una taberna. Casi inmediatamente salieron de la taberna a la calle varios hombres. Uno de ellos iba abrochándose un cinturón de cartuchos. Otros varios desenfundaban sus revólveres, que los demás empuñaban ya dispuestos a disparar.

Pete y sus comisarios miraban la escena con curiosidad. Dos de aquellos hombres penetraron en una de las casas y salieron a poco con varios hombres más. Todos ellos cruzaron la calle y luego la volvieron a cruzar, avanzando hacía donde se hallaban Pete Rice y sus dos comisarios.

Uno de ellos llevaba un rifle y se agazapó en la esquina de un edificio, y apuntó con el arma hacia nuestros tres amigos.

—¡Arriba las manos, pronto! —gritó a Pete y a sus dos compañeros—. ¡Yo os lo enseñaré!

¡Bang!

Pete se dejó caer sobre una rodilla y la bala silbó sobre su cabeza. El sheriff cambió súbitamente de actitud.

—¡Corramos a esa calleja! —gritó a sus comisarios.

Y él mismo echó a correr hacia el sitio indicado, a tiempo que una segunda bala se le llevaba su amplio sombrero. Los hombres que habían cruzado la calle corrieron hacia Pete gritando:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Cojámoslo!

Un hombre de elevada estatura que vestía el uniforme de la Patrulla de la Frontera, vino corriendo calle arriba.

—¡Cogedlos vivos! —gritó—. ¡Cogedlos vivos! ¡Esas son las órdenes!

¡Slam!

Un hombretón corpulento corrió hacia delante y asestó un terrible puñetazo a la cabeza de Pete.

Este dio un traspiés, pues el golpe le había cogido desprevenido, pero se defendió enérgicamente contra un bulto amenazador que se precipitaba hacia él como una catapulta y sus nudillos chocaron contra una masa de carne. Se oyó un ruido sordo al chocar un hombre contra el suelo.

Instantáneamente, los tres comisarios fueron el centro de un ataque furioso. Los puños volaban en todas direcciones, Teeny derribó a dos hombres casi simultáneamente. El pequeño “Miserias” peleaba como un gigante.

Los tres amigos no podían comprender el por qué de aquel ataque brutal, pero no era aquella la ocasión oportuna de entretenerse en hacer averiguaciones. Los ciudadanos se aglomeraron con preferencia en torno a Pete Rice. El sheriff se defendía como un león acorralado por una manada de lobos carnívoros.

Sus puños chocaban como mazas contra los rostros de los que se ponían a tiro. Sus brazos trabajaban como los pistones de una locomotora de tren expreso. A uno de sus asaltantes lo puso fuera de combate de un puñetazo formidable a la nariz, fracturó las

costillas a otro enemigo y a un tercero le hizo saltar los dientes.

Ni un momento se le ocurrió la idea de emplear sus revólveres. Había en todo aquello algún error y cada vez se convencía más de ello. Sostendría aquella pelea con serenidad. Sólo era Pete Rice, el sheriff de la Quebrada del Buitre, y no una bestia salvaje. Se limitaba a defenderse para salvar su vida.

Aquellos hombres blasfemaban y juraban como energúmenos. Tres de ellos se arrojaron sobre Teeny Butler, pero el gran comisario se los quitó de encima fácilmente y derribó a dos de ellos. Sin embargo, la multitud amenazadora iba en aumento. Los comisarios derribaban hombres a derecha e izquierda, pero siempre había nuevos combatientes que llenaban los huecos abiertos en sus filas.

—¡Parad este alboroto y explicaos! —gritó Pete.

Nadie le hizo caso y, por el contrario cargaron sobre él con más furia. Se veía brillar en sus ojos la sed de linchamiento. Las palabras no producían efecto alguno sobre aquellos energúmenos.

Sus puños empezaron de nuevo a actuar. Estaba perplejo, condición en la que un hombre hace con frecuencia un trabajo más efectivo. De nada servía allí la ciencia. Era nada más que una locura, una batalla terrorífica.

La lucha no podía prolongarse. Pete vió de pronto derrumbarse a “Miserias”. El sheriff dio un paso adelante y derribó al hombre que había noqueado a su comisario. En aquel momento alguien le alcanzó de lado con un terrible golpe a la sien y otro le golpeó en la cabeza con la culata de un revólver.

La boca de Pete se abrió en un gesto de dolor. La flaquearon las rodillas y estuvo a punto de caer durante una fracción de segundo. En el mismo instante un potente gancho al plexo solar paralizó todos sus movimientos. Los brazos cayeron a lo largo del cuerpo y todo él fue a partir de entonces un blanco perfecto.

Una docena de hombres empezaron a golpearle con furia en la cabeza. Aun tuvo tiempo de ver cómo desaparecía la enorme mole de Teeny Butler bajo una verdadera montaña de carne humana. Luego se le nublaron los ojos y todo pareció dar vueltas en torno suyo.

Eran demasiados enemigos para un hombre solo. Otro revólver chocó contra su cabeza, y cayó de bruces, aunque haciendo esfuerzos inauditos para conservar el conocimiento. Si no podía conservar los sentidos, era seguro que despertaría balanceándose de

la rama de algún algodouero. Sin embargo, la furia de aquella jauría seguía desatada y alguien se aprovechó de su impotencia para asestarle el golpe definitivo en la mandíbula.

No se acordó de nada más de cuanto había sucedido posteriormente cuando abrió los ojos en una habitación que se parecía mucho a la celda de una cárcel. Estaba sentado en una silla y le habían vendado la cabeza.

Teeny Butler, en plena posesión de sus sentidos, estaba atado a otra silla enfrente de él. En cuanto a “Miserias” todavía inconsciente, estaba tendido en el suelo, y trataban de ponerlo en pie entre varios hombres, entre ellos uno que llevaba uniforme de soldado de la Patrulla de la frontera.

—¿Qué demonios significa todo esto? —preguntó Pete—. Mis comisarios y yo hemos llegado aquí de visita y apenas llegados parece como si todo el pueblo intentase asesinarlos.

Estas palabras iban dirigidas al soldado.

—Usted no puede contemplar esto impasible —le dijo el sheriff con severidad—. ¡Representa usted la ley!

El soldado se volvió hacia él.

—¡Sí... la ley! —dijo con desprecio—. Ustedes, los bandidos, tienen mucho respecto a la ley, ¿no es eso?

Los ojos de Pete se abrieron atónitos.

—¡Basta de disparates! ¿Qué demonios ocurre aquí?

—¡Como si no lo supiese! —contestó secamente el soldado—. Usted y sus comisarios están detenidos por haber matado a cuatro soldados de mi Patrulla, anoche, mientras pasaban chinos de contrabando en la frontera.

—¡Usted está loco! —exclamó Pete estupefacto.

—¡Demasiado sabe usted que no lo estoy! Gracias a mí, no os han matado estas gentes y os han hecho pedazos. Ruegue usted a Dios que venga pronto el capitán Early y se lo lleve a Hondo antes de que el pueblo se tome la justicia por su mano. De todos modos —añadió tendiendo hacia Pete un dedo amenazador,— ha de balancearse usted al extremo de una soga, pero antes explicará usted cómo un empleado del gobierno ha vulnerado la ley y se ha convertido en un asesino.

Pete miró estupefacto a Teeny Butler y éste le miró con el mismo asombro.

En toda su larga vida de aventuras no se había encontrado nunca en una situación tan estrambótica como aquella. Pete se acordó entonces de las amenazas encubiertas de Fancy Weldrom. Este le había dicho: “Me estoy riendo de lo que va a sucederle a usted”.

¿Qué había querido decir Weldron? ¿Y cómo podía haber llegado a suceder aquello? Pete y sus comisarios, por una vez en la vida, estaban expuestos al desastroso final que la ley reserva a sus contraventores.

CAPÍTULO XVII

LAS VOCES FATALES

El capitán Early, de la Patrulla de la Frontera, era esperado en el tren de las dos de la tarde de aquel día. Los tres comisarios fueron encerrados en celdas separadas. En el pasillo en donde estaban situadas las celdas se habían montado una fuerte guardia, no sólo para evitar una posible fuga de los prisioneros, sino para contener cualquier ataque de la multitud enfurecida.

Ellsworth Junction esta de pésimo humor.

La ciudad, como la mayoría de las de Arizona, había oído hablar de las hazañas de Pete Rice y de sus dos comisarios, pero el humor de una multitud es muy variable. Aquellos ciudadanos se habían olvidado de los gloriosos servicios prestados por el trío de la Quebrada del Buitre, y como suele ocurrir en estos casos, sentían más odio hacia aquellos hombres, antaño sus héroes, que si se hubiese tratado de criminales vulgares de la peor especie.

Pete Rice se tomó su encarcelamiento con serenidad. Creía que podría explicarse de manera satisfactoria ante el capitán Early. Teeny, a pesar del calor sofocante y sus magulladuras dormía... y roncaba.

Pero el inquieto Hicks “Miserias” estaba indignado y disgustado.

—¡Después de cuanto hemos hecho por este Estado! —gruñía—. ¡Por todos los diablos! ¡Si salimos con bien de ésta, lo mejor que podemos hacer es marcharnos lo más lejos posible, fuera de un país como éste!

Pete le contestó filosóficamente.

—Las gentes que se disgustan y maldicen el mundo, compañero, no han de olvidar una cosa: que el mundo se olvidará de ellos. No “Miserias”, debemos de aclarar este error antes de que ellos se olviden del mundo, y creo que todo quedará explicado

satisfactoriamente en cuanto venga el capitán Early.

Pero cuando llegó el capitán, lejos de arreglarse todo, lo que hizo fue empeorarse. Early era un hombre de unos cuarenta años. Tenía una boca dura, cubierta en parte por un bigote recortado, grisáceo, que acentuaba aún más aquélla dureza característica bajo su nariz de halcón. Su mandíbula parecía un granito y sus ojos azules tenían centelleos acerados.

Pete no le conocía personalmente, pero había oído hablar de él. El sheriff conocía a los hombres, y al ver a aquel, comprendió que era un hombre duro, pero recto. Early tenía una fidelidad probada de la Patrulla de la Frontera. Para sus subordinados era a la vez un jefe y un padre.

En cuanto llegó a la ciudad sometió a Pete a un interrogatorio. Le interrogaba como pudiera hacerlo un juez, y cortaba impaciente sus contestaciones cuando no se ajustaban rigurosamente a sus preguntas.

—¡Limítese a contestar categóricamente a mis preguntas! —le dijo autoritario—. No piense intentar convencerme de nada.

Y al hablar así miraba a otra parte indiferente.

—Tal vez se figuraba usted encontrar otro tratamiento más benévolo... por ser Pistol Pete Rice.

Y añadió entre diente, tras una breve pausa:

—Se le tratará a usted como a otro criminal cualquiera.

Se paseaba ante la celda como una fiera enjaulada.

—¿Pero quiere usted explicarme qué es todo este lío, capitán? —preguntó tranquilamente Pete.

—¡Que es usted un asesino! ¡Eso es todo! —bufó Early—. Usted y sus hombres han asesinado a mis muchachos... a mis soldados de la Patrulla de la Frontera, Usted...

—¿No estará usted rematadamente loco por casualidad, capitán? —preguntó Pete con indiferencia irritante—. Creía que tenía usted más sentido común y que no se creería de buenas a primeras una enormidad semejante.

La expresión fría, furibunda del capitán Early no cambió en nada ante este exabrupto.

—¿En dónde estuvieron ustedes desde la última tarde hasta el amanecer de hoy? —preguntó.

Pete explicó lo del extraño telegrama que había recibido en el

tren y habló también del telegrama que recibieron sus comisarios.

—Tenemos los telegramas en nuestro poder —continuó el sheriff—. De acuerdo con el que yo recibí, alquilé un caballo de silla en una cuadra de esta ciudad y...

—¡Todo eso son historias! —cortó Early impaciente—. Todo eso pudo ser preparado por ustedes. Pudo llegar aquí cuando dice y alquilar el caballo, y así pudo pasar fácilmente la frontera antes de media noche. Sus dos comisarios podían haber llegado allí al mismo tiempo desde Broken Arrow. Luego, cometido el delito, han podido regresar aquí tranquilamente. No, Rice, no se me cuela a mí una historia tan burda como esa.

Se iba exaltando por momentos.

—No es la primera vez que oigo hablar de hombres que viven dos vidas distintas al mismo tiempo, pero usted ha llegado al límite. Si ha creído que me va a engañar y que va a obtener de mí misericordia en recuerdo de su cargo oficial, debe usted desengañarse. Ha habido otras autoridades que han faltado antes que usted a sus deberes, incluso gobernadores de los Estados. Mi obligación es castigar a los criminales, sean quienes fueren y perseguiría por ese delito hasta a mi propio hermano, si llegase a convertirse en coyote.

—Capitán, alguien ha tramado todo esto contra nosotros. Soy yo quien se lo dice —insistió Pete, impaciente—. Esto ha sido una maquinación odiosa. Por lo menos que sepa yo cómo ha adquirido usted la seguridad de que hemos cometido el delito de que se nos acusa.

Pete tuvo que hacer un gran esfuerzo para lograr que el capitán Early le contase lo que había sucedido la noche anterior. Y cuando Early habló al fin, contando la trágica historia que los supervivientes le contaron a él, su enjuto rostro había adquirido el color de la púrpura.

—¡Y eran unos hombres valeroso! ¡El cabo Santee era el mejor de todos, aunque los otros también eran bravos, gente sin miedo y sin tacha!

Continuando su relato, habló de las voces que oyeron sus hombres durante la pelea con los contrabandistas.

—Los soldados Emmett y Randolph oyeron vuestras voces —dijo ya fuera de sí—. Antes de ahora, en Hondo, le habían oído hablar a

usted y conocían el timbre de su voz, y juran y perjuran que usted estaba en uno de los vagones del tren. Su dedo se tendió acusador hacia Pete al añadir:

—Y no sólo le oyeron a usted, sino a sus dos comisarios, Hicks y Butler. Les llamó usted a los dos por su nombre. Temía usted que se escaparan los hombres de la Patrulla y mandó que los destruyeran, y creyó que, efectivamente, los habían destruido. La evidencia de aquellas voces, Rice, será su condenación. ¡Se lo aseguro!

Pete Rice sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal y no era porque tuviese miedo de perder la vida. Había visto muchas veces la cara de la muerte, para que fuera a asustarse ahora de su proximidad pero ¡ir a la muerte con el nombre deshonrado! ¡Él, Teeny y Hicks, acusados como... asesinos! ¡La sangre de tan bravos hombres vertida como criminales y haciendo execrable su memoria!

Pensó en su madre. Ella no creería jamás tamaña atrocidad. Sufiría una agonía indecible. Viviría mil muertes bajo el peso de la terrible ignominia caída sobre el honrado nombre de los Rice. La desgracia acabaría por matarla. Y, en cierto modo, pensaba también en Virginia Calvert. ¿Creería Virginia en su inocencia? No le conocía de antiguo. ¿Creería que toda su actividad en Broken Arrow era sólo para disimular sus otras actividades criminales?

Pensó también en sus comisarios, a quienes iban a quitarles la vida por una maquinación infame.

—Bueno, ¿qué es lo que piensa usted hacer en este caso? —preguntó Pete.

—Mis planes son llevármelos a ustedes de esta ciudad en el tren de las cinco. No quiero que estén ustedes aquí cuando los bebedores se hayan hartado de vino en las tabernas. Están demasiado soliviantados contra ustedes. En manera alguna quiero que perezcan ustedes de una manera ilegal... linchados por la plebe. Tendrán ustedes el fin que se merecen, pero quiero que no puedan negar la evidencia de su culpabilidad. Serán ahorcados... los tres.

Miró su reloj para ver qué hora era y continuó:

—No puedo llevarles a ustedes a Hondo. Hay allí demasiados parientes de los hombres asesinados, y serían capaces de asaltar la cárcel. He pensado llevarlos a ustedes a Crooked Creek, y mantenerlos allí en la cárcel hasta que vayan a empezar el procedimiento legal. Se hará justicia rápida. ¡Y nada más!

Early giró sobre sus talones y se alejó pasillo adelante.

Pete se sentó en un banco de su celda y empezó a pensar en cuanto estaba sucediéndole. ¿Le diría algo al capitán Early de los descubrimientos que había hecho en el rancho de Slash C.?

Después de todo, ¿qué conseguiría de bueno con ello? Podía hasta resultar un perjuicio. Pete Rice había dirigido todos su planes a apoderarse de todos los cabecillas. Si fuese allí algún otro oficial, desbarataría toda su labor.

Era indudable que alguien de Slash C. había tendido un lazo a Pete Rice y sus comisaros. Una investigación demostraría no haber en el rancho chino alguno enterado del contrabando, pues con toda seguridad que los contrabandistas habrían procurado no tenerlos ocultos allí, para de este modo tratar de probar su inocencia. Los chinos habrían sido trasladados con antelación a algún lugar seguro.

¡Voces! Los supervivientes de la Patrulla de la Frontera aseguraban haber oído las voces de Pete Rice, de Hicks “Miserias” y de Teeny Butler, que daban órdenes para que matasen a todos los soldados.

El pensamiento de Pete volvió hacia atrás, a los días en que estuvo desempeñando el papel de Smiley en el Slash C. y recordó el día en que oyera a alguien falsificar admirablemente la voz de Hicks “Miserias”. ¡Algo parecido a lo que había ocurrido la noche anterior!

Pete continuó pensando. Sabía que no todo el mundo en Ellsworth Junction creía en la culpabilidad de sus comisarios y de él mismo. Tenía allí amigos buenos y leales, y uno de éstos era precisamente el carcelero.

Pete dió unos golpes en los barrotes de su celda y llamó al carcelero por el ventanillo de la puerta. Cuando acudió el funcionario, el sheriff le habló unos momentos en voz baja.

—No somos culpables, Jake —le dijo—, y usted lo sabe. Usted podría llevar esto a su destino.

—¡Lo llevaré! —contestó Jake—. No puedo sacarle a usted de aquí., pero arriesgaré mi vida por usted, Pete.

Y desapareció por el extremo del pasillo.

Pocos minutos después, Pete pudo oír el galope de un caballo que se dirigía hacia la calle principal, que, como sabemos, era también la carretera que llevaba a las afueras de la ciudad.

CAPÍTULO XVIII

CASI CONVICTOS

La cárcel de Crooked Creek, a la que fueron trasladados Pete y sus dos comisarios, no tenía celdas. Originariamente no había sido una cárcel, sino que se trataba de un edificio convertido en cárcel al terminarse la construcción del ferrocarril, y producirse en Crooked Creek algunos desórdenes.

En realidad consistía en una espaciosa habitación con dos ventanas enrejadas en la pared encalada de uno de los lados, estando la puerta situada en la pared de la frontera. Las ventanas tenían unas rejas estrechas que hacían imposible todo intento de evasión. En cuanto a la puerta, estaba cerrada con fuertes cerrojos y candados por la parte exterior, habiendo sido estacionados, además, dos guardas fuertemente armados.

Las paredes de aquel caserón habían recibido los rayos ardientes del sol durante todo el día, por lo que en aquellos momentos, ya de noche, la atmósfera en el interior del recinto era asfixiante, como si se estuviese en un horno. Por las ventanas enrejadas apenas si entraba el aire, y el menor movimiento en el interior de la habitación levantaba verdaderas nubes de polvo, que caía como una lluvia del tejado del caserón.

Era imposible conciliar el sueño, hasta para Teeny Butler, quien ciertamente no era de insomnio de lo que padecía habitualmente. A las nueve de la noche se oyó un ruido de paso de varias personas en el corredor contiguo a lo que pudiéramos llamar celda general.

Pete escuchó atentamente y pudo comprobar que aquel ruido se acercaba a la puerta de entrada de la habitación. Aquellos hombres, sin duda, venían con el propósito de lincharlos, pero esto no lo conseguirían tan fácilmente, pues sus puños darían cuenta de más de uno, ya que afortunadamente no estaban atados.

Se oyeron descorrer los cerrojos, y un segundo después entraba en la habitación el capitán Early revólver en mano.

—Venid aquí, muchachos —ordenó sin apenas volverse.

Le seguían ocho hombres, que iban vestidos con los monos de los trabajadores del ferrocarril. Early los puso en fila junto a la pared, y golpeó en la pared como una seña a alguien que debía estar al otro lado y que contestó inmediatamente a su llamada.

Con la cara más dura que una piedra, Early se enfrentó a Pete Rice y le explicó para qué estaban allí aquellos ocho hombres.

Los dos supervivientes de la Patrulla de la Frontera estaban colocados al otro lado de la pared que tenía las dos ventanas enrejadas. Uno de ellos, el llamado Randolph, estaba herido de tanta gravedad, que sería colocado en un colchón en el corredor.

—Esos hombres Emmett y Randolph —empezó a decir Early—, oyeron las voces que aseguran pertenecer a Pete Rice y sus dos comisarios Hicks “Miserias” y Teeny Butler. Vamos a ver si esta noche consiguen identificar esas voces.

Señaló hacia los ocho trabajadores alineados junto a la pared, y continuó:

—Estos hombres son absolutamente extraños a Emmett y Randolph. Ninguno de éstos ha oído jamás las voces de ninguno de ellos. Cada uno de estos obreros es súbdito americano y no tiene, por lo tanto, el menor acento que no sea peculiar de la voz americana. Vamos a ver si ahora ponemos en claro de una vez este asunto.

Volviéndose hacia la puerta de entrada de la habitación, preguntó:

—Centinela, coloque el colchón en que está Randolph junto a la pared del corredor.

Se oyó el ruido como de arrastrar algo en el pasillo y al cabo de uno o dos segundos, una voz dijo desde el otro lado de la pared:

—Ya estoy aquí, capitán Early. Soy el soldado Randolph. Estoy preparado.

—Perfectamente —contestó Early.

—Dé un paso adelante y repita lo que le he enseñado.

El trabajador gritó con voz clara:

—“¡Cortadles la retirada! ¡Es muy fácil! ¡Si no acabáis con ellos, jamás podremos nosotros volver a la Quebrada del Buitre! ¡Rellenad

esas mollejas de plomo! ¡No dejéis a uno vivo para que pueda contarlo!”

—¿Ha oído usted eso, Randolph? —preguntó Early.

—Sí, señor.

—¿Era esa una de las voces?

—No, señor. ¡Positivamente, no!

El capitán llamó a otro de los trabajadores y le hizo repetir las mismas palabras.

—¿Es esta una de las voces, Randolph?

—No, señor. No se parece en nada.

A un gesto de Early un tercer trabajador hizo lo que los anteriores, y al final de la experiencia Randolph aseguró que ninguna de las voces de aquellos hombres era la que oyera la noche anterior.

El capitán Early señaló ahora a Pistol Pete Rice y le dijo:

—Repita usted esas palabras.

Pete no podía negarse a la experiencia y repitió:

—¡Cortadles la retirada! ¡Es muy fácil! ¡Si no acabáis con ellos jamás podremos volver nosotros a la Quebrada del Buitre! ¡Rellenad esas mollejas!.

Un verdadero aullido que sonó en el pasillo interrumpió al sheriff. Era Randolph que gritaba:

—¡Esa es una de las voces, capitán! ¡Me apostaría un millón a que lo es! ¡Lo juro! ¡Es una de las voces!

El capitán Early clavó en Pete Rice sus ojos azules en los que brillaba una mirada de triunfo.

—Repita usted esas palabras —ordenó a otro de los trabajadores.

Obedeció el obrero y al terminar se oyó otra vez la voz de Randolph:

—No, capitán.

Early señaló ahora a Teeny Butler, quien repitió a su vez el párrafo con su fuerte acento tejano.

—¡Ése es uno de ellos, capitán! ¡Ése es uno de los que gritaban que no nos dejaran escapar!

Habló otro trabajador y tras éste le tocó el turno a Hicks “Miserias”, cuya voz identificó también Randolph como una de las que oyera la noche de los asesinatos.

La dura mirada del capitán Early había acentuado aún más su

dureza. Por un lado era un representante de la ley, lo mismo que Pete Rice, terrible cuando se trataba de entregar criminales a la justicia, y aún con frecuencia recurría a pequeños trucos grotescos con la ley, que su posición oficial no requería ciertamente.

Pero no tenía la humanidad de Pete, su tolerancia, su inteligencia despejada. Sin embargo, como Pete también estaba resulto a ser recto.

Por eso mandó que se llevaran a Randolph y ordenó que Emmett se colocara al otro lado de la puerta. Las mismas palabras de antes fueron repetidas por todos los presentes en el mismo orden, y como su compañero, Emmett reconoció las voces del sheriff y de sus dos comisarios.

—Hemos terminado, muchachos —dijo a los obreros y les ordenó que se retiraran. Seguía teniendo aún el revólver en la mano.

—¡Intenten ustedes ahora negar esa evidencia! —rugió con voz de trueno dirigiéndose a los prisioneros—. Dos hombres sin complicidad de ninguna clase han reconocido, entre once, las voces de tres hombres, ¡las mismas que oyeron salir de uno de los vagones!

Su dedo volvió a señalar, acusador, a los presos y añadió:

—Están ustedes en camino de acabar sus fechorías en la horca. Van a ser conducidos al lugar del suplicio en el tren de las cinco de la madrugada.

Dio media vuelta, y antes de llegar a la puerta de la habitación, aun se volvió a los presos para decirles:

—¡Están ustedes ahora casi convictos!

Cruzó la puerta y se oyeron sus pasos en el corredor, a tiempo que se cerraba la puerta y se oía el ruido de los cerrojos.

—Es el hombre más fino y más escrupuloso del mundo —dijo Teeny Butler, dirigiéndose a sus compañeros.

—Y ese es el capitán Early —gruó despreciativamente “Miserias”. El más bruto de sus soldados tendría más sesos que él.

Pete Rice, que no había perdido la serenidad, contestó tranquilamente a “Miserias”:

—Amigo Hicks, hay tanta diferencia entre una alta posición y la cantidad de cerebro, como entre un cuello de papel y una camisa. ¿Qué os parecería si nos echáramos un sueño hasta la hora de coger

ese tren?

Sin embargo, Pete Rice no tenía ganas de dormir, aun cuando sus dos compañeros no tardaron en roncar, a pesar del calor y de la amenaza de muerte que pesaba sobre sus cabezas.

Pete parecía esperar algo. De cuando en cuando oía pasos en el corredor y sus nervios se crispaban. Pero no ocurría nada. Volvieron a repetirse los pasos. Los visitantes eran indudablemente ciudadanos que tenían alguna ocupación en la cárcel.

Los guardianes hablaban a veces en voz baja. Luego cesaron las conversaciones y el tiempo transcurrió lentamente. Era indudable que uno de los guardianes se había tumbado a dormir un rato, mientras que el otro hacía la guardia por los dos.

Transcurrió una hora. A través de las ventanas enrejadas pudo ver Pete que la mayoría de las luces se habían apagado en la ciudad. Pasó otra media hora. Se oyeron más pasos en el corredor y de pronto llegó a sus oídos una voz que preguntaba:

—Diga usted, centinela, ¿dónde podría hallar al capitán Early, ahora?

—Pues, hombre, no lo sé —se oyó contestar;— pero creo que tal vez...

¡Crack!

Se oyó el ruido de un puño al chocar con una masa de carne y la caída de un cuerpo al suelo. Ruido de pasos y otro cuerpo que se derrumbó con estrépito.

En el mismo instante algo crujió sobre la cabeza de Pete. Del tejado cayó una verdadera lluvia de polvo. Alguien estaba abriendo un boquete a hachazos en el tejado de la vieja casona.

—¡Arriba, muchachos! —ordenó Pete a sus comisarios, que se levantaron precipitadamente.

Se oyó otro golpe más fuerte en el tejado y un trozo de la viga cayó en el interior de la habitación. Por el boquete abierto se deslizó una cuerda hasta llegar al suelo.

—¡Tú primero, Teeny! —dijo Pete.

Teeny no se hizo repetir la orden y un segundo después se ató la cuerda al cuerpo por debajo de los brazos. Tres hombres desde lo alto empezaron a izar su voluminosa humanidad.

La cuerda descendió otra vez y “Miserias” desapareció por el boquete el techo. Volvió a caer la cuerda por tercera vez. Un minuto

después el sheriff estaba en el tejado con sus dos comisarios y tres hombres vestidos de cowboys.

—¿Está usted bien, Pete? —preguntó uno de los cowboys.

—Perfectamente, Johnny, ¿Trajeron los caballos?

—Todo está listo. Síganme. ¡Pero de prisa!

Los tres comisarios no necesitaban que les anunciaran para hacerlo así y se descolgaron al suelo por una cañería. Luego siguieron a Johnny Boot a través del patio de la cárcel y escalaron la otra pared.

Un revólver retumbó en la oficina de la cárcel y disparó una y otra vez. Las balas silbaron por sobre las cabezas de los fugitivos en el momento en que acababan de descolgarse por la pared y huían amparados por la obscuridad.

Un hombre esperaba cerca de un bosquecillo de árboles, teniendo de la diestra varios caballos, entre los que figuraba Sonny, el velocísimo alazán de Pistol Pete Rice. Otros tres o cuatro cowboys esperaban también a caballo, y todos galopaban a poco alejándose del pueblo.

Se oyó el disparo de un rifle desde la cresta de la pared de la cárcel, pero los fugitivos están ya lo suficiente lejos para no ser alcanzados por las balas. Por unos instantes se oyó el ruido de cascos de caballos que iniciaban la persecución, pero fue apagándose poco a poco.

Los comisarios y sus acompañantes se apartaron de la carretera y siguieron galopando entre la maleza y los matorrales de mezquite. No acortaron ni un segundo su galope desenfrenado, pero por primera vez cambiaron algunas palabras.

—Contaba con usted, Johnny. No le había olvidado, viejo camarada.

—Todo ha ido divinamente —contestó Johnny Boot—, mucho mejor que lo que esperábamos.

—Así lo esperaba —contestó Pete—, pues conozco perfectamente las cárceles de partido. No había olvidado que el techo de esa en que estábamos nosotros estaba formado por vigas completamente podridas.

Cuando ya se encontraron fuera de peligro, Pete explicó lo ocurrido a sus dos comisarios. Se había valido del leal carcelero de Ellsworth Junction para enviar un mensaje a Johnny Boot y

Slapjack Kerlew, los dos valientes cowboys que fueron despedidos por el capataz Luke McCarron del rancho de Slash C.

En el mensaje les daba detalles sobre la situación de los guardianes de la puerta principal y sobre el estado ruinoso del tejado de la cárcel. Boot y Kerlew y varios de sus compañeros más fieles habían acudido a su llamada, llevando caballos de repuesto.

Tuvieron la suerte de noquear a los dos guardias y poder ayudar a escaparse los prisioneros.

Cuando los fugitivos estuvieron a poca distancia de Broken Arrow, Pete suplicó a sus amigos que le dejaran sólo y se alejaran. Los cowboys ya habían hecho bastante, y Pete no quería que se lanzasen a un riesgo mayor.

Por último, tras alguna discusión al llegar a la linde de una ancha barranca, los cowboys se separaron de los comisarios.

El trío de la Quebrada del Buitre continuó galopando hacia Broken Arrow. Aun se encontraban en medio del peligro, tanto que en realidad, nunca estuvieron tan en peligro como ahora. Ahora podrían tirotearlos y aun matarles impunemente, tanto los bandidos del Slash C., como todos los soldados de la Patrulla de la Frontera.

CAPÍTULO XIX

“EL MISTERIOSO REYNAL”

Cuando se hallaron a una milla, aproximadamente, del Broken Arrow, los tres comisarios torcieron hacia el rancho Slash C.

Era difícil que Pete Rice abandonase un caso una vez iniciado. Aun ahora, siendo técnicamente un fugitivo de la justicia, creía que podía ofrecérsele alguna probabilidad de demostrar su inocencia acabando de aclarar algunas cosas que ya sabía.

Cuando los comisarios llegaron a las proximidades de los últimos corrales, vieron que todo parecía estar desierto, pero podía haber uno o dos hombres vigilando a aquellas horas de la noche. Pete decidió continuar el avance a pie y con mucha cautela.

—Tened los caballos preparados, muchachos, en caso de que ocurriese algo allí que nos obligara a partir precipitadamente —dijo a sus comisarios—, o os reunía a mí a menos de oír un grito... o un tiro.

Y echó a andar hacia delante. Buscó una empalizada para escondrijo tan lejos como fuese posible.

Sus penetrantes ojos escudriñaron la oscuridad. Sus oídos estaban atentos al menor rumor de conversación o de pasos.

Pero llegó a la vecindad del corral del sur sin contratiempo alguno.

Desde allí pudo distinguir el reflejo de una luz que salía de la parte más lejana de la casa del rancho y se reflejaba contra unas malezas. Parecía como si alguien en la casa estuviese despierto.

Pete se arrastró, describiendo un ancho círculo, en las proximidades de la ventana iluminada. Vió entonces que la luz salía de la habitación de Elber Vaughn, y recordó que el enclenque y afeminado individuo tenía el antojo de dormir con una luz encendida en su habitación. Pete avanzó cuidadosamente,

pretendiendo colocarse junto a la ventana y aún penetrar en la estancia. Súbitamente se detuvo y se aplastó materialmente contra el suelo.

Otro hombre venía por aquella parte de la casa en dirección contraria a la suya. Un rayo de luz de la habitación de Vaughn iluminó de lleno la cara del rondador, que resultó ser Orvin Reynal, el sombrío borrachín, cuya conducta había sido siempre un misterio para los demás huéspedes del rancho.

Era evidente que a Reynal le guiaba algún fin, que debía ser siniestro, según se imaginó Pete. El rostro del viejo bebedor estaba contraído. Pete pudo verle pasar una de las piernas sobre el poyete de la ventana y desaparecer en la habitación de Vaughn.

El sheriff esperó oír el ruido de voces, pero no oyendo nada, al cabo de unos segundos avanzó cautelosamente, aunque no quiso acercarse demasiado para ver lo que ocurría, a través de la ventana. Además hubiera corrido el riesgo de ser descubierto y él no tenía intención alguna de que le descubrieran, porque era evidente que estaba ocurriendo algo importante aquella noche que podía estar relacionado con el total esclarecimiento del misterio del rancho del crimen.

Excepto un débil rozar de pies, el tintinear de unos cristales y una o dos veces un hondo suspiro, ningún otro sonido llegó hasta él de la habitación.

Pete se acercó un poco más, y se irguió durante un segundo. A la luz de la estancia Pete pudo ver la figura de Orvin Reynal inclinada sobre el cuerpo de Vaughn tendido en el lecho.

¿Intentaría asesinarlo? Recordó Pete que Reynal parecía odiar a Vaughn. Estaba Pete en este punto tan interesante de sus investigaciones, cuando Reynal dio media vuelta y se dirigió hacia la ventana, saltó del antepecho y cayó contra el césped.

En aquel mismo instante Pete dio un salto hacia delante y su puño derecho fue a chocar violentamente contra la mandíbula de Reynal.

Este cayó como una piedra y quedó tendido en el suelo sin conocimiento.

Pete llevó el cuerpo inerte de aquel hombre hasta un lugar oscuro y le registró para quitarle las armas que pudiera llevar. No encontró ninguna, pero halló en los bolsillos de aquel individuo una

colección variada de objetos, mejor dicho, una desconcertante colección.

El fin de algunos de ellos era demasiado evidente. Había varios paquetes de cocaína, morfina y un material hipodérmico completo. El infortunado Reynal era un apasionado de las drogas, al mismo tiempo que un borracho impenitente. Su mismo rostro, desfigurado por los estragos del vicio, lo demostraba bien a las claras.

Pero lo que el sheriff no pudo explicarse en los primeros momentos era por qué llevaba también encima un frasco de cloroformo y tres tubos tapados con tapones de corcho, en uno de los cuales podían verse mosquitos vivos.

Lo primero que debía hacerse, evidentemente, era confiar a Reynal a la custodia de Teeny y “Miserias”. Pete solía llevar siempre esposas y cuerdas en sus bolsillos, pero éstos se los habían vaciado en la cárcel y no podía correr el riesgo de que Reynal recobrase el conocimiento mientras él estuviese investigando lo que hacía Vaughn.

Pensándolo así, cargó sobre sus hombros el cuerpo del borrachín y se dirigió a donde había dejado a sus comisarios con los caballos. Dejó caer a Orvin al suelo sin ceremonia alguna y en breves palabras explicó lo ocurrido a Teeny e Hicks y volvió a la habitación de Vaughn.

Una ojeada al interior de la habitación desde la ventana, le permitió ver que aquel hombre seguía acostado en la misma posición que antes, cuando se acercara a su lecho Orvin Reynal. Parecía como si estuviese muerto o sumido en un sueño muy profundo.

Pete saltó al interior del dormitorio y notó que Vaughn tenía ambos brazos cruzados sobre el pecho, posición que no daba la impresión de ser natural. Los brazos parecían haber sido colocados en aquella postura rara por encima de la sábana y por alguna persona extraña. Podían verse en ellos, además, unas hinchazones rojas.

Vaughn respiraba penosamente. Sus párpados no estaban completamente cerrados y a través de ellos podía verse el blanco de sus pupilas. Su sueño no era un sueño ordinario. Era un estado de suspensión de los sentidos que sólo podía haber sido logrado por la administración de un veneno o de una droga.

Pete miró más de cerca aquellas hinchazones rojas de los brazos y dedujo que incuestionablemente se trataba de picaduras de mosquitos. Además, en el centro de la hinchazón podía observarse una punción algo más grande que la de un mosquito pudiera haber producido. A la mañana siguiente, aquellas punciones habrían desaparecido, probablemente, y la piel sólo mostraría un endurecimiento descolorido.

La solución del misterio fue cosa de un segundo para Pete. Reynal había cloroformizado a Vaughn. Luego había presionado uno de los tubos, abiertos, contra el brazo de Vaughn, manteniéndolo en esta posición hasta que uno de los mosquitos picase la piel.

Terminado este trabajo preliminar, había introducido en el centro de la punción la aguja de una jeringuilla hipodérmica cargada con morfina repitiendo la operación hasta lograr aletargar por completo a su víctima.

Pero, ¿por qué había hecho todo aquello? ¿Qué objeto perseguía con cargar a Vaughn de droga y hacer aparentar que había sido picado por los mosquitos? Sólo Orvin Reynal estaba en posesión de este secreto. Sólo él podía contestar a estas preguntas que Pete se hacía ahora mentalmente.

El sheriff saltó la ventana otra vez y regresó rápidamente hacia donde estaban sus comisarios con el cautivo. Este acababa en aquel momento de volver en sí, y trataba de incorporarse.

Pero la desesperación de Reynal fue temporal, pues su energía era sólo la artificial de los aficionados a las drogas, y se deshizo ante la fortaleza del gigantesco Teeny. Sus uñas, sin embargo, llegaron a alcanzar el rostro de Butler y aun el de Pete, mientras pateaba y gruñía, fuera de sí.

—¡Vuélvame al sitio en que me ha cogido! —gritaba.

Su voz era intermedia entre un sollozo y un gruñido. El miedo de ser desposeído de sus venenos al encerrarlo en una celda, hacía contorsionarse su cuerpo con una fuerza que no se hubiera supuesto en aquel cuerpo raquíptico y enfermizo. Sus manos, como garfios, intentaron clavarse en la garganta de Pete.

Pete consiguió libertarse fácilmente y asestó un puñetazo a la otra mandíbula d aquel energúmeno. El golpe alcanzó a Reynal, pero no logró contener a aquel lunático envenenado por las drogas,

que era como un nidal de avispas irritadas.

Pete se dispuso a acabar de una vez y puso toda su fuerza en un nuevo directo. ¡Chack! El puño alcanzó a Reynal en la quijada. El cocainómano cayó de espaldas y su cabeza chocó contra el suelo con dureza.

Por un momento Pete creyó que lo había matado. Sin embargo, un breve examen le hizo ver que Reynal vivía aún, aunque algo más mal herido de lo que puede estarlo un hombre noqueado simplemente. Estaba completamente inmóvil.

—¡Por los cuernos del diablo! —exclamó Hicks “Miserias”—. Creo que estamos llegando al desenlace de este asunto. Dijiste un día, Pete, que si lograbas coger al hombre que inoculaba las drogas a los empleados del rancho, habrías cogido al jefe de la cuadrilla, y no hay duda alguna de que ese hombre es Reynal. Las pruebas están todas contra él.

Pete permaneció pensativo unos segundos. ¿Por qué había hecho uso Reynal de los mosquitos sobre el cuerpo de Vaughn? Los demás hombres a los que se quiso hacer aficionados a las drogas, fueron cloroformizados, sencillamente, durante el sueño y luego tratados con una jeringuilla hipodérmica. ¿Por qué se había hecho aquella excepción con Vaughn?

Un pensamiento cruzó como un relámpago el cerebro de Pete.

—Esperad un minuto, muchachos —dijo. Y se dirigió de nuevo hacia la casa del rancho. Saltó otra vez la ventana de la habitación de Vaughn y se acercó a éste, que seguía echado en la cama. Pete cogió el cuerpo del durmiente entre sus brazos, se lo cargó al hombro y salió de la habitación de la casa por el mismo camino que ya recorriera dos veces en un espacio de pocos minutos.

Vaughn en medio de sus sueños, murmuraba algo entre dientes. Eran frases entrecortadas que confirmaban lo que ya había sospechado Pete con anterioridad. El sheriff regresó a donde se hallaban sus comisarios.

Reynal continuaba inconsciente y había sido colocado a través de la silla del caballo de Teeny.

—Voy a colocar a este pájaro en la grupa de Sonny —dijo Pete, señalando a Vaughn—, y antes de partir hay que procurar amordazar a estos hombres. Podemos emplear una camisa o...

Un agudo chillido salió de la garganta de Vaughn, que sonó en

el silencio de la noche como un pistoletazo.

—¡No podemos entretenernos ahora! —murmuró Pete—. ¡En marcha, muchachos!

Puso a Vaughn en la grupa de Sonny y saltó sobre la silla del alazán. En el momento en que los tres comisarios iniciaban la marcha se oyó una ronca interjección que partía de la casa del rancho. Los comisarios pusieron sus caballos al galope. El ruido debía haberse oído en el rancho.

Se vio surgir un fogonazo que debía de ser un rifle, y una bala silbó sobre sus cabezas. Y luego otro, y otro. Pero el que disparaba tiraba a la ventura, porque las balas silbaban sin dirección alguna.

De pronto las balas empezaron a llegar con una puntería rectificada y una de ellas pasó sobre la cabeza de Sonny. Pete pudo oír una voz que daba órdenes a gritos. Las ventanas de la casa del rancho se iluminaron de pronto y los fugitivos pudieron ver a McCarron que lanzaba sus hombres tras ellos.

—Tendremos que usar las espuelas, muchachos —dijo Pete.

Él rara vez espoleaba a su alazán, pero esta era una ocasión extraordinaria. Sospechaba que dentro de pocas horas habría puesto en claro el misterio del rancho del Slash C.

Y esto ocurriría si tenía tiempo de continuar escapando al encuentro de los pistoleros del Slash C por una parte, y de los soldados de la Patrulla de la Frontera por la otra, consiguiendo que éstos no hallaran sus huellas, las que había que borrar de la superficie de la tierra.

CAPÍTULO XX

LA IDEA DE PETE RICE

El sheriff y sus comisarios, que durante sus numerosas aventuras habían seguido más de una vez las huellas ajenas de noche, tenían la seguridad de que ninguno de los más expertos hombres de McCarron podrían hallar las huellas que dejaron sus tres caballos.

McCarron debía estar ahora desesperado. En cuanto se enterase de la desaparición de Reynal y Vaughn, alquilaría probablemente un rastreador indio de Broken Arrow y no descansaría hasta dar con los tres comisarios.

Había llegado el momento de echar mano de la estrategia, y Pete Rice era en ella un verdadero maestro. Desde un principio pensó en dirigirse a la cabaña habitada por Johnny Boot y Slapjack Kerlew. Desde que fueron despedidos del Slash C. ambos amigos habían estado viviendo en una cabaña situada a la espalda de Broken Arrow, en los montes solitarios.

Y, sin embargo, Pete galopaba ahora unas cuantas millas fuera del camino que conducía a la cabaña. Dio un largo rodeo hacia el Oeste, pasando por los terrenos de otro rancho. De pronto dio la señal de alto, y, habiendo desmontado, se dirigió hacia un oscuro corral en el que había oído el ruido de cascos de caballo.

Cuando volvió a donde le esperaban sus comisarios, llevaba del ronzal un delgado y diminuto poney indio. Iba a robar, temporalmente, a aquel caballito.

Ya hemos dicho en otras ocasiones, que Pete Rice parecía vulnerar a veces la ley, y era verdad, pero cuando lo hacía, era siempre en beneficio de esa misma ley.

“Miserias” había cogido al caballejo de la crin y llevó los cuatro caballos hacia un terreno rocoso hasta llegar a un pequeño puente para peatones labrado en una hendidura de la roca.

Pete desmontó. Cogió el cuerpo de Reynal y lo llevó al otro lado del puente. Teeny, que también se había apeado de su montura, hizo la misma operación con Vaughn. Luego volvieron ambos al otro lado del puente. Pete pasó entonces, cuidadosamente, a Sonny por el puentecillo hasta dejarlo en el otro lado.

El plan ideado por Pete era que Teeny y “Miserias” con el poney indio galoparan a través del terreno blanduzco que se extendía hacia el Sudoeste, en donde les sería fácil a los rastreadores hallar las huellas de los tres animales, creyendo así que los tres comisarios habían ido en aquella dirección.

—Ahora voy a cargar a estos dos individuos a lomos de Sonny y voy a llevarlos hasta la cabaña de Johnny —dijo Pete a sus hombres—. Yendo solo podré llegar allí esta misma madrugada sin despertar ninguna sospecha.

—Y nosotros seguiremos adelante, ¿no es eso? —preguntó “Miserias”.

—Eso es. Seguid en línea recta. Atravesad ese terreno blando. Puede suceder que vuestros perseguidores os den alcance. En ese caso desensillad y desembridad los caballos y metedlos en algún corral o en algún hierbajo para que pasten. Ocultaos durante el día y, de noche, dirigios a pie hacia la cabaña de Johnny. Nos encontraremos allí, si todo va, como yo espero, viento en popa.

—¿Crees que ese Reynal...? —empezó a decir “Miserias”.

Pero Pete le mandó callar con un gesto y, tumbándose en el suelo, aplicó el oído a tierra. Hacia la parte del rancho Slash C. se oía el galopar de caballos.

—¡En marcha en seguida, muchachos! ¡A todo galope! —acució Pete a sus hombres—. ¡Hasta pronto!

Los comisarios siguieron sus instrucciones y Pete volvió a pasar el puentecillo de piedra y, quitándose su camisa, la hizo jirones para amordazar con ellos a sus dos prisioneros. El rumor del galope de caballos hacia el Slash C. iba en aumento. Pete volvió a tumbarse en el suelo silenciosamente y escuchó.

Pasaron unos minutos. Los jinetes se acercaban, pero Pete, afortunadamente, estaba a salvo. Sus prisioneros estaban amordazados y Sonny su veloz alazán, era un maestro del oficio. Podía confiarse en que no relincharía nunca al oír la presencia de otros caballos.

Los jinetes seguían acercándose. A Pete le parecieron una mancha borrosa cuando los miró desde su escondite, entre las rocas, y trató de escudriñar en la obscuridad. Los jinetes del Slash C. habían caído en la trampa y seguían ahora las huellas frescas de los tres caballos.

Hacia el Este podían verse en el cielo las aún inciertas señales del amanecer, cuando Pete Rice llegó con sus dos prisioneros a la cabaña de Johnny.

Había tenido necesidad un par de veces de estar algún tiempo tumbado en la obscuridad, cuando pasaron unos jinetes a poca distancia de donde se hallaba.

Pete sabía perfectamente quiénes eran aquellos jinetes. No eran los bandidos del Slash; éstos seguían aún dando caza a Teeny e Hicks “Miserias”. Los que en aquellas dos ocasiones viera Pete pertenecían a la Patrulla de la Frontera.

El capitán Early no dejaría jamás de perseguirle; él y sus hombres recorrerían incansablemente toda la región, hasta que lograsen acorralarle. Pete sabía perfectamente que la orden general era: “¡Matad a Pete Rice y a sus dos comisarios en cuanto los veáis!”

Johnny Boot y Slapjack se levantaron precipitadamente y, medio dormidos aún, dieron la bienvenida a su amigo. Sonny fue ocultado en un colgadizo detrás de la cabaña.

Los cowboys ayudaron a Pete a descargar a los dos prisioneros y a colocarlos en dos camillas, uno junto a otro, y escucharon con interés el relato que les hizo Pete de sus últimas aventuras.

—Bueno —dijo, al terminar, Johnny Boot—, si alguien viene a buscarle a usted aquí, sea o no de la Patrulla de la Frontera, tendrá que luchar con tres hombres.

Pete trató de protestar.

—No quiero meterles en un mal negocio, muchachos, —les dijo, juiciosamente—. No creo que los soldados de la Patrulla lleguen a dar con este refugio, puesto que persiguen las huellas de tres caballos, y no las de uno solo, peor si llegasen a venir, ustedes deben mantenerse aparte en este asunto. Es un mal negocio enfrentarse con la ley.

A pesar de todas sus observaciones, Johnny Boot y Slapjack estaban resueltos a defenderle. Aquel hombre, Pistol Pete Rice, era un amigo suyo. Era inocente de todo crimen y querían estar a su

lado en cualquier acontecimiento que se produjera.

Y fue de este modo como Pete Rice se encontró todavía frente a otro problema, el de lanzar a aquellos dos admirables cowboys en contra de la legalidad. Lo único que podía esperar era que la singular situación de la cabaña evitase que los soldados de la patrulla diesen con ella en sus rebuscas.

Estaba preocupado por el éxito de la tentativa que estaban llevando a cabo Teeny e Hicks. Aquella idea de que dos comisarios oficiales tuviesen que estar hurtando el cuerpo a la ley le desazonaba.

El estado de Reynal era otra cosa que le inquietaba profundamente. Había tenido que golpearle dos veces con dureza, y no se le ocultaba que la naturaleza de aquel hombre, minada por la bebida y por las drogas, era poco resistente. Estaba allí en el lecho que le preparara Johnny Boot, como un cadáver. Respiraba aún, pero su boca estaba totalmente cerrada y no hacía movimiento alguno.

Pete era el autor de aquellos golpes. No tenía ninguna prueba absoluta de que Reynal estuviese fuera de la ley. Había algo irregular, algo siniestro en la conducta de Reynal, pero podía haber sido debido a sus hábitos perniciosos.

Cabía la suposición de que Reynal fuese inocente de todo crimen y de que hubiese muerto a consecuencia de los golpes que le diera Pete Rice.

Vaughn, al contrario que Reynal, tenía un sueño agitado y murmuraba algo de cuando en cuando. Se conocía que estaba delirando.

Pete, que estaba terriblemente cansado, luchaba con el sueño, que empezaba a invadirle, pero a pesar de esto, se sentó junto al camastro de Vaughn y escuchó cuidadosamente. De pronto oyó una frase que hizo que en sus ojos grises centellease un rayo de esperanza, pero, de pronto, Vaughn dejó de delirar y se quedó inmóvil y dormido.

—Este muñeco es un poco más ruidoso que su compañero — observó Johnny Boot.

—Sí —afirmó Pete—. Creo que es el cloroformo. Me parece que le hace delirar. Estaba pensando si una nueva dosis podría ayudarnos, provocando un nuevo delirio. Si no fuera peligroso...

Tocó la frente de Vaughn y vio que no tenía fiebre. Le tomó el pulso y pudo comprobar que era regular. Entonces sacó la botella de cloroformo que encontrara en los bolsillos de Reynal, le quitó el tapón y la aplicó a la nariz de Vaughn.

Al principio el efecto fue completamente soporífero. Vaughn cayó en un sueño profundo, pero como Pete había esperado y deseado, pronto el cloroformo empezó a producir en él los mismos efectos que produjera la primera vez.

Vaughn empezó a agitarse y a delirar en voz alta.

—¿Qué es lo que está diciendo? —quiso saber Johnny Boot—. ¡Santo Dios! Me parece que eso no quiere decir nada.

Pero las palabras que salían de la boca del anestesiado si significaban algo para Pete Rice. Siguió escuchando unos cuantos minutos más y luego cogió una cazuela de agua fría y humedeció con ésta la frente de Vaughn, que entró en un plácido sueño.

Pete bostezó ruidosamente.

—Muchachos —dijo—, voy a tumbarme un momento, porque materialmente me caigo de sueño. Si vierais por aquí cerca algún soldado de la Patrulla de la Frontera, despertadme en el acto. No quiero meteros en más compromisos.

Pero en los rostros de los dos cowboys, en sus bocas contraídas, leyó perfectamente Pete que lo que menos preocupaba a aquellos dos muchachos era el compromiso en que pudieran verse metidos por defender a un amigo.

Pete se envolvió en una manta y durante unos segundos continuó pensando en la situación en que se encontraban sus dos comisarios, pero al fin la naturaleza volvió por sus fueros y se quedó profundamente dormido.

Era ya noche cerrada cuando Pete despertó. Varios jinetes habían estado patrullando durante el día por aquellos andurriales, según le dijo Johnny Boot, pero ninguno de ellos había llegado hasta la cabaña.

—Yo monté a caballo y di una vuelta por ahí —dijo Slapjack Kerlew—. Eran soldados de la patrulla, y hasta estuve hablando un rato con ellos. Les persiguen a usted y a sus dos comisarios, y les han ofrecido un premio importante por su captura. Yo les dije que estaba seguro de que el premio sería para mí. No sospecharon nada. Creo que eso se debe a mi cara de hombre honrado —terminó,

haciendo una mueca burlona.

Hicks “Miserias” llegó poco después de las nueve de la noche. Teeny Butler hizo su aparición una hora después. Ambos eran hombres expertos y astutos en seguir una pista y en borrar la suya.

Habían seguido las instrucciones de Pete. Cuando los bandidos estuvieron ya a sus alcances, desensillaron y desembridaron sus caballos dejándolos en un corral, y después de dormir buena parte del día, al anochecer, partieron por caminos separados para llegar a la cabaña de Johnny Boot.

Slapjack Kerlew, en su papel de cowboy desocupado que aspiraba al premio ofrecido por la captura de los comisarios de la Quebrada del Buitre, galopó por los montes cercanos y sirvió de espía con admirables resultados. Cuando regresó aquella noche informó a sus amigos de que los soldados de la patrulla habían empezado el registro de todas las cabañas en unas cuantas millas a la redonda.

Algunas de éstas estaban habitadas por leñadores, otras por cowboys y mineros y algunas por hombres que huían de la justicia. Era lógico suponer que más tarde o más temprano sería registrada la cabaña de Johnny Boot.

Y, sin embargo, para los comisarios, el abandonar aquel refugio era extremadamente peligroso. No podían esperar alejarse de aquella región sin caer en manos de los hombres de la Patrulla de la Frontera. En realidad, Pete no había pensado nunca en alejarse de aquellos alrededores. Tenía otra idea.

Y sobre ella habló detenidamente con Teeny e Hicks “Miserias”.

—Muchachos —les dijo, al final—, acordaos de que no podemos emplear los revólveres. Hemos de hacerlo sin ellos... aun en el caso de que tiren sobre nosotros, pero creo que debemos intentarlo.

—¡Por las barbas del Profeta! —gruñó Hicks, alborozado—. ¡Es la mejor idea que podía haberte ocurrido!

—¡Yo soy tu hombre! —exclamó Teeny Butler por su parte.

Era cerca de media noche cuando iniciaron aquella nueva aventura.

Slapjack, de regreso de una de sus escapadas, para obtener noticias, a las once de la noche, aproximadamente, les informó de que el capitán Early estaba en los alrededores. Slapjack había visto su figura militar acicalada cabalgando hacia el Oeste, registrando

minuciosamente cañones, bosques de algodoneros y cabañas de leñadores.

Pete participó sus instrucciones a Slapjack.

—Vuelva a donde le ha visto, compañero —le dijo—. Dígale que debe venir hacia esta parte y tráigales hacia estos parajes a él y a sus hombres, asegurándoles que nosotros estamos ocultos por estos alrededores. Desde luego, hágales pasar por el viejo camino de Papago. Todo irá admirablemente si consigue dejarlos en el camino de Papago.

—Lo haré así —prometió Slapjack—, aunque tenga que llevar al camastrón de su jefe por los bigotes. ¡Déjemelo a mi cuenta, Pete!

Montó en su caballo pinto y galopó hacia el Oeste.

Los tres comisarios de la Quebrada del Buitre se dirigieron a pie hacia el viejo camino de Papago. El camino, en su mayor parte, en un centenar de millas de largo, corría por detrás de las montañas de San Lorenzo, sobre un terreno fresco y lozano a través de bosques espesos, en línea recta hacia Broken Arrow, y luego hacia el desierto del mediodía.

Era precisamente esa sección de arbolado el destino de Pete Rice y de sus dos comisarios. Pete llevaba el lazo de Johnny Boot.

Teeny Butler había pescado un látigo hecho de cuero que Slapjack había estado trenzando días anteriores adaptándolo a la rueda de un carromato viejo. De este modo se había convertido en un magnífico látigo de cuero crudo en cuyo manejo era tan experto el comisario.

Hicks “Miserias” había improvisado unas ”bolas” nuevas con tres trozos de cuero del curtido por Slapjack y tres trozos de piedra atados a la punta.

Tal vez se hallasen los tres en medio de un infierno de tiros, pero habían resuelto formalmente no hacer uso de sus revólveres, pues comprendían que los soldados de la Patrulla de la Frontera no hacían otra cosa que cumplir con su deber. Podían perjudicar a los tres comisarios, pero sus vidas eran sagradas.

Cuando los tres llegaron a la linde de la sección de arbolado, un jinete galopaba por fuera de los árboles. Aquel hombre hizo volver grupas a su montura, lanzó un gruñido inarticulado y, espoleando al animal, desapareció entre los árboles.

Pete alzó el revólver instintivamente, pero no llegó a disparar. El

jinete no parecía llevar uniforme y tal vez no perteneciese a la patrulla de la Frontera. Sin embargo, podía ser uno de los cowboys que habitan en las cabañas situadas hacia el Oeste y que aspiraban al premio concedido por la captura de los tres comisarios.

—¡Por las barbas de un chivo! Si es no de los hombres de la Patrulla de la Frontera... —empezó a decir Hicks “Miserias”.

—Si lo es —le interrumpió Pete—, seguramente va a decirle al capitán que es verdad lo que le ha dicho Slapjack.

Permaneció un momento pensativo.

—Pero, por el contrario, si se tratase de uno de los espías de Luke McCarron, creo que dentro de poco tendremos a todos esos granujas en estos parajes antes de amanecer. De todos modos vamos en marcha para hacer un trabajillo. Vamos allá.

Fue unas dos horas después cuando oyeron el ruido de caballos que se aproximaban. Los tres comisarios se habían escondido al abrigo de los grandes árboles de la sección forestal del viejo camino de Papago.

Pete escuchó cuidadosamente. Los que se acercaban eran Slapjack Kerlew, que guiaba al capitán Early y a sus hombres a la cabaña, eran sólo tres soldados los que acompañaban a su jefe. Un momento después pudo oír Pete una voz. Era fuerte y severa. Parecía sonar como el granizo. ¡Era la voz del capitán Early!

—¿Ha dicho usted a Wilson que corriera como un rayo, McHugh?

—Sí, capitán. Llegará allí seguramente dentro de una media hora. Le dije que reuniese cuantos hombres pudiera y que se diera prisa.

—Cercaremos la cabaña hasta que ellos lleguen —dijo Early, confidencialmente—. Y ¡A cualquier hombre que trate de salir de la cabaña, matadlo sin compasión. Ese Pete Rice y sus hombres son enemigos peligrosos y sus tiros mortales.

El ruido de los cascos de los caballos se oyó ahora más cerca. Pete se agazapó a un lado el camino y pudo ver en primer lugar la acicalada figura del capitán. El sheriff tenía en la mano derecha el lazo de Johnny Boot. La luz no era muy buena que digamos entre aquel arbolado, pero tenía que hacer una puntería exacta la primera vez. ¡Tenía que hacerla, pues de lo contrario todo su plan se venía abajo!

Pete se incorporó a medias en el momento en que Early ofreció un blanco perfecto. Hizo voltear dos veces la cuerda sobre su cabeza y luego la lanzó con fuerza. ¡Whish! La cuerda trazó un círculo sobre la cabeza y luego cayó de lleno sobre los hombros del capitán. Pete dio un tirón enérgico a la cuerda.

¡Bang!

Early lanzó un juramento y aun tuvo tiempo de disparar una vez antes de que el lazo inutilizara sus movimientos por completo. La bala se aplastó contra el tronco de un árbol situado a la espalda de Pete.

Los hombres de la patrulla que acompañaban al capitán lanzaron un grito de alarma y dispararon hacia la oscuridad.

¡Crack!

El improvisado látigo de Teeny Butler entró en funciones y, alcanzando a uno de los soldados en la sien, lo derribó del caballo. Las “bolas” de “Miserias” silbaron en el aire y las tres tiras de cuero se enroscaron a las patas delanteras del caballo del segundo soldado. El caballo dio un traspié y cayó pesadamente al suelo.

Un segundo después Teeny e Hicks peleaban a brazo partido con sus dos prisioneros. “Miserias” había tropezado con un tal Tartar, un gigantón que le estaba dando bastante trabajo, pero Slapjack, quebrantando la promesa que le hiciera a Pete, intervino a tiempo en ayuda del barberillo, y entre ambos no tardaron en deducir al gigante.

El capitán Early y sus dos soldados eran ahora prisioneros de los comisarios de la Quebrada del buitre. Los ataron con unos trozos de cuero curtido y se dispusieron a emprender la retirada, Early era un individuo tenaz, pero Pete le había demostrado que era más testarudo que él.

—¡Le ahorcaré! —rugía el capitán—. ¡No podrá usted seguir mucho tiempo en esta situación! ¡Mis hombres están rastrillando todo el país!

—Déjelos que rastrillen —contestó Pete, con absoluta tranquilidad—. Capitán Early, nosotros no somos tan malos como usted se figura. He aprovechado esta oportunidad. Esta sorpresa puede ser de gran valor para nosotros. Demostrará que somos inocentes o, en caso contrario, Pete Rice y sus comisarios se encontrarán en peor situación que antes.

CAPÍTULO XXI

TODO SE ACLARA

Mientras los tres soldados de la Patrulla de la Frontera quedaban atados en uno de los rincones de la cabaña, Pete Rice llevó al maniatado capitán hasta colocarlo junto al lecho en que yacía Elbert Vaughn.

—Ahora, capitán Early —le dijo Pete—, voy a intentar demostrarle algo. Usted ha obrado como debía. Se ha limitado a cumplir con su deber. Cree que somos culpables, pero eso es una ridiculez y voy a intentar demostrarle por qué es una ridiculez.

—¡Me parece que es una tarea bastante dura! —gruñó Early.

—Tal vez no lo es tanto como usted se figura, capitán. He madurado este plan fríamente. Tengo más de una razón para pensar que he de conseguir lo que me propongo.

Mientras hablaba había destapado el frasco de cloroformo y lo había aplicado a las narices de Vaughn. Como había sucedido antes, los primeros efectos fueron sumergir a Vaughn en un sueño profundo. Durante unos segundos quedó como muerto.

El rostro del capitán Early estaba lívido de rabia, pero no protestó. No hizo amenaza alguna, ni siquiera hizo mención de que otros soldados de la Patrulla de la Frontera estaban en camino hacia la cabaña.

Sin embargo Pete, que había oído la conversación particular sostenida por Early con uno de sus hombres, lo sabía perfectamente. Di su plan fallaba, él y sus dos comisarios se verían antes e poco enzarzados en una nueva pelea o tendría que montar a caballo a toda prisa para intentar la fuga.

Los minutos parecía eternos.

Vaughn empezó a agitarse en su lecho. Al principio emitió sonidos inarticulados, pero poco a poco sus palabras fueron

haciéndose más inteligibles. A veces daba un chillido penetrante.

Volvía a vivir escenas ocurridas en el Slash C. Llamaba a los hombres por su nombre. Su conversación era a veces vaga, pero algunas partes de ella eran perfectamente razonables.

¡ —Ahora le toca a usted actuar, Laredo— dijeron las palabras que salían de sus labios —. Un trabajo endemoniadamente encantador. Usted se apoderará de la muchacha. Si consigue usted casarse con ella, se habrán acabado los trastornos para nosotros. El rancho será nuestro y entonces...

Las palabras se cortaron al llegar aquí.

“¡Socorro! ¡Socorro!” gritó Vaughn en su delirio. Sus ojos estaban ahora desorbitados, pero no parecía ver nada. Luego los volvió a cerrar.

Del rostro del capitán Early desapareció algo de la expresión de rabia que segundos antes lo animaba y en su lugar apareció en sus ojos una mirada de asombro y admiración a la vez.

Vaughn continuó delirando esporádicamente.

“ —Ahora le toca a usted, McCarron— fueron las palabras siguientes —. Si no quita usted de en medio a ese Pete Rice y a sus comisarios...

Aquel hombre delirante interrumpió bruscamente su discurso y suspiró. Su cuerpo enclenque experimentó como una sacudida y pareció que iba a sumergirse otra vez en el sueño.

Johnny Boot apareció en aquel momento en la puerta.

En estos momentos se dirigen hacia aquí varios hombres a caballo —anunció—. Tal vez sean los otros soldados de la Patrulla..

Pete levantó una mano, imponiéndole silencio, porque Vaughn estaba delirando otra vez.

“ —Ahora le toca el turno a usted, Reynal... Le tengo en mis manos y no se me escapará...

Y, de pronto, elevó un poco más la voz y gritó:

“ —¡Cortadles la retirada! ¡Es muy fácil! ¡Rellenad esas mollejas con plomo! ¡No dejéis a uno con vida para que pueda contarlo!”

Su voz se apagó un poco y unos sonidos ininteligibles salieron de su garganta. Y luego volvió a gritar:

“ —¡Vamos a buscarlos, “Miserias”! ¡Ya has oído que nos han dicho que no dejemos ninguno con vida!...”

—¡Gracias a Dios! —interrumpió el capitán Early—. ¡Jamás lo

hubiera creído!

—Voy a acabar de explicárselo, capitán —le dijo Pete, buscando en los bolsillos—. Aquí tiene usted algo que he encontrado en los bolsillos de Vaughn. Como esta tarjeta quizá no le hubiera convencido, he querido que lo oyera de sus propios labios.

Y, al decir esto, puso ante los ojos del capitán una tarjeta de cartón en la podía leerse:

ERIC VIVIAN

El hombre de

¡LAS CIENTOS VECES!

Dando ahora la vuelta al mundo

Dirección: Sam Cohen

—Esta es la explicación del misterio, capitán —dijo Pete—. Elbert Vaughn, este hombre que tenemos delante, no es otro que Eric Vivian, el hombre las cien veces. Se ha procurado un alias con las mismas iniciales, a juzgar por los documentos y cartas que he encontrado en su poder.

A continuación explicó al capitán cómo un anoche, cuando representaba el papel del sordomudo Smiley, había oído a Hicks “Miserias” hablarle en la obscuridad.

—Pero no era “Miserias” —continuó—. Era este mismo Vaughn. Tenía sospechas de mí e imitó la voz de mi comisario, para obligarme a hablar y comprobar si era o no sordomudo. Yo caí en la trampa al contestarle.

El capitán Early movió la cabeza como si aún se resistiese a darse por vencido. Era un hombre testarudo, muy difícil de convencer. Vaughn empezó a delirar de nuevo, pero las palabras que salían ahora de su garganta eran una verdadera jerigonza. Su voz se hizo más fuerte, llegando casi a ser taladrante. Parecía aterrorizado por algo.

“—¡Socorro!— chilló de una manera estridente. ¡Socorro!”

Orvin Reynal, que estaba en el lecho contiguo, se agitó nervioso y abrió los ojos. El viejo borrachín parecía ahora completamente sereno.

—¡Sí, pido socorro, Vaughn! —gruñó—. Veremos si alguien te lo presta.

Sus ojos se posaron en Pete Rice y luego en el capitán Early.

—¡Ha cogido usted a esa carroña! —dijo, con satisfacción—. ¡Me

alegro! Seguramente iré a la horca con él, pero yo no le temo a la muerte. He sufrido ya mil muertes... en vida.

Sus ojos obsesionantes estaban animados por el odio y Pete Rice decidió servirse de aquel odio para obtener nuevas declaraciones.

—Sí, he cogido a Vaughn, Reynal —le dijo—. Y el que usted vaya o no al patíbulo depende de Vaughn. Si quiere usted que le ayudemos a conseguirlo, díganos cuanto sepa acerca de Vaughn, y de ese modo podremos ayudarle.

—¡Váyase al infierno! —le interrumpió furiosamente, Reynal—. ¡Ya le he dicho que no le tengo miedo a la muerte!

Y se retorció, impaciente. Sus ojos se fijaron en la jeringuilla hipodérmica que estaba sobre la mesa cerca de donde él se hallaba.

—Deme una inyección de esas. ¡Le digo que me la dé! ¡La necesito!

Y ahora suplicaba humildemente.

—¿Hablará usted? —preguntó Pete.

—¡Haré todo lo que quiera! ¡Pero démela! —y chillaba y pateaba como un chiquillo.

Pete le dio una inyección con la jeringuilla. Aquel hombre, después de todo era un verdadero cocainómano.

Reynal pareció aplacarse algo.

—Hablaré —dijo—. ¿Por qué no? Ya veo que ha empezado el baile. No me importa. No soy más que los restos de un hombre. Ese granuja que está ahí tumbado es el que me puso en este estado. Estaré mejor muerto.

Se oyó ruido de caballos cerca de la cabaña. Hicks “Miserias” corrió hacia la puerta.

—Son tres soldados de la Patrulla de la Frontera, Pete —dijo—. Johnny Boot y yo exploraremos el camino. Vamos a...

—Desáteme, sheriff —le interrumpió el capitán Early—. Voy a dar instrucciones precisas a esos hombres.

Pete cortó las tiras de cuero que mantenían sujeto al capitán, que corrió hacia la puerta.

—¡Soldados de la Patrulla de la frontera, aquí! —gritó—. ¡Soy el capitán Early! ¿Me oís?

—Sí, capitán. —Contestó la voz de uno de los soldados, que acababa de detener su caballo—. Soy el cabo Jonson. Creemos que...

—No importa —gritó Early—. El sheriff Pete Rice y sus hombres son inocentes. Esperadme ahí fuera. Estaré con vosotros dentro de unos minutos.

Y, volviendo al interior de la habitación, se sentó en una silla.

Vaughn dormía ahora plácidamente, peor Reynal estaba completamente despierto. De sus ojos no habían desaparecido aquella mirada de odio con que miraba al hombre de las cien voces.

—¡Vaughn era el pavo real en el rancho del crimen! —dijo—. ¡Con lo raquítico, con lo enclenque, con lo esmirriado que es! Pues sí, señor, lo era. Fue Vaughn quien asesinó a Hal Wheeler y robó los siete mil dólares que aquél había cobrado por la venta del ganado. Es Vaughn el autor de todos los hechos criminales cometidos en el Slash C.

Sus ojos odiosos parecían querer taladrar a su dormido compañero de fechorías.

—Él fue quien me sacó a mí del Estado. Yo era allí un abogado de fama anteriormente... antes de que yo cogiera el vicio de embriagarme. Decidí trasladarme al rancho, donde tal vez hubiese conseguido abandonar ese vicio.

Dejó oír un sordo gruñido, y continuó:

—En vez de conseguirlo, me hice más vicioso que antes. Vaughn deseaba servirse de mis conocimientos de las leyes. Me inyectó la droga mientras dormía, como ha hecho con todos los demás hombres de su organización. Nos convirtió en esclavos suyos... hasta el punto de que con tal de que nos diera la droga hacíamos cuanto él nos decía.

—¿Y es por eso por lo que le encontré a usted en su habitación... para hacerle a él también esclavo de la droga? —preguntó Pete.

—Eso es. No era la primera vez que yo entraba de ese modo en su habitación. Yo tengo varios cerebros. Vaughn es demasiado astuto para que se le pudiera dar una inyección hipodérmica. Por eso me valía de los mosquitos. Al darse cuenta de los pinchazos que aparecía en sus brazos, creía que se trataba de picaduras de mosquito. ¡Pero yo acabé por ser más astuto que él! ¡Más astuto que él!

Y Reynal soltó una carcajada, que tenía algo de demoníaco.

—Quería vengarme de él. Quería hacerle un esclavo de la droga... como él me había hecho serlo a mí. Yo no podía separarme

de Vaughn. Estaba demasiado comprometido con él... como él lo estaba conmigo.

—¿Dónde ocultó Vaughn el tren cargado de chinos? —preguntó el capitán Early.

—¡Averíguelo usted! —fue la contestación de Reynal—. No quiero hacer daño a nadie más del Slash C. El único de quien quería vengarme es ese que está ahí tendido. Él era el cabecilla y el culpable de todo.

El capitán Early se encaró ahora con Pete.

—Enviaré algunos de mis hombres a prender un par de docenas de los otros —dijo—. Cabalgaremos hacia el Slash C y acabaremos de aclarar todo esto.

—No estoy seguro de que podamos hacerlo —contestó Pete.

Y dio cuenta al capitán del encuentro que tuvieron aquella misma noche con un jinete, que al verlos penetró en la sección de arbolado del viejo camino de Papago.

—Tengo la idea de que era uno de los hombres de McCarron —dijo—. No llevaba uniforme, por lo que no podía ser uno de sus hombres, pero si esos bandidos no se han presentado por aquí antes de amanecer...

¡Bang! ¡Bang!

Los tiros se sucedían rápidamente en el exterior. Pete y el capitán Early corrieron a la puerta.

—¿Qué es esto? —gritó el capitán.

Fue “Miserias” quien contestó. El pequeño comisario estaba tumbado en un escondite en la puerta posterior de la cabaña.

—¡Son los hombres de McCarron, Pete! Hay uno de ellos allí, cerca del árbol.

¡Bang!

“Miserias” tenía el revólver humeante. Se oyó un aullido de dolor, pero un segundo después, todos los revólveres empezaron a disparar en aquella dirección.

Pete calculó el número de atacantes por las detonaciones de las armas.

Calculó que frente a ellos debía haber por lo menos una docena de hombres.

Corrió al interior de la cabaña y cortó las ataduras de los dos soldados de la Patrulla de la Frontera que hicieran prisioneros al

mismo tiempo que al capitán. Con estos dos y los tres soldados llegados últimamente formaban un total de cinco. El capitán Early hacia el número seis. Añadiendo a este número a Pete Rice y sus dos comisarios, Slapjack Kerlew y Johnny Boot, constituían un total de once.

Slapjack y Johnny habían empezado ya a disparar. La muerte llovía en dirección a la cabaña. Los defensores de ésta contestaban un segundo después a este tiroteo.

Los pistoleros del Slash C. parecían muy confiados en el éxito final de su tentativa de asalto, y hacían un fuego graneado. Uno de los soldados cayó con una pierna atravesada, pero continuó peleando contra los bandidos.

Pete Rice y el capitán Early disparaban codo a codo. Una vez más la ley los unía contra los que estaban fuera de ella. Early podía ser un hombre testarudo, pero peleaba como un león, con una sangre fría admirable. El estrépito de su 45 sonaba como el repique de un tambor.

Tres bandidos intentaron acercarse a la cabaña llevando en la mano teas encendidas. Intentaban prender fuego a la cabaña, para obligar a sus enemigos a abandonarla y cortarles luego la retirada.

Uno de los jinetes echó el brazo hacia atrás para lanzar una de las teas.

Las “bolas” de “Miserias” silbaron en el aire y fueron a enredarse en las patas del animal. El caballo rodó por el suelo y quedó tendido en el suelo aturdido.

Pete alcanzó en un hombro a otro de los incendiarios. En cuanto el capitán Early no se andaba con contemplaciones. Disparaba para matar a sus enemigos.

Pete, por su parte, no desdeñaba hacer prisioneros. De pronto vió a un individuo de figura cuadrada que llevaba a tres de los bandidos al abrigo de los pinos más cercanos. Era Luke McCarron, el capataz del Slash C.

El sheriff preparó el lazo. Quería coger vivo a McCarron, porque éste podía explicar muchas cosas. Pero antes de que Pete pudiese hacer uso del lazo, el 45 de Early habló dos veces seguidas.

McCarron dobló el pecho hacia delante y cayó de bruces a tierra.

La lucha continuaba. Los revólveres resonaban como los martillos sobre el yunque. Podía oírse claramente el chasquido del

látigo de Teeny Butler, seguido de aullidos de dolor.

Se oyó ruido de cascos de caballos hacia el Oeste. Otros soldados de la Patrulla de la Frontera acudían atraídos por el estrépito de la lucha. Se notaba que venían a un galope furioso.

Los bandidos, al oírlos, iniciaron la retirada, pero casi fueron a caer en los brazos de Pete Rice y sus comisarios. Los comisarios se habían corrido hacia el Este para coger a los bandidos de flanco.

—¡Rendios! —gritó la voz potente de Pete Rice—. ¡Arriba las manos! ¡Dispararemos a matar si no lo hacéis!

Esta intimación fue suficiente y la batalla acabó en el acto. Ya no se oía un solo disparo cuando llegó el nuevo destacamento de soldados, y ayudó a reunir a los prisioneros en un solo grupo.

Sólo había que lamentar las heridas de dos soldados. Tres de los bandidos habían muerto y cinco estaban heridos, uno de alguna mayor gravedad... y McCarron de muerte.

El gigantesco y cuadrado capataz parecía experimentar dolores espantosos. Pete le cogió a rastras y le llevó al interior de la cabaña. Con una inyección hipodérmica calmó un tanto los dolores del herido.

McCarron le miró agradecido con sus ojos moribundos.

—Estamos en bandos diferentes, pero no es usted un mal hombre, Rice —dijo.

—Se está usted muriendo —le contestó Pete—. Podía usted darme algunos detalles para acabar de aclarar las cosas. ¿Dónde está el tren con los chinos? ¿Dónde está Lon Brenford? Podría usted decírmelo.

Y McCarron lo hizo. El tren cargado de chinos estaba oculto en un antiguo cañón a unas diez millas al sur de Slash C., según dijo a Pete Rice y al capitán Early y en cuanto a Lon Brenford, el padrastro de Virginia Calvert, lo tenían prisionero custodiado por dos hombres en una cabaña al pie del San Lorenzo.

—No matamos a Lon Brenford —explicó—, porque creímos que podríamos utilizarle otra vez. Le amenacé, haciéndole admitir que Flint Gentry tenía una hipoteca sobre el Slash C., aun cuando esa hipoteca era falsa.

Empezaba a respirar con dificultad.

—Creímos que podríamos servirnos de Brenford para otra combinación. Pensábamos que haciéndole regresar al rancho y

haciéndole ver las cosas como más regulares y respetable, podríamos en caso de...

McCarron tuvo dos accesos seguidos de tos. Luego quedó inmóvil. Aquel hombre había luchado a la desesperada por adquirir una fortuna y sólo había conseguido la muerte.

Pete Rice miró a aquel hombre tendido a sus pies. La muerte era para él una vieja conocida. Sin embargo, nunca miraba el rostro de un cadáver, sin pensar que tal vez viviese su madre y habría de llorarle.

Y este pensamiento trajo a su imaginación el recuerdo de su propia madre.

Ahora no tardaría mucho en volver a verla.

Él y sus comisarios habían acabado por descubrir el misterio del Slash C., el rancho del crimen. Gentry podía al fin ser arrestado. No cabalgaba con los bandidos en sus fechorías, pero era tan culpable como cualquiera de ellos. Virginia Calvert recobraría ahora su propiedad.

Fue en la tarde siguiente cuando Pete Rice y sus dos comisarios salían del Slash C., siguiendo la carretera y cabalgaban hacia la ciudad de Broken Arrow. Pete había dormido un poco y había estado trabajando varias horas.

Al llegar al desenlace de aquel intrigante asunto había puesto un telegrama a Virginia Calvert y seguramente la encontraría en el hotel en Broken Arrow. Gentry estaba ahora encerrado en la cárcel con Reynal y Vaughn y se había hecho circular telegráficamente a todo el país la ficha exacta de Justo Otero, el “importador”.

Otero había abandonado el rancho aquella misma mañana, pero sería detenido, indudablemente, dentro de poco. Pete Rice tenía formada una idea de lo que debía hacer Justo Otero con los chinos.

Los pobres chinos entrados de contrabando, fueron hallados en la cabaña de la montaña que indicara McCarron y el capitán Early detuvo a sus dos guardianes.

“Miserias” acercó su caballo al alazán de su jefe y le preguntó haciendo una mueca:

—¡Estará usted mucho tiempo hablando con esa linda muchacha en el hotel, Pete?

—No lo creo —contestó el sheriff—. Únicamente quiero comunicarle las buenas noticias que tengo sobre el rancho y sobre

su padrastro.

Llegaron a la ciudad y Pete dijo a sus hombres:

—Tal vez fuera mejor que vosotros, muchachos, echarais a andar hacia la Quebrada del Buitre, y no creo que me cueste mucho trabajo en alcanzarlos con Sonny.

Cuando llegaron a la pequeña calle principal de Broken Arrow, Pete desmontó ante el portalón del hotel, mientras sus comisarios emprendían el camino de regreso hacia la Quebrada del Buitre.

Pete ató a Sonny a una reja y entró en el vestíbulo del hotel. El tren que conducía a Virginia Calvert debía haber llegado ya o estar muy próximo a llegar. Preguntaría por ella en el mostrador.

Cuando entró en el vestíbulo vio al capitán Early hablando con un hombre de elevada estatura que estaba vuelto de espaldas a Pete. Early le saludó con la mano y aquel hombre se volvió y sonriendo y hablando con Early se dirigió hacia el sheriff.

Pete adelantó a su vez y dejó de mascar su goma sorprendido. Aquel hombre tenía un modo de andar particular. Pete acostumbraba a apreciar el valor de los caballos por su modo de bracear, había reconocido aquella manera de andar, aun cuando no pudo ver muy bien la cara de aquel hombre, la última vez que se encontrara con él.

—¡Hola, Lafe Hendricks! —dijo Pete.

—¡Hola, Pete Rice! —contestó su interlocutor—. Sino que mi nombre no es Lafe Hendricks. Soy un agregado al servicio secreto de la oficina de El Paso. Me enteré de un contrabando de chinos que se estaba verificando en esta sección. Vine aquí y notando algo sospechoso en el rancho de Slash C., pensé aquilatar mis sospechas...

—Esos granujas le hicieron a usted prisionero.

—Así fue. Estuve a unto de que me mataran aquella noche cuando los bandidos del Slash les prepararon la celada a usted y a sus dos comisarios. Los bandidos iban a obligarme a cavar mi propia sepultura. Entonces empezó la batalla, y vi la ocasión de escaparme. No sabía quién era usted, entonces... eso explica por qué le mentí cuando me encontré esposado.

—Lo que me intrigó más —dijo Pete—, es su oposición a que le llevara a Broken Arrow.

—No, porque habría estropeado mi asunto. Se habría conocido

mi identidad y habría tenido que volver al Slash C.

Hizo una mueca burlona y continuó:

—Hubiera hecho mejor escapándome de usted, en vez de salirle al encuentro como hice después cuando el chino cayó sobre usted. Yo no podía continuar allí y tal vez ver cómo le mataba. Le golpeé en la cabeza con las esposas... y bastante fuerte. Esos chinos no tienen la cabeza muy dura...

Y terminó tendiendo la mano:

—De todos modos, le ruego que me dispense ahora el haberle golpeado en aquella ocasión. Tenía que obrar como lo hice, porque sino me hubiese usted traído a Broken Arrow. Por fin llegué a Hondo, en donde el capitán Early me quitó las esposas.

Se oyó un roce de seda a espaldas de Pete, que se volvió inmediatamente con cara encarnada como una amapola.

—¡Miss Virginia! No sabía si su tren había llegado o no... —tartamudeó.— ¿Recibió usted mi telegrama?

—Si, sheriff —contesto la muchacha—. No sé qué decir, ni cómo darle las gracias. Aun antes de saltar del tren en la estación ya he oído comentar a las gentes el brillante triunfo de Pistol Pete Rice en el asunto del Slash C.

Pete se puso más colorado que antes.

—Es que... eso se terminó muy bien —dijo modestamente—. Tengo que agradecer la ayuda de mis comisarios y del capitán Early aquí presente...

Pareció aturullarse otra vez al notar que el capitán Early y su amigo se habían apartado discretamente, pasando al extremo opuesto el vestíbulo.

—De todos modos —continuó—, se acabó... y su padrastra estará aquí dentro de poco. El capitán Early envió alguno de sus hombres a buscarlo. Uno de ellos ha regresado ya, diciendo que está sano y salvo y los otros hombres vienen escoltándole. Hemos metido a Flint Gentry en la cárcel. No era verdad que tuviese hipoteca alguna sobre el rancho que es de su propiedad, miss Calvert. Yo espero que será usted muy feliz allí.

Los ojos de la muchacha brillaron con un fulgor extraño.

—¡Nadie sabrá nunca lo feliz que soy ahora —dijo con emoción—. Pero, sheriff, ¿querrá hacerme un favor? ¿Un favor muy grande?

—Claro que se lo haré... si puedo —contestó Pete.

—Voy a volver a tener huéspedes en el rancho, pero me informaré sobre ellos con un poco más de detenimiento que antes y desde luego espero que ninguno de ellos será de la calaña de Vaughn y Reynal.

Se detuvo un momento, y continuó:

—Me estoy preguntado si no querrá ser usted huésped mío por unos días. Ha trabajado usted mucho y me ha hecho un servicio que jamás podré pagarle. ¿Quiere venir a pasar en mi casa todo el tiempo que quiera? Por mucho que esté... no será nunca bastante para mí —añadió.

Pete no sabía dónde meterse y miraba a todas partes, azorado.

—Mire usted, miss Virginia —empezó a decir—, un sheriff es un hombre que tiene el tiempo tasado, porque debe trabajar constantemente. Tengo mis comisarios en camino de regreso a la Quebrada del Buitre y les he prometido alcanzarlos en el camino. No puedo hacer esa visita... todavía.

En los ojos de Virginia Calvert se reflejó un enorme desencanto.

Pete sintió que iba a flaquear si continuaba mucho tiempo con la muchacha. Era hermosa, muy femenina, amable... de la clase de mujeres que un hombre podía desear para esposa.

Por todas estas razones, Pete Rice procuró terminar lo más brevemente posible su conversación con ella, murmuró un torpe “hasta la vista” y, cruzando el vestíbulo, se dirigió hacia donde había dejado a Sonny.

Desató el alazán, saltó a su silla y poco después el hermoso caballo galopaba a toda velocidad. Pete iba mascando goma y pensando. Sí, era muy hermosa miss Virginia. Había algo especial en sus ojos cuando le invitó a ir al rancho... algo que él no había visto jamás en los ojos de ninguna mujer.

Pero Pistol Pete Rice había escapado al peligro. No estaba dispuesto a tomar mujer. Eso no podía ser en su profesión. Aquello sería una felicidad... sí. Pero esa felicidad tendría que romperse cuando él tuviera que salir en persecución de los bandidos... y podría romperse para siempre. Algunos sheriffs no vuelven a casa después de una lucha con los facinerosos...

Apretó el paso de Sonny. Regresaba hacia la Quebrada del Buitre. Iba al encuentro de sus dos viejas amantes: su madre y la ley.

¡Pete Rice y sus ayudantes habían vencido una vez más! ¡Pete Rice y sus compañeros seguirían luchando contra el crimen!

FIN

Notas

¹ Sonrisa, en español. < <

² Diminutivo de William. —N. Del T. < <

³ Diminutivo de Michael. —N. Del T. < <

⁴ Fantasía, en español. —N. Del T. < <

⁵ Weasel, el nombre del bandido, quiere decir comadreja, en español —N. del T. < <

⁶ Ciudad de México. < <